







© Reinaldo Edmundo Marchant  
EL ÁNGEL DE LAS PIERNAS TORCIDAS  
Nº de Inscripción:  
I.S.B.N.:  
Primera edición: junio, 2009.

Fotografía solapa: Roberto Arellano

Ediciones Mar del Plata  
Flandes 1077/301 - fono: (56-2)2084163  
Santiago de Chile  
Email: edicionesmardelplata@gmail.com  
<http://edicionesmardelplata.blogspot.com>



*A Manuel Francisco dos Santos  
por la poesía que dibujó en el césped*







*Yo no vivo la vida  
La vida me vive a mí  
(Garrincha)*





## LA CANCHA Y LA LITERATURA

Lo he dicho: leer un libro no sirve para jugar mejor ni jugar un partido sirve para hacer mejor literatura. Dos juegos (fútbol y literatura) que tienen diferentes modos de expresión, y que resultan compatibles a fuerza de ser distintos.

Los intelectuales se desmarcaron del fútbol por considerarlo una expresión popular menor, por deducir que era como el “opio del pueblo”, por desconfianza a la masa y, finalmente, por snobismo. El fútbol, como los toros, por citar otra disciplina condenada durante años al ostracismo intelectual, no se ha prodigado en potenciar la figura del jugador-culto, y sin embargo sí la del jugador periodista. El fútbol está encarnado en la vida de la gente. Un fenómeno que mueve tantas pasiones da grandes posibilidades de explicar al hombre, incluso desde episodios en apariencias menores.

Es vital percibir un vehículo entre el mundo del fútbol y el mundo de la cultura, un puente entre la cancha y la literatura; analizar el mundo del fútbol de una manera claramente distinta y darle una dimensión socioló-

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

gica. El fútbol durante mucho tiempo no tuvo voz y parece ridículo que el primer productor de conversación del mundo no tenga voz, no tenga intelectuales que hayan sido para el fútbol lo que Ernest Hemingway fue para los toros.

Después de leer este maravilloso libro de Reinaldo Edmundo Marchant, hay que comerse un sándwich y tomar una Cola-Cola como cuando, de chicos, terminábamos de jugar un picado.

Aquí está contenida la nostalgia de un fútbol que se está perdiendo porque el control le gana a la libertad, porque la técnica se ha convertido en una herramienta táctica, porque el tamaño de los jugadores importa más que su talento. Visto así, el fútbol de hoy es todo lo contrario que Garrincha, personaje central de esta obra, porque a su espíritu se le ve gambeteando en cada una de las páginas.

Conviene recordar que cada aparición de Mané parecía un chiste contra la solemnidad.

Garrincha jugaba como hablaba Cantinflas. Un hombre libre, un estilo poético, una máquina de amargar desde sus piernas torcidas que no se sabía para donde iban a arrancar, hasta sus ocurrencias geniales y divertidas que dejaban siempre una víctima en el camino. También era un campeón mundial de los cinco metros lisos, porque después de humillar a los rivales, sus arrancadas eran incontenibles.

Garrincha es el símbolo que merece este libro lleno de imágenes bellísimas y de historias increíbles que, como los viejos partidos de pueblo, huelen a choripán.

El fútbol es evolutivo y esto que nos toca vivir es



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

una consecuencia de aquello, pero en un mundo que consagra el olvido, de vez en cuando hace bien recordar de donde venimos. Y Reinaldo Edmundo Marchant se ha convertido en un poético especialista de la nostalgia.

*Jorge Valdano\**

\* Jorge Valdano (1955, Argentina), ex jugador, Campeón del Mundo Juvenil (1979) y de México 1986. Como entrenador del Real Madrid ganó 4 Ligas y 2 Copas UEFA. Está considerado como uno de los mayores pensadores y filósofos de fútbol. Ha sido comentarista y articulista de diversos medios europeos, y autor de los libros "Sueños de fútbol", "Cuentos de fútbol", "Cuentos de fútbol II", "Los cuadernos de Valdano" y "El miedo escénico y otras hierbas".







*PRIMER TIEMPO*





### EL ÁNGEL DE LAS PIERNAS TORCIDAS

Antes de que él pisara el césped de una cancha, el fútbol era un espectáculo que carecía de genios. Todavía antes, no existía un ser que emprendiera regates, brincos, amagos, cabriolas y movimientos imperceptibles con el cuerpo. Hasta que llegó Garrincha y nació la alegría en el pueblo. Surgió un fútbol diferente. El balón, tratado en zigzag por un encantador de serpientes, nunca fue acariciado más plácidamente que en los empeines de aquel astro que perseguía pájaros en la selva de Mato Grosso. Sus virtudes aún permanecen invictas. A los genios no se les imita. En el césped, fue el máximo inventor que ha existido: estampó una nueva manera de jugar al balompié.

Manoel dos Santos no tenía huesos ni cartílagos. Adolecía de voracidad palaciega. Era un patizambo descendiente de indios, que vino al mundo para que le pegaran; tocaba música con los pies; enseñó a encarar y, alrededor de sus zapatos, había un plumaje que dibujaban geografías que regalaban risas. La tierra le prestó inocencia de ángel. Desde entonces fue un maravilloso espectro que se vestía de persona. Para el niño no existían las canchas de fútbol, sino terrenos con hálitos de paraísos donde era permitido saltar, hacer acrobacias, picar en curvas, llevar vinculada una estrella, volar rompiendo las cúspides, los ojos abiertos y a trancos de animalitos escurridizos que descienden en picada los cerros lineales.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

El mundo lo conoció con el nombre de un pájaro incauto y veloz, garrincha. En pesquisas cándidas por matorrales y arboledas desarrolló habilidades únicas, serpenteos y giros de bailes, taconeos y frenadas fortuitas, que lo llevarían a superar a temibles cancerberos. Casi de rodillas o con la cintura en extremo quebrada, desafiando la gravedad científica y al orden abúlico de las cosas. Era el verbo y la exageración juntos.

Tímido de verdad, aborrecía la adulación. Lo suyo era hacer la tarea en el campo de juego y luego volver a casa. Pocos saben que ganó dos Copas Mundiales. Y que Brasil, ocupado en ensalzar sólo a La Perla Negra —institución global y símbolo de marca ganadora—, le debe al obrero de fábrica de telas de Pau Grande el Campeonato de 1962, que ganó solo y con diversión incluida.

Los zapateos, pantomimas, danzas, la samba y música de carnaval, eran conciertos de ríos y cascadas de Pau Grande. En Sudamérica florecía este “Cantinflas” que divertía con su distrofia física y esa pierna izquierda seis centímetros más corta que la derecha. Su instrumento de trabajo, un balón.

El genio rápidamente se hizo popular. La gente pagaba para distraer las nostalgias. Había que ver a ese prestidigitador de músculos torcidos que hipnotizaba a los adversarios con habilidad inimitable, y que los únicos engaños en vida los hizo con las extremidades ante muchedumbres delirantes. Entraba a la cancha porque la torcida lo pedía.

Jugaba al fútbol pero no mostraba la pelota. Ésta se perdía en el resplandor que encandilaba la vista. “¡Mí-

renle el cuerpo, no el balón!", gritaban a los custodios. Tampoco resultaba. Corría sin el esférico. Lo dejaba en descanso sobre el césped, mientras toda la retaguardia en desfile circense buscaba indicios del malabarismo. Un hecho milagroso succionaba la de cuero, la perdía en segundos de oro, y enseguida reaparecía cuando la gacela morena se abría paso con zancadas armoniosas, traspasando sombras de nacionalidades ignotas.

Contar con una pierna más corta que la otra y proyectar piruetas de estilista consumado, sólo los pájaros de Mato Grosso pueden esclarecer. Garrincha siempre volaba por la banda derecha, pasaba la misma marcha veloz, se detenía matemáticamente con magnífico freno, y nadie pudo detenerlo. Nunca antes otro futbolista entregó tanto amor en una cancha. No necesitó a Pelé para consagrarse de genio — la ciencia confirmaba que era "débil mental" — y brillar como un llameante astro perpetuo.

El legendario artista Vincent van Gogh, necesitó menos de diez años para crear más de ochocientos óleos inolvidables; los pintó en medio de penurias y enfermedades. Garrincha, con un cuerpo contrahecho y esa solitaria miseria que quedó murmurando en los parlantes de los estadios, precisó el mismo tiempo para escribir las mejores páginas del balompié que el hombre ha conocido: cuando surge un prodigio de la Naturaleza, sólo precisa un pasajero instante vital para dejar una herencia imperecedera, demasiado tiempo es obsceno.

Pudo convertir mil goles. Lo suyo era la festividad del driblen, lanzar un sombrero, un caño, inventar una jugada no escrita en manuales, regresar donde los de-

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

fensas, dar una nueva oportunidad y repetir las maniobras y entregar a malla descubierta pases para que terceros se quedaran con la estadística del gol. Su morada era el cosmos bendito de una cancha. Ahí guardaba los botines y la ropa. No tenía otro cielo. Cuando salía a la calle llegaba la tristeza de las circunstancias. En los arranques por los bordes sobraban las ideas; sumido en laberintos cotidianos, pocas veces sorteaba el abismo. En Mato Grosso, sus amigos, los pajarracos silvestres, hasta estos días pían Mané...

Llevaba en la sangre la ingenuidad del chiquillo que perseguía por riachuelos, bosques y florestas, pequeñas aves electrizantes. Manoel Francisco dos Santos ejecutó sus primeras fintas y gambetas a los pájaros, en cerros y parajes selváticos. En esa comarca sostuvo sus primeras prácticas del balompié. Después fue cosa de entrar a un estadio y no cambiar jamás el modo de jugar con la cabeza erguida —cual rey sin corona—, sin observar la pelotilla, dando pasos de danzarín, balanceando el cuerpo en grados no descubiertos por sabios, paralizando a rivales ocasionales que nunca calculaban la velocidad de la proeza nativa. Soberanía espiritual, pionero en repeler el fin de mercaderes.

A las puntas de los estadios sembró de belleza. Por esa zona el pasto crece distinto. Las pisadas son más hondas y los brincos, un disparo de resorte aceitado. Antaño aquellos espacios eran inútiles, escasamente visitados, hasta el jardinero olvidaba los riegos de sobrevivencia. Cincuenta años más tarde el público cree ver a un espectro mareando caderas y riéndose de las leyes de la física, cruzando sin jactancia a los rivales. Es

la figura de Garrincha, marcada a fuego, cimbreando geografías imposibles. La que fue alegría verdadera, nunca muere.

El mal hábito de aprender lo que enseñan personajes serios, eruditos y letrados, lastima la espontaneidad. Mané dictó muchos manuales de fútbol. El ejemplo de sus jugadas, forma elegante de caminar y flexiones en un campo de juego, ilustró a generaciones que no han seguido las huellas de la diversión. Sin hablar, dijo muchas veces que el fútbol es puramente un convite a un masivo festejo. Que más allá de una fabulosa maniobra, se tenía que desdeñar del poder y de empresas cometalentos. El acierto en la red, ese producto millonario, era asunto de negociantes. A él le importaba la música y que la gente saltara en las gradas. Si las raíces se encuentran en un bar, en la cerveza con cachaça, esto olía bien. A fin de cuentas, el prodigio lo otorga la Naturaleza, y ese instinto no se debe alterar por las prosaicas normas de lo establecido.

Hoy me marca Joao, decía antes de los pleitos. A las fieras vigilantes, por igual, llamaba Joao. Cuando llegó a prueba a Botafogo, a modo de advertencia y pánico le indicaron que lo tomaría a resguardo La Enciclopedia, el inmenso Nilton Santos; él, astuto, dijo: “en Pau Grande también me marca Joao...”. Lo llenó de caños y gambetas. El sabio defensa, que sintió brillar la perla, recomendó su contratación, “mejor con nosotros que contra nosotros” fundamentó. Nunca le preocupó la cantidad y el renombre de quienes lo custodiaban. Para qué. En la cancha de fútbol no existía diferencia social ni de ninguna calaña. Los ricos no entran a ese ruedo

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

porque es la única vez que pierden con los carasucias. Su seguridad residía en el instinto espiritual que venía de las entrañas de la tierra. Frente al adversario jugaba “a lo que saliera”, y sorteó los túneles y pendientes más montaraces.

En silencio le sonreía a los pizarrones y equipos técnicos. ¿Ellos habrán sentido el aire de una cancha? ¿Sabrán lo que significa ir a tomar un balón que desciende, detenerlo pegado al cuero y luego continuar con la jugada hasta llegar a un final feliz?

Para volar a Estocolmo, Mundial de Suecia de 1958, la ciencia le pedía un test psicofísico mínimo de 123 puntos. Sacó a gatas 38. El infierno de los expertos lo condenaba a un regreso a Mato Grosso. Nilton Santos, el excelente capitán, junto a Didí y Vavá, convencieron a los especialistas que las leyes de gravedad no podrían con La Alegría del Pueblo. Y subió al avión. Más tarde el periodismo haría su parte: “hay que dársela a Garrincha”. Fue, jugó y ganaron la competencia. El mundo vio que, junto al crepúsculo naciente, por los costados titilaban destellos diáfanos, levantando centros de hazañas y pañuelos de gratitud.

Por primera vez los aficionados encontraron a un jugador que detenía el balón frente al marcador y luego de un infinitesimal quiebre de cintura, partía raudo por el flanco derecho, imprimiendo un reflejo irreverente, grandioso, torcido a la manera de un hierro de carne, que quedaría grabado en plata en la memoria humana.

El entrenador, Vicente Feola, diría, honesto: “esa vez comprendí que había que escuchar a los jugadores, ellos ven mejor los partidos dentro de la cancha...”.

Habían nacido dos seres: Garrincha y el driblin. Él lo inventó.

El ángel negro de Pau Grande, obrero de una fábrica de telas, pobre, que bailaba con la pelota en la suela, con sus piernas arqueadas y las rodillas inclinadas igual que un esquiador, que giraba como un taladro sin mover la pelota — un “rico espiritualmente, rico sentimentalmente”, como se autodefinía —, detestaba convertirse en una institución mundial, en esa mercancía escandalosa; le importaba sólo la sonrisa que brota natural en las comisuras; tenía inteligencia genuina para moverse en un campo de juego, no para negocios petroleros, vínculos con poderosos y el afrodisíaco dinero: cuando renuevan su contrato en Botafogo y le consultan cuánto aspiraba ganar, respondió: “de lo mínimo, a lo máximo...”.

Mané añoraba su pequeño pueblo rodeado de cerros, casas modestas y habitantes auténticos; los ríos, las cascadas y las aves. Ese lugar donde en solitario aprendió “a ser humilde, coser y jugar al fútbol”. No entendía de grandeza, comunicaciones y exposición mediática. Lo suyo era iluminar de belleza los minúsculos senderos del paraje derecho, imaginando que se entretenía con “garrinchas” en los arroyuelos y montes de su comarca natal.

Desde entonces y hasta el fin de las épocas, en las canchas del planeta, por el asombro de una causa inexplicable, se encienden siete velas pegadas a una camisa que planea. Es la herencia perenne de aquel prodigioso hechicero de rodillas curvadas, que continúa concediendo jolgorios cuando las reminiscencias colman de episo-



*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

dios imborrables las mentes de los apasionados.

En la arena blanca de la playa brasileña, en dulces  
potreros de infancia, hacia el atardecer, un balón imagi-  
nario inyecta luz en las orillas rumorosas de sus habi-  
tantes. Por ahí remonta placer Garrincha, elude al mon-  
taraz olvido, al abandono, y a esa mala patria, la mise-  
ria. ¡La felicidad no ha muerto!



### LOS TRES PALOS

Siempre esos partidos eran aburridos, como el clima de las tres de la tarde, viscoso, la atmósfera pegadiza y esa canícula brutal que ardía en la mollera. Alrededor serpenteaba una lentitud de espanto. Apenas unos atrevidos caminaban un trecho con una botellita de líquido adherida a la comisura. A esa hora jugaba el equipo de la Tercera División, dando inicio a la larga jornada de la tarde. Y había que sacrificarse frente al calor montaraz. En eso consiste la pasión, el fútbol vital. Llegaba buena cantidad de público que desafiaban a esa pesada gelatina sin ventilación y se perdían la siesta del domingo; había motivo para ir a la cancha. Jugaba El Pájaro, un arquero sensacional, ágil, un poco loco, de físico esmirriado, huesudo, con una chasca desmedida, caótica, que le raspaba los hombros y le daba un aire de Sansón en decadencia; con fama de imbatible, de acróbata de los tres palos, atajaba como quería, con una mano, levantando una pierna, usando la cabeza, bajándola de pecho, y hasta colgado sobre el travesaño.

El famoso guardavalla tenía una costumbre algo rara, que asomó siendo niño: apenas comenzaba el partido subía al travesaño de un brinco. De pie o sentado en la madera observaba el partido, a veces liando un cigarrillo, chupando una caluga o parado cuan largo era. Cuando el trámite del pleito invitaba a un festín de bostezos, daba órdenes, gritaba a todo pulmón con su voz ronca y reclamaba aplicación a sus compañeros.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

Naturalmente, lo hacía para que despertaran. También aplaudía las buenas jugadas y nunca dejaba de rezongarle al árbitro. Frente a una maniobra de real peligro en su área, se impulsaba como un resorte a la cancha y con un cálculo impresionante tapaba los disparos, evitaba goles, cortaba centros cabeceando la de cuero, o volaba desde esa altura para sacar con la mano los tiros a media altura. Alejado el riesgo, volvía a la altura de los palos con suprema naturalidad. De vez en vez, se distraía contemplando las vastas y lejanas geografías. Parecía un mono atajando pelotas, un librepensador o un ángel que añoraba regresar al lecho de los cielos.

La gente lo aplaudía a rabiar. ¡Los fanáticos vienen a disfrutar a esos pocos que rompen los esquemas y se salen de la abulia formal de las cosas!

La imagen de verlo meditabundo, sentado o caminando por la madera era de una belleza indescriptible. El escaso público reconocía con palmas su originalidad.

Los árbitros no sabían si era lícito que jugara encastrado en el travesaño. De modo que sólo le pedían que no fuera a lastimarse. El Pájaro reía casi indolente. Se tenía fe. Confianza. Para él resultaba más seguro estar en el aire que pisando el suelo. Contaba que veía mejor los engaños, las burlas y las gambetas de los rivales —“y las injusticias de los ricos, por supuesto” —, filosofaba. Entonces, si la situación lo requería, volaba para contener los avances. Era una costumbre que desarrolló desde la tierna infancia, cuando vivía más en las copas de los árboles, en los tejados de las casas, que en la quemante tierra; odiaba el dolor de las calles, la

contaminación humana y el hedor insano que emanaban los basurales.

El récord de subir y bajar en un mismo cotejo lo realizó un domingo 1º de noviembre, se elevó y descendió treinta y tres veces, similar al número de años de Jesucristo. “Nunca fui más feliz que aquella vez”, recordaba a menudo con luminosa nostalgia.

Naturalmente, en muchas ocasiones le encajaron sendas dianas desde treinta y cinco metros de distancia, que lo sorprendieron. Lo dejaron sin reacción. Eran los costos de la audacia. Empero, se había dado el lujo de atajar lanzamientos penales ubicado en el centro del travesaño, ¡arriba! Nadie, ni él siquiera, podía explicar cómo pudo llegar a esas pelotas golpeadas con bronca a doce metros de la línea del pórtico.

En una oportunidad, un puntero vivaracho le mandó un potente tiro a media altura. El Pájaro, antes que sacara el disparo, intuyó la intención del jugador y en una décima de segundo ya estaba preparado: cuando vio que el balón transitaba velozmente por el firmamento, se colgó sujetando los pies en el madero y desvió el esférico balanceándose con la rapidez de un chimpancé. Hasta el árbitro celebró el invento.

En cambio, cuando el partido era aburrido en extremo, se recostaba a lo largo del travesaño, como si estuviera en la playa mirando la pletórica belleza de un mar en calma, sacaba desde las medias un cigarrillo — no podía estar sin fumar —, lo encendía y parecía feliz de la vida trepado en esa altura del arco. Un par de ocasiones permitió soberanamente que los rivales marcaran un gol para avivar la contienda y entretener a los

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

fanáticos que lo venían a ver.

El Pájaro fue realmente un excelente golero. Podría haber jugado en Primera junto a las demás estrellas del Unión Milán: lo perjudicaba su peculiar estilo. Varios entrenadores le ofrecieron subirlo de categoría a cambio de “civilizar” su forma de jugar. No le interesaban este tipo de ofertas. Las desdeñaba.

—Si lo hago, muero como jugador y persona; y así entiendo la Vida... —explicaba.

A decir verdad, no le importaba en cuál equipo lo ponían, sino que le permitieran jugar donde más se sentía feliz y se divertiera: arriba del travesaño. Alguna vez alguien le preguntó por qué atajaba de esa manera, y contestó que el puesto de arquero era una especie de desgracia, había que aliviarlo con algo de locura y de poesía, entonces se le ocurrió aquello de subir al palo, caminar y correr de memoria sin caerse, mientras el gentío gozaba de lo lindo y sus compañeros defendían la redonda en la mitad de la cancha. “Las grandes creaciones del mundo se han conquistado con un pie más arriba de la tierra”, solía decir en la sede del club. Pocos atendían sus palabras.

Para desdicha de él y de su hinchada, sobrevino una tarde negra.

Su equipo disputaba el tercer lugar en el campeonato. Era el último pleito del año. Y llegó demasiada gente. Incluso merodeaba la cancha un periodista de un diario popular que quería escribir una nota sobre el insólito guardavalla.

Los nervios traicionaron a sus compañeros y al entrenador. En el camarín le suplicaron que, ¡por única

vez!, defendiera el arco abajo, a la manera tradicional.

— ¡No puedo! — respondió El Pájaro—. Va contra mis principios... — y remató —: Además un periodista de un diario está preparando un reportaje sobre mi forma de jugar.

No lo convencieron.

Y el partido empezó. Apenas pudo, voló ágilmente hasta el travesaño. Mientras peregrinaba por la madera, con las manos en la cintura, chascas al viento, un fotógrafo le sacó varias instantáneas. Parecía un pájaro de carne y hueso desafiando a la raza humana. Por primera vez el entrenador insistía a viva voz que descendiera de los palos. El Pájaro escuchaba la demanda, pero la ignoraba con evidente desdén.

Atajó un par de pelotas fáciles. Quiso la suerte que alcanzara a desviar de manera espectacular un balón que se colaba en el “rincón de las arañas”. Voló hasta el otro extremo para salvar su valla.

Aplausos endemoniados del público y nuevas peticiones del entrenador y de sus compañeros para que jugara a ras de piso. Volvió a ignorarlos.

Se cumplían casi treinta minutos del primer tiempo, cuando un delantero del equipo contrario sacó un disparo impresionante; él vio el movimiento del pie izquierdo, mas no pudo adivinar la trayectoria del balón, que se acercó haciendo cabriolas, un zigzag extraño, como que iba a un lugar y luego se desviaba, y acabó por golpear de forma violenta en pleno abdomen de El Pájaro, quien reaccionó tardíamente, embolsando el balón contra su estómago, afirmándolo seguro en los guantes; sin embargo, el impacto le hizo perder el equi-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

librio, sus pies se enredaron y cayó desgraciadamente dentro de su arco. Gol. Lo tapizaron con garabatos de grueso calibre, recordándole las zonas nobles y reproductoras de sus más preciados familiares. Para colmo, el entrenador lo cambió...

— ¡No te quiero ver más! — le gritó el técnico, ofuscado.

El Pájaro, avergonzado, cariacontecido, entristecido como jamás se le vio, dio media vuelta, sacó los guantes, los botó, y echó a caminar por la línea del ferrocarril. En el trayecto se detuvo para quitarse los zapatos, haciendo un nudo con los cordones y colgándolos, a la manera de un animal cazado, en el hombro. Iba llorando. Desapareció bajo esa tarde que recordaba a los difuntos del mundo. Lo último que se le vio fue la chasca flotando a medida que se perdía. Nunca más regresó. Se retiró del fútbol. La sombra de su cabello fue la única imagen que la gente recordaría muchos años más tarde, porque la otra imagen, aquella de verlo pendido en el travesaño, arriba de la tierra quemante, que evocaba a un sufriente Cristo, ésa había que haberla visto para contarla: ¡era de una belleza indescriptible...!

### EL PARTIDO DEL SIGLO

Durante la semana, el padre Quintana cumplía con todos sus deberes religiosos, aunque algunos feligreses le reprochaban que mezclara asuntos beatos con ejemplos futbolísticos, pasajes de la Biblia con jugadas maravillosas y, por aquello de decir Dios había jugado a la pelota, que el cielo es una hermosa cancha de fútbol, todo eso no lo soportaban. Y se lo planteaban directamente. El cura se defendía como gato de espalda, haciendo la misma finta y gambeta que de vez en vez le resultaba cuando picaba por la punta derecha en el estadio San Miguel.

Le criticaban con voz áspera, también por escrito, lo que él llamaba “pasión del domingo por la tarde”, cuando iba a jugar a la pelota loco de contento, con el bolsito al hombro, la sonrisa cruzada en la boca, tratándose de tú a tú con transeúntes, aguantando las bromas, seguido por una docena de carasucias, y se desvestía en el camarín — más encima llegaba con sotana y escapulario —, y qué le voy hacer, si soy cura, decía, y silbaba temas mundanos, ponía el Nuevo Testamento en la banquita, pedía que los jugadores lo besaran, a ver si El de Arriba les daba una manito, olvidándose completamente de los cristianos que se quejaban de su comportamiento grosero durante el partido, donde puteaba de lo lindo a sus compañeros, discutía con el árbitro, el público, cometía infracciones descaradas, para eso estamos los defensas, explicaba, sólo le falta desnu-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

darse y ducharse en el camarín, le recriminaban sus superiores, y claro que lo hago, qué malo tiene, ¡por el amor de Dios!, contestaba alzando los brazos, como si celebrara un gol de la victoria. Aunque lo inadmisibile lo realizó una ocasión en que se fue ofuscando de a poco, hasta nublársele la mente: sin motivo que lo justificara, se tomó las bolas de frente a unas mujeres que lo abucheaban cada vez que tomaba la pelota. Casi lo linchan, pero no lo suspendieron del campeonato.

— Cuando a uno le hieren el orgullo, se olvida que es santo... — declaró impávido cual santito de yeso.

El padre en ocasiones defendía su “pasión de los domingos”, señalando que la vida le presentó dos oficios: el fútbol y la religión, en ese orden. Y que optó por el amor a Dios porque para recibirse de jugador le faltó una pizca de calidad en los pies y agilidad en la cintura. Así que llegó a la iglesia por descarte. Tenía certeza que hacía bien ambas cosas. Al menos eso creía. Los religiosos, sin embargo, discrepaban.

En la parroquia casaba muchachos, bautizaba crías, impartía misas, velaba difuntos, confesaba y salía a visitar enfermos durante la semana. Los jueves, eso sí, se dejaba caer en la sede del club a jugar a las cartas, billar y ajedrez. Se retiraba hacia la medianoche, pasado a humo y algo achispado por unas copita de vino blanco. Era lo que se llama un buen cristiano.

La crítica que le hacían tenía que ver con ese fanatismo por jugar a la pelota el día domingo y, a veces, a mitad de semana en la calle, en el parque y en el propio patio de la iglesia. Para peor, en la cancha no era un futbolista correcto: tenía mal genio, discutía todo, trata-

ba en lo posible de engañar al árbitro pidiendo cobros imposibles. Su carácter lo traicionaba. Y el equipo contrario salía a buscarlo. A provocarlo. Y el cura, bravo como era, se hacía encontrar. En muchas ocasiones se fue a las trompadas y sacó la peor parte. Lo suyo no eran los sopapos. Pero a él no le importaba realizar las misas y el trabajo pastoral con un ojo hinchado, el labio partido y la cara con rastros cardenales... Son cosas del fútbol, decía a sus superiores.

Intentaron cambiarlo de lugar; no tenía sentido. Pelotas y canchas de fútbol existían en todas partes. El fútbol es una pasión que nace y muere con el hombre, como Dios. Llegaba al sano delirio de asegurar que en el cielo "se jugaban las mejores Ligas de Fútbol". Pocos le creían. Y él oraba por esos agnósticos.

En el camarín era un espectáculo. Luego de vestirse, le pedía a los muchachos que rezaran un Ave María, y enseguida ponía a uno por uno una cadenita en el cuello, con la imagen de Cristo. Luego los bendecía. A su equipo los fanáticos lo llamaban. "El Equipo de Dios". Rara vez ganaban. Torpes absolutos tampoco eran. Un día pidió lanzar un tiro penal. Faltaban minutos para el término del cotejo. El cura realizó un ritual increíble, tomó pausadamente la redonda, la besó con los ojos cerrados, fue donde el arquero, le habló algo del Señor, volvió al punto del penal, se arrodilló, oró en silencio, se persignó, marcó hacia atrás unos doce metros para emprender la carrera, luego vino el fiasco: quiso la mala suerte que pateó la tierra y el balón salió disparado... al cielo. Lo tapizaron con garabatos y bromas hirientes. Un feligrés hincha del club se quejó a viva voz en la

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

misa por la forma inaceptable de perder un gol cantado: “aquello no tiene perdón de Jehová”, sentenció.

—Reza para que tenga más talento —le respondió con voz de adoración Quintana.

Hacia el final del campeonato, “El Equipo de Dios” quedó en el penúltimo lugar de la tabla. Entonces sus superiores, que también gustaban del fútbol pero no lo demostraban públicamente, se preocuparon sobremedida. Llamaron a una reunión personal al padre Quintana. “¡Tanta riña, trompadas, cháchara, problemas, para ir al fondo de la tabla!”, lo recriminaron. Se quejaron de la mala imagen que estaba proyectando para la Iglesia por ser mediocre para el balompié. Por los escasos logros deportivos. Llegaron a un acuerdo. Si terminaban último, se mudaba a una parroquia de otra región donde no practicara más fútbol. Al fraile lo pillaron volando bajo y hubo acuerdo.

Así nació lo que desde entonces se conoce como El partido del siglo.

Hubo una difusión exagerada sobre el encuentro. La noticia corrió de boca en boca. En los alumbrados públicos colgaron rótulos, en los bares dejaron propaganda alusiva y se supo que cada misión religiosa, desde los protestantes hasta las Hermanitas Descalzas, se levantó en oraciones a favor del padre Quintana. Incluso dirigentes de clubes archirivales intentaron influenciar a los píos superiores para no exponer “a un escarnio público” al peculiar fraile. No fue posible.

Nadie fue capaz de reconocer que la derrota del Equipo de Dios era inevitable...

El día del partido llegó mucha gente a alentar al

cuadro del cura. Los evangélicos le cantaban loas. Por supuesto, se hallaban sus superiores y un montón de feligreses, fanáticos del balompié. De una diócesis importante llegó un obispo de apellido Ortega. Es decir, por aliento iba ganando de taquito.

Faltaba el pueril detalle de jugar el cotejo...

El padre Quintana se preparó en la semana para el encuentro. Entrenó en doble jornada durante seis días. Por las noches se acostaba rendido. Se cuidó como jamás lo hizo. No bebió vino blanco ni fumó puchos baratos. Según él, llegaba en excelente forma física y mental. Sin embargo, no se le veía contento, conversador, bromista. Caminaba abstraído. Ido. Muchos aseguraban que meditaba en la formación del plantel, en la ubicación de los jugadores y en el método que utilizarían para "aplantar" al ignoto adversario, que marchaba a la sazón último en la tabla de posiciones.

Pidió ocupar excepcionalmente el puesto de atacante. Nadie se opuso.

Quería gritarles en la cara un gol a los incrédulos. En el fondo, él armó el equipo. A su pinta. Lo que vino enseguida fue una nueva lástima. Al primer pique, se fatigó ambos muslos, pero continuó jugando a tientas, cojeando. Se perdería goles cantados. El balón pasaba por entre las piernas. ¡No dio un solo pase decente! Antes del ocaso del primer tiempo, un defensa lo pasó a llevar y el fraile le asestó un puntapié criminal; le mostraron tarjeta amarilla y no lo echaron gracias a la intervención del obispo.

En el segundo tiempo ya no corría, tampoco caminaba en la cancha. Estaba parado en el círculo central

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

dando órdenes a sus compañeros. Su figura altísima recordaba al Quijote de la Mancha desafiando a los Molinos de Viento. Curiosamente, cuando él no anduvo, el equipo jugó mejor. Hasta marcaron dos dianas. El resultado fue lapidario. Perdieron cinco a tres. Con una sinceridad aflorada del alma, salió llorando del recinto. Tomó sus cosas y se marchó. No quiso hablar con nadie. Ignoró los insultos. Las quejas. También esas bendiciones de los diversos credos. Puso oídos sordos a las pocas voces que le pedían calma.

El Partido del Siglo culminó en una especie de tragedia griega...

Días después se contaba que sus superiores no tuvieron piedad con el papelón que se mandó. Lo enviaron sancionado a una humilde parroquia del extremo sur, por allá en el hábitat natural de los pingüinos y glaciares. En el documento que cursaron, estamparon el motivo de su traslado: "querer jugar insistentemente al fútbol sin saber tocar la pelota y, más encima, hacer bullicio público con un match de fútbol tildado como El Partido del siglo".

Del ungido se conoció una única noticia que no causó asombro en nadie, que, bajo la lluvia más triste y desamparada, todavía continúa buscando el sacrificio de traspasar los dos maderos del balompié. En su reducido despacho, se lee una especie de pensamiento futbolero: "Jesús también sufrió bajo los palos".

Amén, padre Quintana. Amén.

### AMOR FRENTE AL ESTADIO

La pelota surca el horizonte en esa tarde completa de sol que recalienta la atmósfera, marchita los arbustos y mantiene en las fuentes a los pájaros chapoteando en el agua. En las casas colindantes nadie se mueve. Las ramas de los árboles permanecen detenidas. Los viejos se abanicán y espantan a los mosquitos. Mientras el astro-rey convierte la Tierra en un volcán, en la cancha empolvada los muchachos no paran de disputar un partido amistoso. Son las cuatro de la tarde y no hay nadie en los alrededores. Por ahí donde está la línea del ferrocarril y aquellos enormes muros abandonados. Bueno, es miércoles y alguna gente trabaja.

Los chicos suelen entrenar hacia mitad de semana.

El ritmo del cotejo no disminuye. Se juega con fuerza, en serio. No importa el clima montaraz, ni la lluvia en otro momento, ni ese calor terrible que cae como fuego abrazador. La pelota continúa surcando el horizonte. Se mueve constantemente. Viene y va. Sube y baja. Ella invita a jugar. Los muchachos sudan. Corren. Gritan. Se divierten. ¡Es la locura del fútbol! De pronto, alguien realiza una excelente jugada y todos aplauden. ¡Qué bella es la vida dentro de una cancha, máxime si se juega sin ese policía que es el árbitro! Mientras, el sol batiente exhala brasas rojas por la boca... Y las nubes arriba no se mueven.

Ni siquiera en los arcos cae la sombrita de los palos: la canícula la engulle.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

Entonces sucede un imprevisto que obliga a suspender un instante el pleito. Pegado hacia el derruido muro una joven pareja, de pie, practica libremente el amor. La espléndida imagen apareció súbitamente, como una bella jugada que no estaba en los cálculos de nadie. Los futbolistas observan respetuosamente, manos en la cintura, calladitas las bocas, mientras el calor despelleja la piel. La pareja se mueve a ritmo de buen fútbol. El solemne acto de comunión urgente fue rápido como una genial gambeta dentro del área, donde hay que saber embocar la pelota y luego cobrar felicidad. Un crack dijo: "se respetaron el cariño, ¡aplaudamos!". Y resonaron las palmas bajo el silencio fantasmal de la cancha de tierra. La pareja de enamorados agradeció los vítores alzando las manos. Luego echaron a caminar por la línea del ferrocarril. Sin otra tardanza, ni comentario que hacer, se reanudó el partido y el astro-rey, que también presencié la cálida escena, emprendió una humana retirada. Llegó un clima favorable. Más fresco. Las nubes empezaron a moverse.

Enseguida empezó a correr un viento de alegría. El partido no cesaba. Los árboles comenzaron, al fin, a echar sombras. Aparecieron unos cuantos hinchas a presenciar el partido. La vida y el fútbol continuaban normalmente su curso. La pareja de enamorados desapareció en el distante horizonte del anonimato, iban de la mano, charlando alegremente. A ratos se besaban con pasión. Y un viento, ahora más romántico, revolvía el cabello de la muchacha.

### CAL DULCE

La historia jamás será olvidada. Sucedió en una pobre población de Santiago, en una canchita de tierra que separaba a dos campamentos provisorios de albergue. Ahí todo era miserable, hasta los perros. Que apenas, y a veces, ladraban. No tenían fuerza. Si aquel hacinamiento existía, entonces el mundo no tenía dignidad ni vergüenza por el prójimo. ¡Y existía! Los niños pasaban fuera de sus casuchas, sucios, distantes de otras realidades. La única entretención era correr todo el día con un balón por la cancha empolvada hasta quedar rendidos. Con el balón rodando, engañaban a los contrarios. Y al hambre.

Una vez al mes llegaba un camión del municipio y dejaba víveres. Cosas básicas, leche, queso, manteca. Se armaba un alboroto para recoger las cajas que lanzaban al suelo sin ningún orden. Casi con menosprecio. Ésa sería la alimentación esencial de los culisucios.

En la semana todo era triste. Y el resto del tiempo, también. A Dios gracias existía un balón, que disminuía las cosas.

Las horas pasaban lentas. Las desgracias humanas cundían como fuego. Sólo el domingo sabía mejor. Jugaba, por la mañana, el Club Los Sin Tierra. Que era del Campamento Uno. Por la tarde lo hacía Arenita Fútbol Club, residente del Campamento Cuatro. Éste era un acuerdo logrado tiempo atrás, que significó un debate tremendo, el cual culminó a trompadas, pero fir-

mado el compromiso. Los Sin Tierra anhelaban jugar por la tarde, “en la mañana se va a misa”, afirmaban sus dirigentes. Y esto molestaba a los Arenita, que pensaban lo mismo.

Hacia la mitad del campeonato, les tocó jugar un clásico. La fecha quedó para disputarse como corresponde, una tarde de un domingo. Después de mucho tiempo los hinchas de Arenita Fútbol Club pudieron asistir a la misa matinal. Lo que sucedió en el partido fue otra cosa.

A eso de las cuatro de la tarde el gentío había poblado los alrededores de la cancha. Los equipos salieron desde sus respectivos Campamentos. Aplausos, vivas, gritos, alegría. Junto a ellos, apareció el siempre inflexible árbitro del cotejo. Un tipo estricto, al que llamaban “Sargento”, por su carácter seco y pasado militar. Lo contrataron especialmente para este cotejo. Para evitar trampas y malos entendidos. El juez no tardó un segundo en darse cuenta de una anomalía que atentaba contra las reglas básicas de un partido: la cancha no estaba rayada. Llamó a los capitanes y expuso la situación. El árbitro pensó que pudo tratarse de un ardid de uno de los equipos. Los dirigentes de ambos clubes lo convencieron de que se trató de un olvido espontáneo:

— Sucede que hoy todos andábamos en misa, profesor — le explicaron.

Ordenó que de inmediato se rayara el reducto. Caso distinto, suspendería el pleito. Y aquí empezaron los problemas más serios. El viejo que hacía ese trabajo, no estaba. Alguien dijo que se quedó pegado en un bar bebiendo vino de barril. Lo peor, ni siquiera tenían la

llave del cuartito donde guardaba la máquina para rayar. Los dirigentes propusieron hacer una colecta y comprar cal. Se rechazó sin tardanza la idea: los domingos en la tarde ¡los negocios no abrían! “El Sargento” escuchaba, pito en mano, viendo cómo transcurría la hora. Se preparaba para emprender la retirada, previo pago por sus servicios, naturalmente. Lo demás, no era su culpa.

Hubo una reunión de emergencia entre los líderes políticos y deportivos de ambos Campamentos. ¡El partido se jugaba! No se podía terminar ese domingo sin fútbol. Era su única fiesta popular. ¿Y la cal? Rayarían la cancha con la leche que donaban a los niños... Hubo acuerdo absoluto. Nadie se opuso. Hasta las mujeres apoyaron la medida.

Unos veinte hombres y mujeres, distribuidos a lo largo y ancho del reducto, pintaron las líneas de rigor, vaciando cada tarrito de cinco kilos. El árbitro no reparó en el detalle de la leche: unos astutos dirigentes lo distrajeron adulando el papel “fundamental” que tenían los jueces en el balompié mundial... Hasta una gaseosa le metieron. Cuando culminó el rayado, “el Sargento” quedó conforme y llamó a los capitanes al centro de la cancha. Minutos después daría el pitazo inicial y los cantos y gritos embellecieron como el mismo cielo aquel ignorado pedazo de geografía.

El resultado pocos lo recuerdan. Tampoco hubo riñas. Expulsados. Fue un cotejo limpio aunque reciamente disputado. Hay un episodio que pocos pueden quitarse de la memoria. Hacia el anochecer, un cardumen de niños, en distintos puntos de la cancha, de



*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

rodillas, relamía la leche. Cerca de ellos, perros y gatos los imitaban. Fue una tarde llena de emociones juntas, en que el fútbol y la pasión triunfaron soberanamente. Y donde, al fin, se escuchó ladrar a un miserable quiltro... Había zampado leche.



### AMOR A LA CAMISETA

— ¡Gay, gay!

Cada domingo la misma candela. En el estadio. Mirando al equipo de sus amores. En medio de la multitud. De visita o de local. A un metro de él, mirándolo de frente, mientras en la cancha se sucedían las jugadas más imperdibles, aquel tipo extraño vomitaba el ¡gay, gay!, cuántos goles no pudo ver... Qué vergüenza. ¡Gay, gay! Era su frase predilecta. La del tipo con pinta de orate. De atorrante. La misma frase de siempre. Qué poco original. No se cansaba de repetirla. Durante 45 minutos, en el primer tiempo. Con descanso en el intermedio, claro, había que ir al baño, tomar una gaseosa, descansar la garganta, asear la transpiración. Y luego los otros 45 minutos finales. El mismo grito. O cantito. Era el colmo. Una desdicha. ¡Justo tomarlo a él! ¡Gay, gay! ¡¡Qué lo parió!!

El hincha lo esperaba en el acceso al estadio, religiosamente.

Si no lo encontraba, recorría la galería entera, el palco de honor, las tribunas, donde fuera, hasta dar con él. Hubo ocasiones en que, distraído buscando su paradero, su equipo marcaba. Y se ponía a saltar de felicidad, gritando ¡gay, gay! Resultaba increíble: siempre lo pillaba oculto en medio de los demás fanáticos. O donde fuera. Jugaran el martes o domingo. El objetivo era encontrarlo. Si no lo hacía, el equipo andaba mal. Empatada o perdía, en ocasiones por goleada. Ocurrió una

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

vez. Había que evitarlo, como fuera. Todo por la camiseta...

Un día la víctima llegó disfrazada, con peluquín, bigotes y pantalón ancho. Nada. El tipo descubrió su figura en un santiamén. Por el olfato, o lo que fuera. Sabía de su existencia. Era su víctima. Lo apuntaba con el dedo. ¡Gay, gay! Éste tenía ganas de darle una trompada. Un empujón. Lo que fuera. No podía. Era un actor reconocido. Le entablarían una demanda. Por daños y perjuicios. Quizás eso buscaba. Dinero. Fama. A costa suya. Así que lo soportaba. ¡Gay, gay! Dos palabras. Que eran una sola en contenido. Calumnia barata: no era gay. Claro, tenía buena pinta. Labios femeninos. Cabello largo, ondulado, cara fina. Le costaba entender que alguien pagara la entrada para gritarle gay. Generando risotadas en los hinchas, por supuesto. Y en la policía también. Los niños eran quienes más disfrutaban, riendo a mandíbula batiente. Soportaba todo, con aire sereno. ¡Qué macana!

¿Por qué lo eligió? ¿Quién era ese hombre? Lo ignoraba. En la vida profesional, no tenía enemigos. A lo mejor era un loco que escapó del psiquiátrico. Un fanático extremista. O aquel típico hincha de barra brava. ¡Vaya a saber! Le importaba denostarlo, nada más. No celebraba las victorias. Se persignaba a cada momento. Tampoco ojeaba los partidos. Su preocupación era él. Y esas palabras, ¡gay, gay! ¡Qué lo parió! ¡Qué ganas de patearlo! De ponerlo en prisión. Donde quizá debiera estar. Pero cómo. ¿Por qué le decía gay, gay? No, era mala idea. Podía salir el tiro por la culata. Podía convertirse en el hazmerreír de la cana. En fin, mientras el club

de sus amores ganara, todo bien. Esto sí valía la pena.

Sabía que en los estadios sucede de todo. Cosas desmesuradas. Lo más increíble. ¡Gay, gay! Lo cargó hasta el final del torneo. Nunca pudo darse cuenta de dónde sacó paciencia para soportar la constante infamia de ese culisucio que, acaso, se bañaba una vez por semana. Seguro que dormía en las alcantarillas y se alimentaba por dádivas ajenas.

El equipo se coronó campeón. Obtenían la séptima estrella.

Feliz, celebró con la gente. En medio de los gritos y cánticos, oía nítidamente el ¡gay, gay!, ya no le importaba. Menos ahora, que veía cumplido su máximo sueño. En medio de la fiesta, abrazó lleno de alegría a la hinchada y, qué importaba, al loquito que lo difamó todo el campeonato, que no lo dejó en paz esa temporada; el tipo, que tenía unos ojos de animal, un poco llorando, emocionado, quizás con sentimientos de culpa, tuvo el valor de disculparse por la ¡cargada! durante el año, que era una cábala que arrancó desde el primer partido, cuando ganaron de visita con un gol de última hora, en el último minuto, y el actor, que se hallaba casualmente a su lado, todo eufórico dijo: ¡seremos campeones!, y él le respondió: ¡Dios te escuche, gay!, y ahí arrancó el asunto. Fue una invención del momento, igual que una jugada en el área chica, que ayudó a ganar, porque en el fútbol hay que utilizar todas las formas para triunfar, ¡todas!, la explicación convenció al dandy, quien le rogó que volviera al año siguiente, que repitiera la fórmula, “por la camiseta hago cualquier cosa”, le dijo, pero el hombre se excusó cortésmente: “no será posible, señor;

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

usted ya sabe la cábala y ésta se espanta cuando aquello ocurre... Adiós". Y se perdió en busca de una nueva creencia deportiva. O de otra víctima...

Las aclaraciones públicas que el actor debió realizar acerca de su condición misógina, y el aguante de las bromas que lo salpicaron largo tiempo, eso casi no viene al caso describir. Fueron indignas.

## EL MURO

Tenían una hora para jugar y ya llevaban treinta minutos de felicidad. El partido estaba buenísimo. Bien corrido. A ratos trabado, pero disputando cada pelota con lealtad. Se traspiraba la camiseta y eso era bueno. Servía para botar las angustias. Y los miedos también. La cancha era chica, aunque digna. Había que estar despierto. El balón iba y venía. De pronto, un gol. Gritaba todo el recinto. Era extraño marcar un tanto en esa canchita. Con ese público. Bajo esas condiciones. No importaba. El fútbol se puede practicar en los peores escenarios. Cualquier lugar es bueno para dominar la de cuero. Y si se practica en un reducto formal, pues mejor. Aunque los adversarios no sean los mejores. Y limite el accionar gente inescrupulosa. ¡Qué va! La pelota te enajena de todo. Hace viajar a mundos mágicos. Siempre te divierte. Entretiene. Puede hacer feliz al condenado al cadalso. Jorge Luis lo sabe. Cuando chico jugaba en las inferiores del Unión Milán, de ocho. Tenía mal genio. Un pésimo carácter. Se enojaba cuando lo tocaban. Quizá por eso mantenía a distancia a los defensas valiéndose de sus largos brazos. Nunca vi a otro jugador usar de esa manera aquel recurso. No se le podía acercar mientras él tenía el esférico bajo el zapato. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Cuánta ingenuidad! Ahora estaba ahí, en esa canchita de cemento, cinco por lado, demostrando lo que aprendió en las interminables pichangas de la infancia.

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Sus compañeros lo halagan. Aplauden su juego. Y Jorge Luis, por un instante, evoca a los otros cracks que la rompían en los campeonatos nacionales. En esa época maravillosa cuando salía con un bolsito al hombro y la cabeza llena de sueños. Sueños de gol. De ganar. Pero este partido que disputa lo considera más importante. Está en una cárcel de alta seguridad y los vigilantes, apostados en unas cabinas, metralleta en mano, observan el desarrollo del lance. No es lo mismo de antaño, cuando bajo el polvo y la libertad participaba de grandes justas. Quién lo iba a pensar: preso político. Tenencia ilegal de armas. Acción subversiva. Incitación a la violencia. El dictador Augusto Pinochet lo puso bajo rejas por marxista y subversivo.

En esa hora de permiso, juega. Lo hace siempre recordando al niño que era futbolista de verdad. Quisiera contarle esas historias a sus compañeros. No puede hacerlo: se halla solo en una celda. Apenas recibe a su familia una vez a la semana. Bueno, quería tumbar al dictador. Y eso se paga con torturas y extrañamiento. Luego lo mandarían fuera del país, por indeseable, claro, si la siniestra cana no pasa por él en la noche y lo saca para volver a interrogarlo, como a tantos otros que no regresaron nunca. Mientras, el partido continúa. Está rebueno. Hay que correr. Sudar. Desahogarse. Llegar cansado a la celda oscura, terrorífica. Hasta que sucede algo increíble: alguien rechaza con fuerza y la pelota se eleva — ella también es prisionera —, se eleva, se eleva como pidiéndole a Dios que no la deje volver, y cae al otro lado del enorme muro. El esférico, al fin, quedó libre. No se supo más de su destino. Jorge Luis, en un

acto tal vez insensato, quizá evocando que estaba en la canchita del barrio, partió corriendo a buscarla. ¡Qué haces!, le gritan sus compañeros, al sentir que los vigilantes pasan bala en sus armas. Y Jorge Luis despierta. Recapacita. Vuelve en sí. Se da cuenta que no puede correr en busca del balón como lo hacía cuando era niño. Cuando el balón caía a otra casa. Y saltaba el muro y regresaba con ella bajo el brazo. Con pena, impotencia, se detiene. Mira a los demás presos. A sus compañeros. Y se escucha un resonante silencio. ¡Se quedaron sin balón! Y todavía faltaban treinta minutos al aire libre. ¿Qué hacer con el tiempo que resta? ¡Uy, esa mala suerte! Si hubiera rebotado y regresado hacia acá... Si alguien la lanzara de vuelta... Tanto que costó conseguirla. Ya no tendrá sentido esa hora libre. Si no hay un balón, ¡no tiene sentido salir al patio! Y pensar que una pelota, aunque fuera plástica, como esa que cayó más allá del muro, daba un motivo para vivir, para tener esperanza y reír a pulmón batiente durante sesenta minutos. En adelante, todo será aburrido. Los colores y el horizonte que dibujaban en la cancha, ya no están. Ya no será lo mismo venir al patio, — ¡para qué! —.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

## SECRETO DE LOS PIES

*A Jorge Valdano.  
Por la historia.*

El pibe había entrado al camarín para ver al negro. Antes lo vio en la portada de *El Gráfico* e imaginó algunas cosas. El negro llevaba la diez en la espalda y era un fenómeno en la cancha. El pibe quería ver de cerca al ídolo mundial, a La Perla Negra. Y lo encontró sentado en la banca. Llamó su atención un hecho que ignoraba: el futbolista, descalzo, ponía delicadamente una venda en sus pies. Lo hacía casi con ternura, a la manera de un padre que protege sus herramientas de trabajo. La venda blanca envolvía suavemente las plantas, el empeine, los tobillos. Valdano, el niño, conservaría esa imagen para siempre, ¡los pies! Ahí residía la magia del astro. Del genio que convertía en arte el asunto de dominar la de cuero.

¿Qué habitaba debajo de esa piel morena?

Alguien, quizá Dios, le ayudaba a levantarse, a picar como una explosión inesperada, a bajar balones endemoniados. El pibe observó que Pelé cubrió la venda con las medias, y luego calzó los zapatos. Se preocupó que todo quedara en forma. Que nadie se diera cuenta que escondía el mayor secreto de un futbolista: sus pies.

En su tierra, Las Parejas, salía en busca del astro de River Plate, Ermindo Omega. Lo seguía caminando detrás de él. Todo el trayecto observaba sus pies. Cómo



---

*El ángel de las piernas torcidas*

eran. Qué tenían. ¡Cuánto misterio! Después, cuando él fue un crack de categoría mundial, recordaría esa imagen. La de Pelé y de Ermino Omega. Y miraba sus pies, los suyos. Que habían continuado con la tradición de los genios para el balompié. Aunque aquel secreto continuaba protegido por la magia del talento que nadie puede explicar.

Y que más vale que jamás se conozca.



### TOCO Y ME VOY

Yo, de nene, seguí los consejos de los viejos.

Me enseñaron a querer la redonda, ¿vio? A tratarla delicadamente con todo el cuerpo. Esa es una enseñanza privada entre el jugador y la pelota. El secreto está en ganar su amistad. Amor. ¿Vio? Los entrenadores, cuando descubrieron que tenía pasta para el balompié, partieron enseñándome a jugar con las estrellas... Con el sol... Y con el cielo también. La cosa era simple, ¿vio? Golpeaba la de cuero hacia arriba y de arriba me la devolvían, y yo la bajaba mansita con el taco, empeine, muslos, no fuera asunto que se estrellara contra el piso. Así, una tarde entera. ¡Hay que tratar con exceso de cariño y pasión a la redonda!

Luego fui aprendiendo otras necesidades, porque la polenta la traía desde la cuna. De chiquito gambeteaba, quebraba la cintura, hacía fintas misteriosas, que ni yo me sé explicar. Claro, pasaba en el suelo. Usted debe saber, la cosa no es gambetear, sino dar el saltito para que no te rajen, y a veces me torturaban en pleno vuelo, en el aire, ¿vio? Ahora lo digo, y para bien, la cancha no es pura fiesta y engaño, porque de pronto sale el tiro por la culata. A uno lo rajan. Lo salen a buscar y hay que huir, buscar otros horizontes en el campo. De modo que más grandecito vine a entender a los viejos. Desde el día que hice la jugada no la solté más. Ahora toco y me voy... No me hago problemas. Tendré menos lesiones. No quedaré cojo. Me explico: la

pelota viene y usted antes de que llegue sabe a quién mandarla de regreso, ¿vio? Es un paso de baile. Una nota musical que el público también aplaude.

Ésa es mi filosofía de juego. Toco y me voy... Y no es que esté pesado de cuerpo. Lento de piernas. Que haya crecido mi barriga. Algo poco audaz. No. Nada semejante. Los viejos decían que el fútbol no es sólo gambetas. Ni caños. O sombreros. Esto es una circunstancia. La necesidad de una segundo. La circunstancia no se busca. Se presenta sola. Llega a modo de desahogar el pozo, ¿vio? Créame, soy el mismo de antes. Corro el partido entero, con mi forma y disciplina. Voy de allá para acá, con o sin ella, la de cuerito. Dicen que eso es de sabio. Digo yo, ¿vio? A lo mejor hablo boludeces.

El otro día mi hijo me preguntó qué le dejaría de herencia. Respondí sin pensarlo, como si estuviera en el área chica: el fútbol. No entendió, ¿vio? Es un chiquilín. Está recién despertando a la vida. Entonces le aclaré que es mi forma de vida. La manera para ganarme el men-drugo. Le gustó la figura. A mi nene le gusta la gambeta, la velocidad y el dribling. Sueña con llegar a Primera y marcar en La Bombonera. Al estilo del Diego, ¿vio? De Valdano y Batistuta. Qué sé yo. ¿Y cómo juegas tú?, me cargó el hijito de puta, pícaro. Yo toco y me voy... Aclaré, en un solo pase. Sin pensarlo.

— Viejo — saltó de inmediato, vivaracho —, yo también juego al toco y me voy...

— ¿En serio?

— Con las minas, sí...

Qué le iba a responder.

Es un chiquilín. Tiene talento para el balompié. Lo



*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

perdono. Y si echo la memoria hacia atrás, yo también tocaba y me iba con las minas. Sobre todo, en aquellos otros partidos que uno juega en la intimidad del lecho...

    Pero ese es otro partido que no se lo voy a describir, ¿vivo?



**BEBÉ**

Se lo dijo tres veces. A la próxima le mostraba tarjeta amarilla. Y enseguida no más, si continuaba demostrando el juego, venía la roja. ¡No me tires la gente encima! El golero no respondió. Exhaló esa sonrisa pícaro, propia de un jugador canchero. Iban ganando por la cuenta mínima. Faltaban acaso seis o siete minutos. Y ya está, a casa con una victoria. De la banca le habían dicho que restaban tres minutos, pero él sabía que no era correcto. Tenía que tranquilizar el juego. El rival se venía con todo. Muchos centros. Tiros de larga distancia. Errores del rival. Quejas al juez. Peticiones de faltas que no existían. Los parciales avivando todo. Y Mario deteniendo brillantemente los zapatazos, embolsando la pelota con gran técnica, desviando balones imposibles. Era la figura. El tiempo no avanzaba. El árbitro recibiendo la presión de un equipo que perdía injustamente. A lo menos merecía el empate. No podían lograrlo. Buscaban por fuera, por ambos costados, por el centro. Nada. La victoria de los locales parecía una sentencia escrita. Luchar contra el Destino era inútil.

De pronto, un hecho que desencadenó una presunta farsa o, al menos, un episodio confuso. Un mediocampista se animó con un fuerte disparo, rasante, que pasó lejos del palo derecho. El balón fue a dar once u doce metros detrás del arco. Mario partió lento, tocándose los guantes, simulando una molestia en una pierna. La rechifla no se hizo esperar. El árbitro le mos-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

tró tarjeta amarilla. El golero se volvió, lo encaró. Pidió explicación. El juez amenazó con expulsarlo si continuaba con la tardanza innecesaria. Las pifias aumentaban. Nadie devolvía la pelota, la cual fue a dar a unos arbustos y hierbas crecidas. En realidad, por ahí no había nadie. Además, el calor que hacía...

Al avanzar un trecho, el arquero sintió el llanto de una cría que afloraba desde una mata. Humano, a fin de cuentas, atinó en verificar la situación. Descorrió unas ramas. Encontró efectivamente a un bebé pequeño, quizás de días, envuelto en ropas blancas, que no dejaba de chillar.

De inmediato se quitó los guantes y, cuando se disponía a tomarlo, el juez corrió a mostrarle la tarjeta roja. Por la demora y pudrir la paciencia de la barra rival, que ya se venía encima. Con el nene en brazos, Mario regresó a la cancha y le describió el motivo de la tardanza. Le mostró, en su propia cara, al infante. Los rivales lo insultaban. Creían que era un ardid. El partido se reanudó minutos después. Un defensa ocupó la responsabilidad de la portería. Bastó una llegada para que se diera el empate, que se celebró como victoria. Luego se escuchó el pitazo final.

El golero, siempre con el nene en brazos, corrió hasta donde el juez y lo increpó nuevamente. ¡Cuida tus palabras o te dejo sin campeonato!, lo amenazó éste. Los equipos regresaron a los vestuarios. El público abandonó el estadio. Dos horas más tarde no quedaba nadie.

Mario regresó a casa con la valla invicta, pero con una cría mal concebida en los brazos, que se le parecía



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

mucho y lo miraba con la serenidad de un vástago que observa a un padre que sólo le importaba jugar al fútbol y, por supuesto, no perder.



Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *PICANDO POR LA RAYITA*

La gente iba a verlo.

Él lo sabía. Era menudito, un metro sesenta, de cuerpo bien hecho y una cara astuta que lo decía todo. Con la siete en la camiseta, armaba la fiesta, bailaba y generaba alegría. Todos los defensas conocían sus arranques endemoniados, el toque cortito y la corrida infernal exactamente por el medio de la raya blanca. Podía correr cuarenta o cincuenta metros y la pelota fluía adherida a la cal, sin abandonar nunca el límite permitido. Hasta para los guardalíneas era un problema. Con paso raudo de torero lo evitaban y a él no le quedaba otra que fintearlos.

Los defensas lo padecían. Entrenaban duro para detenerlo y no había caso. El petiso repetía una y otra vez la jugada característica, y salía airoso. Quedaba a la vista un hecho: si el astro repite sus genialidades, por más que conozcan sus gambetas no las podrán detener. Y el petiso en esto era sabio. Sabía cuándo picar, cuándo detenerse, en qué momento dar un saltito para evitar el patadón, y cómo girar la cintura para sacar la pelota de la línea y seguir rumbo al arco.

Sus desplazamientos en la cancha eran un regalo de la Naturaleza.

Le gustaba partir de atrás, para sacar al defensa de su hábitat. Un cancerbero lejos de su territorio se nubla y pierde el sentido de las cosas. El hábil delantero conocía esa argucia. Siempre por las puntas, hacía su trabajo, el mismo de cada domingo. A veces le cambiaban

dos o tres defensas. Y él repetía las maniobras. La gente lo disfrutaba a rabiar. Los hinchas rivales lo aplaudían.

Pero el fútbol está lleno de ocurrencias populares.

Una de ellas ocurrió en un partido sin mayor importancia. A los diez minutos, luego de unas premeditadas escaramuzas en el centro de la cancha, que involucraron injustamente al petiso, en una rápida acción unos chicos borraron casi la totalidad de la cal de la línea, en ambos lados. Sólo se dieron cuenta quienes conocían la trampa. El veloz puntero se quedó sin geografía, no tocó un balón.

Parecía un pingüino en tierra desértica.

No realizó ninguna jugada vistosa. Se enredaba solo. Cuando le llegaba la pelota, de inmediato buscaba su máximo referente, la línea, y ésta yacía invisible. No se veía. Entonces malograba sus fintas. Perdía el balón de manera fácil. La hinchada no daba crédito a lo que veía. Corría por fuera. Andaba extraviado... ¡Fue un fiasco!

Sus parciales, dándose cuenta del hecho, se quejaron al árbitro, pero éste no quiso problemas, "en un partido áspero siempre se borra la cal", dijo. El petiso se le fue encima, lo insultó. Fue expulsado.

Los demás equipos se enteraron del "procedimiento" y el petiso en adelante se convirtió en una ruina: no tocaba una y lo pasaban expulsando. Un día no regresó a jugar en ese campeonato.

Se mudó de club.

Tiempo más tarde alguien comentó que hacía maravillas en otra liga, ahí, pegadito a la raya donde los defensas no hallaban cómo pararlo. Antes de firmar por

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

su nuevo equipo, puso una sola exigencia: que las canchas mantuvieran un rayado imborrable. Fue una petición un tanto extraña, pero los dirigentes le cumplieron y él la rompía cada fin de semana.

Naturalmente —se afirmaba con mala intención—, su habilidad ya estaba siendo motivo de esa espontánea ocurrencia popular de borrar la cal de la línea. Nuevamente sus fintas y gambetas se estrellaron contra la infamia de no ver la línea blanca con cal. Volvieron las expulsiones. El fracaso. Mientras esperaba el término del clausura, optó por abandonar un tiempo el fútbol.

## MARSELESA FÚTBOL CLUB

A Julio Barría Cárdenas

Había que ser guapo para jugar en la Cancha de La Línea contra los locales, el Marsellesa Fútbol Club. En su corta trayectoria, estaban invictos. Apenas unos cuantos equipos sacaron un empate, a base de sudor y sangre. Sudor por la entrega inhumana. Sangre porque nunca fue fácil disputar un balón con un asesino de verdad, con un ladrón de verdad y un pirómano de verdad. El Marsellesa era una institución atípica, compuesta por delincuentes de reconocido prestigio, que se hacían respetar en la cancha y, al menor roce, a la primera molestia, sacaban sin problemas un puñal y amenazaban al arbitro, a los hinchas; aquellos atacantes que se pasaban de listo con sus gambetas, ¡pobrecitos!, eran sentenciados con penas del infierno.

Varios clubes temían jugar contra estos insensatos.

El requisito para entrar a esa peculiar institución era haber cumplido una pena aflictiva sobresaliente en algún penal de alta seguridad de la nación. A los nuevos socios los recibían de acuerdo al grado del delito cometido. Los criminales y asaltantes gozaban de un trato especial; de ingreso inmediato. Luego venían los “lanzas”, que son tipos que extraen carteras y billeteras y escapan a una velocidad increíble con el botín en las manos. Estos tenían asegurado un puesto por las bandas, para aprovechar la rapidez de sus pies y piques endemoniados. Aquellos especialistas en robar anima-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

les, los famosos cuatreros, jugaban atrás, en la última línea, junto a los asesinos confesos. El golero era siempre aquel solitario asaltante de banco, un tipo raro, proclive a la meditación y malos pensamientos, capaz de enfrentar la adversidad en solitario, sin pedir ayuda. Los violadores, proxenetas y pedófilos eran rechazados de plano, por estatutos y normas de buenas costumbres... ¡Sí, el club tenía una reserva de valores morales que, desgraciadamente, la población desconocía!

Para no discriminar a sus colegas de fechorías menores, también jugaban rateros, cuenteros, ladrones de cuantías pequeñas y estafadores mediocres, que iban a la banca por la falta de requisitos técnicos.... A decir verdad, el fuerte del Marsellesa residía en los que menos sabían jugar fútbol, pero eran perversos declarados; los rivales, al enfrentarlos, les entregaban la pelota como seguramente hubieran pasado su dinero en un fortuito encuentro nocturno.

Para confundir a la policía, la mayoría de los ex reclusos se inscribían con nombres adulterados. Sólo había unos pocos legalmente anotados, que actuaban como "palos blancos". Querían jugar tranquilos. Sin sobresaltos. La única identificación que tenían eran los apodos: "El Tuerto", "La Sombra del Chupao Marino", "Papas Fritas", "El Lagarto del Río Seco", "Cabeza de Piedra", "Carita de Fantasma", "Juan el Canuto", etc. Como se ve, eran apodos simples y naturales. De uso común. Al menos en San Miguel.

El temible club ganaba los partidos usando la maldad, las trampas y el acoso constante. De partida, todos los árbitros venían arreglados. Cobraban faltas imagi-

narias, tiros libres inventados, penales inexistentes y expulsaban injustamente a dos o tres contrarios por pleito. La gente, que no es tonta, se daba cuenta que en la mayoría de los lances salían airosos gracias a la descarada ayuda de los jueces. Y al uso indiscriminado de artimañas.

¡A veces ni siquiera tenían necesidad de utilizar las amenazas y sentencias de muerte! Ganaban, como se dice, por presencia.

De tanto en tanto, cuando el partido se complicaba, tiraban animales vivos a la cancha. Gatos negros, chanchos, pavos reales, perros feroces, gallinas, conejos, ratas de alcantarilla. Lo hacían para amedrentar y confundir a los rivales y terminar el pleito que perdían por no existir “garantías normales de desarrollo del match...”. Cierta vez mandaron a un loco de verdad, de ojos revueltos y carácter vehemente, quien persiguió con una cuchilla a los futbolistas contrarios, hasta hacerlos desaparecer del lugar; sin tardanza los del Marsellesa reclamaron la adjudicación del cotejo por abandono y no presentación del equipo contrario; aquel partido lo perdían tres a cero. Luego de una encendida discusión, para no exagerar la desigualdad deportiva, los dirigentes de la Asociación de Fútbol dictaminaron un empate.

Usando esas argucias mantenían el invicto.

Cuando jugaba el Marsellesa, la Cancha de La Línea se repletaba. Era un espectáculo. Causaba atracción popular. Ganas de verlos en acción. Además, siempre pasaba algo interesante, que una pelea, el robo de una cadenita de valor, un puntapié en la espalda, un gol con la mano, amenazas. Para opacar al rival, entraban

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

al campo sin camisetas, mostrando con orgullo procaz esas enormes cicatrices que les cruzaban como mapa las paredes del estómago, pecho y espalda. Con ese ardid, los rivales ya empezaban en desventajas. Y si este truco no funcionaba completamente, usaban la segunda parte del plan. Se presentaban buscando el cara a cara, la cercanía física, y ahí nuevamente perdían los rivales, por el halo homicida que despedían, los tic nerviosos, gestos hostiles, tajos en el rostro, esos granos en la nariz, y el derrame de la jerga y el lenguaje que se aprende en las cárceles, más los escupos hacia el lado, impronta de los guapos en serio.

Muchos partidos los ganaron a trompadas —en el mejor de los casos— y con trampas de conocimiento público, pero que nadie veía... Extrañamente, cuando el resultado les favorecía, se ponían cobardes y hasta soportaban que los perdedores les pegaran, y se quejaban como niños atemorizados ante el árbitro. Algunos hasta lloraban; lo hacían de emoción por lograr un triunfo legítimo, no de miedo.

El año 1975 el Marsellesa vivió su momento de gloria. Con famosas fullerías llegaron a la final. Derrotaron —más bien “abatieron” —, con buenas y malas armas, a una parte significativa de los equipos que osaron pisar su reducto. La hazaña que estaban logrando llegó a oídos del mundo gangsteril. Señores de ternos azules aparecieron en la sede del club ofreciendo “sus servicios” para conquistar el esquivo trofeo del campeonato. Qui-so la suerte que durante la competencia nadie fuera detenido y el plantel se sostuvo íntegro hasta el último tramo de la competencia. Su rival serían sus vecinos, la

Unión Milán. Había mucha bronca entre ellos.

Y aquí viene lo insólito de la historia.

El partido fue esperado con ansia. Se hicieron apuestas. Llegó gente de otras comunas, periodistas deportivos y directores técnicos de clubes grandes. Curiosamente, los muchachos del Marsellesa no hablaron, no prometían nada, casi no se vieron en el barrio. Algunos decían que querían estar concentrados para el decisivo pleito. Era la explicación más razonable que se escuchó. El día del cotejo cundió la incertidumbre: pasaban los minutos y no aparecían. Se ignoraba dónde se encontraban, qué planeaban. Si no se presentaban, Unión Milán se consagraría campeón. Sus adeptos no sabían qué hacer. Qué pensar. Preguntaban por qué tardaban en llegar. Después se sabría algo. Resulta que un dirigente foráneo reveló a la policía los nombres legales de los integrantes de ese equipo... De inmediato, con fotos y retratos, los agentes encubiertos prepararon un ardid para detenerlos en masa. Algunos de ellos eran requeridos por la justicia por delitos menores: robos con intimidación, fraude al fisco, giro doloso de cheques, atraco a mano armada, asuntos de carácter sencillo.

El tiempo transcurría.

El arbitro —el único que se atrevió a dirigir—, caminó hasta el centro de la cancha. Miró la hora. Cuatro de la tarde. Hizo sonar el pito llamando a los equipos. Entonces un tipo al que nadie conocía, se apersonó donde el jefe de los policías. No era del barrio. Ni jugaba fútbol. Tenía excelente apariencia. Hablaba correctamente, con educación. Quizá era un profesor. Dijo ser mensajero del Club Marsellesa. De palabras cortas y

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

precisas, explicó que ya sabían de la presencia de la “cana” y quería pactar un trato muy simple. Que permitieran disputar la final y luego “los muchachos” se entregarían voluntariamente. Hubo consultas a los altos mandos. Dudas. Caos. El tipo, para apurar el acuerdo, remató:

— Si no hay trato, no tendrán presos...

El tipo tenía razón. La policía aceptó, y procuró tomar todas las precauciones del caso.

Aquel ignoto personaje, elegantemente vestido, exhaló una sonrisa, prendió un cigarro negro, subió a su auto y, haciendo chirriar las ruedas, levantando polvo, desapareció. Iba a comunicar la decisión. Al rato, saltando unos muros, bajando de los tejados de las casas colindantes, saliendo de escondites, aparecieron los peculiares futbolistas del Marsellesa. Seres desaliñados. Oscuros. Que caminaban escupiendo a la vez, con el cuerpo engrifado de odio. Los policías, al verlos, se friccionaban las manos.

Sería la primera vez en la historia de ese club que jugarían un partido decente, sin hacer trampas ni cometer actos ilícitos. Más encima, después se irían a la capacha. ¡Tenían una rabia descomunal! Esto último no era inédito. En varias ocasiones la policía sacó de la cancha a más de un delincuente intensamente buscado, que pillaron *in fraganti* divirtiéndose, mientras ellos se devanaban los sesos detrás de sus huellas.

La gente, en mayor cantidad, se puso a favor del Marsellesa. Los animaban con cánticos, cuyas letras hablaban de la esperanza y la libertad absolutas.

Antes de comenzar la brega, los jugadores del

Marsellesa hicieron un solo grupo, abrazados entre sí. ¿Qué se dijeron?, nadie lo supo. Lo que sí quedó claro, que intentarían alargar el pleito hasta el máximo; si había empate, iban a un alargue de treinta minutos adicionales. Y en caso de persistir la igualdad, definían a penales. Todo eso dilataba su permanencia en la sociedad, único fin que ahora defendían.

Sin embargo, el trámite del partido desde un principio no les favoreció. A los veinte minutos ya perdían dos a cero. No se desesperaron. Tampoco disputaban la pelota con mala fe. Jugaban de manera limpia. Sin meter codazos a mansalva. Respetando al rival. No reclamaban nada. Parecían niñitos buenos. Santos. Que no quebraban un huevo y que cumplían con todos los sanos deberes de la patria. A decir verdad, estaban jugando el mejor partido que se les había visto en mucho tiempo. Tocaban de primera. Encaraban bien en velocidad. Generaron excelentes jugadas. Eso sí, cuando el balón caía cerca de donde se hallaba la “cana”, ¡ni locos iban en busca de la pelota! Se dieron el lujo de celebrar una hermosa diana antes de terminar el primer tiempo. El público aplaudía a rabiar.

El entrenador del Unión Milán reprendió a sus jugadores por su juego displicente.

Por su parte, los muchachos del Marsellesa se juramentaban mejorar el resultado y dilataron con exageración el regreso al segundo tiempo, que jugarían con los dientes apretados. ¡Resultaba impresionante verlos inhalando aire libre! Tenían que aprovechar, cómo no.

Nunca imaginaron una reanudación más feliz. A los tres minutos “Cabeza de Piedra” embocó un tiro de

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

cuarenta metros. Dos a dos. Largo rato celebraron la conquista. El director técnico del Unión Milán aprovechó de efectuar dos cambios. De ahí el partido fue una vorágine. Una sucesión de errores recíprocos. Había nerviosismo. Poca sutileza en el trato del balón. Sobraba la fuerza. La energía.

Faltando diez minutos para el término, iban cuatro a cuatro. Un resultado inesperado. Increíble. La policía creía que el Unión Milán estaba coludido —ignoraban con qué finalidad— con el adversario. Un par de minutos después, sucedió algo todavía más extraño: autogol a favor del Marsellesa... El público festejaba. Gritaba. Lloraban. Los muchachos estaban consiguiendo una proeza. Podían ser campeones en buena ley, aunque suene extraño decirlo. ¡Es un milagro del Señor!, llegó a decir un creyente. Ahora tocaba aguantar y listo, la copa quedaría en sus manos. Sin embargo, los jugadores del Marsellesa pensaban otra cosa.

Faltando un minuto para la finalización del pleito, un defensa descaradamente lanzó la pelota a su propio arco. Empate cinco a cinco. Fueron al alargue de treinta minutos. Nadie comprendió aquel acto irracional, suicida, de autoproferirse un gol en contra. Los comentarios y balbuceos tapizaron aún más de misterio aquella geografía humana.

El calambre real e irreal les permitió tomarse un cuarto de hora de descanso. No estaba contemplado, pero qué se le iba a hacer. Era un apreciable tiempo en libertad para respirar aire limpio, tocar la tierra, chapotear en el escaso pasto, mirar el horizonte y sentirse formando parte de sus coterráneos. Se prometieron dejar

la vida en la cancha para mantener la igualdad hasta el final, pues aquel resultado permitía definir el partido a penales, y eso no es rápido, toma su tiempo, y seguramente la tarde ya habría caído.

Definitivamente estaban jugando bien. Con experiencia. Seguridad. Irónicamente, era el Unión Milán el que cometía fouls, bueno, esto le convenía a los astutos del Marsellesa: se quedaban más tiempo simulando las faltas. Y la hora avanzaba, dejando entrever esas líneas nocturnas que se alargaban por el firmamento como esperanza de un domingo pobre. No hubo más goles. Ninguno de los dos equipos quiso arriesgar. Fueron a los penales. La incertidumbre se transformó en angustia. Familiares de los malhechores encendían velas a las animitas. No las encendían para que se consagraran campeones del torneo, sino para que Dios apurara el descenso de la penumbra.

Astutamente, el capitán del Marsellesa eligió el arco más cercano a un muro.

Lo que vino enseguida sucedió de manera muy rápida. La gente se aglutinó alrededor del arco. Espontáneamente armaron una especie de muro de contención humana para favorecer la huida de aquellos facinerosos. El resultado fue obvio: Unión Milán ganó cuatro a dos. Campeón. La policía, en cambio, sólo pudo detener a cinco reos. El resto escapó ágilmente, gracias a la ayuda de la incipiente noche y de los fanáticos.

En este partido, se puede decir que el Marsellesa venció seis a cinco a los agentes federales, sin necesidad de disparar una bala, ni secuestrar a nadie; sólo gracias a la bendita pelota de fútbol.

### TRONQUITO PEDRO

Eran demasiados iguales. Clones perfectos. Tenían exactamente la misma altura. Rubios ambos. De ojos claros. Calzaban número cuarenta y los lunares y las pecas se lucían minuciosamente en sus rostros. Las piernas torcidas. A lo patizambo. Para complicar aún más las cosas, su padre no tuvo mejor ocurrencia que llamarlos Pedro. A los dos. Nadie, ni la madre, logró entender la criminal determinación del progenitor. Mucho después, la Naturaleza habría de marcar una diferencia artística en los muchachos: Pedro, cualquiera de los dos, era un crack para la pelota. El otro, era tronco.

Lo malo estaba en que costaba una barbaridad elegir a dedo al bueno. La única forma era pasarles un balón para que hicieran jueguito. Claro, no era la mejor manera. Pero funcionaba.

En las pichangas de la infancia, se armaba un quilombo cuando se trataba de seleccionar de compañero al crack. Para evitar engaños, no se permitía que hicieran jueguitos, puesto que ahí, ya está dicho, la cosa se ponía fácil. De modo que, cual modelos, los clones se paraban adelante y los chicos analizaban cada detalle, rasgo recóndito, algún punto negro de más, dos o tres cabellos manchados en un sector de la cabeza, para dar con el bueno; siempre había un equipo que perdía.

Los mellizos no podían jugar juntos. Llevaban la diez en la espalda. Y no cedían a este gusto. Claro, siempre perdía un Pedro. Ya se sabe cuál...

A medida que crecían, las similitudes físicas, biológicas y mentales eran más perfectas. Hasta el vocerío resultaba el mismo. Y en las noches, qué decir, ¡se dormían al unísono! En algunos aspectos todo se traducía a conflicto. Con las novias, por ejemplo. Que de pronto, olvidando la regla de igualdad, besaban al “otro”, causando los celos del mellizo legal. O de sus padres, que castigaban al indefenso con la certeza de que hacían justicia.

Por suerte existía el fútbol.

Mientras el crack la rompía en Primera adulta — y en las inferiores de Magallanes —, el tronquito le hacía empeño en Tercera, sin éxito. De modo que para saber quién era quién había que asistir a los partidos del domingo. Con un Pedro adentro y el otro fuera, resultaba evidente una sola cosa: uno dominaba magistralmente el balón y el otro se regocijaba mirando sus jugadas y gambetas que él hubiera querido hacer, naturalmente. Luego, de regreso a casa, caía encima nuevamente la incertidumbre, el caos y la confusión extremas.

Pedro, el padre, el culpable de los nombres, entró en preocupación. Se martirizaba pensando en el equívoco elemental. “Si no hubiera sido por esas copas de más...”, le decía a su esposa justificando la irracionalidad. Pensó en modificar los nombres. Salía caro. Una fortuna que no tenían. Tampoco era un trámite simple. Además ninguno de los mellizos estaba dispuesto a dejar de ser Pedro... Era su identidad. Les complicaba pasar de la noche a la mañana a llamarse, por ejemplo, Luis Ignacio, o Reinaldo Luis, curiosa pretensión de su progenitor.

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Ese sentimiento de culpa fue aumentando cuando veía al tronquito Pedro haciendo tonteras en la cancha. Sentía pena por él. Que jugaba en el peor equipo. Rara vez hacía un gol, un caño, una pared vistosa, mientras el otro mellizo bailaba arriba de la nena. Era aclamado. Pintaba para astro. No estaba lejos de pisar el Estadio Nacional. Los viejos del barrio no se cansaban de afirmarlo. Él, un chico mesurado, iba paso a paso, como decía El Mostaza Merlo.

Una tarde el padre recibió en su casa a los dirigentes de un poderoso club.

La cosa era sencilla. La Primera de San Miguel, que ellos representaban, definía la final con el Unión Milán, donde la pisaba el mellizo bueno para la pelota. Incentivo económico mediante, demoraron un minuto en pactar un trato: el domingo jugaría el tronco Pedro en Primera y el astro en Tercera... Con los billetes en la mano, Pedro, el padre, pensó en dos hechos que podrían redimirlo ante la historia: ver al tronquito con la diez en un partido estelar y, luego, cancelar a un abogado la modificación de los nombres heredados. Soñaba con mantener como Pedro a uno y renombrar al otro como Segundo Pedro... Trámite más simple jamás pudo imaginar.

La reunión que sostuvo con sus hijos fue una extraordinaria demostración de demagogia paternal pura. Lloró, se hizo la víctima, y cuando los chicos aguantaban el llanto, pidió la tropelía. Al crack no le gustó la idea, pero no tuvo personalidad para rechazarla. El tronquito estaba feliz: jugaría en Primera.

La jornada del domingo fue de dulce y agraz.

La Tercera, donde debutó el astro, le propinó una goleada histórica a su rival. “¡Si jugaras así, como tu hermano, seríamos campeones todos los años!”, comentaban los demás compañeros, que ignoraban la trampa. En cambio, la Primera sufrió una derrota ignominiosa, y el tronquito no bajó un balón, no hizo una jugada decente, careció de ideas, calidad, hechura de astro. “¡Hoy jugaste como tu hermano, el tronquito de Tercera!”, le decían. Los fanáticos se retiraron tristes. Sin entender nada. Salvo una escaramuza pequeña, San Miguel pudo celebrar en el mismo Estadio del Unión Milán. Por primera vez en su historia.

El sabio progenitor, se llenó de palmas y vivas por parte de los adversarios. Soportó la efímera fama con estoicismo. Mañana sería otro día. Tenía un compromiso ineludible: oír la cuenta de honorarios de un mañoso abogado que alteraría la partida de nacimiento de ... ¿cuál de los dos Pedro?

### EL MILAGRO

Presentía que sería una tarde extraña. Hasta que me vi caminando hacia la sede del club, con la pelotita bajo el brazo. Cuánto calor. Cero sombra. La canícula pegaba fuerte. Ya en la entrada me llamó la atención aquel grupo de amigos de aspectos tristes, sentados en una ronda, copa en mano, cigarros encendidos. Escuchaban al más vetusto decir unas palabras llenas de melancolías. "Maturana, ¡qué grande fuiste; cuánta falta nos haces!", discurseaba el veterano, observando una foto del crack pendida en la pared, en pose de estrella, de figura solemne, sonriendo con toda la juventud en sus labios gruesos. Atraído por la curiosidad, me encajé en un rinconcito. Mi osadía me valió un vaso de vino tinto que recibí con gratitud, por supuesto. Dejé el balón entre mis piernas. Agucé el oído:

- Por la banda era una flecha...
  - La llevaba pegadita al taquito, ¿lo recuerdan...?
  - ¡Cómo le pegaba a la redonda!
  - Ya no quedan punteros como Maturana.
  - ¿Se acuerdan de la final del 70, por la Copa Santiago?
  - ¡Carlitos volvió locos a los defensas!
  - ¡Era un demonio con un talento fuera de lo común!
  - Un elegido con pinzas y guantes... ¡Gracias, Dios!
  - ¡Salud!
- Los vasos sonaron como agua de manantial.

El más viejo, que hacía de regulador de la tertulia, me ofreció un puesto más protagónico. Sin querer quedé en el centro del debate, junto a mi pelotita. Fui recibido con alegría. Sentí palmadas en la espalda. A ratos miraba la cara sonriente de Carlos Maturana, el fenómeno.

— El trío era: Maturana, Amigo y Bulnes.

— ¡Qué máquina ésa!

— En una temporada marcaron cuarenta y seis goles...

— Ninguno de penal, eh.

— ¡El goleador fue Maturana!

— Exacto.

— ¿Estamos hablando de la Copa Santiago? — dije, despistado.

— Sí, señor. Año 1970.

— Okey — devolví y aplasté la redonda con la suela del zapato.

Al mismo tiempo el grupo alzó la vista para mirar a Carlos Maturana, que parecía estar atendiendo las opiniones. Uno se persigna. Otro baja la cabeza en señal de devoción. Mientras el humo de los cigarros cubre totalmente la sede. La emoción baña los rostros de los comentaristas al memorizar la final de la Copa Santiago, allá en el antiguo estadio de La Línea colmado de fanáticos, entre ellos las máximas autoridades de la capital, la tarde exquisita, veinte grados a la sombra, algo así. De preámbulo la marcha de los Bomberos de San Miguel, con música y todo, al frente el poderoso cuadro Tricolor de Paine. Llegaron en masa, confiados en la victoria. Eso decían.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

— El rival era poderosísimo...  
— ¡Venían de golear a cuanto equipo se le cruzara!  
— Los jugadores tenían furia en los ojos.  
— Y hambre de gloria.  
— Se me hace que los traicionó el exceso de confianza...  
— ¡No se rendirían fácilmente!  
— Llegaron presionando al árbitro, ¿se acuerdan?  
— Y a las Autoridades.  
— ¡Pero nosotros teníamos al fenómeno!  
— ¿Cómo se llamaba? — inquirí.  
— ¡Carlitos Maturana! — respondieron en masa.  
— Ah, cierto — devolví nuevamente y besé el cuero de mi balón.

Y agregaron:

— Carlitos era un genio del balompié...  
— Un astro de tomo y lomo.  
— Jugaba sin mirar, ¿cierto?  
— Tenía ojos en la nuca.  
— Y golondrinas en los pies...  
— El equipo era excelente, reconozcamos camaradas.

— ¡Sí, pero Maturana la rompía!  
— Hacía claramente la diferencia.  
— Sobresalía del resto, lejos.  
— Eso es verdad.  
Y el más viejo resumió:  
— Carlitos Maturana no era un hombre. ¡Era un paisaje del fútbol!

Describieron el partido como una final épica, vibrante, llena de emoción, con jugadas peligrosas en ambos

pórticos, con un par de penales no cobrados —en contra del maravilloso fenómeno—, tiros en los palos, atajadas formidables, un expulsado por equipo, disputado al extremo, donde quien hizo la diferencia fueron las gambetas, la velocidad y los disparos de Maturana, quien abrió la senda de la victoria con un hermoso tanto. El testimonio era narrado con precisión, seguridad, armando en mi imaginación la esperanza de haber estado presente en aquella ocasión, confundido entre la multitud y abrazado a la mujer que más quiero, la pelota.

— ¡Cómo se extraña al ídolo...!

— Al luchador.

— A un futbolista en serio.

— Y fuera de serie.

— Formado en la cantera de los potreros, eh.

— ¡Auténtico como la cebolla!

— Me parece estar viéndolo cuando vino a gritarnos el gol de la Copa Santiago...

— ¡Qué emoción!

— ¡No siga, compadre, que retumba mi pecho!

— El mío también...

Volvieron a mirar con devoción al crack, quien, a medida que transcurría el relato, parecía abrir más la boca para reír a modo de gratitud. El más viejo rompió la pausa:

— ¡Evoco el pitazo final, los gritos del público, la entrega de la copa, las palabras de las Autoridades, la vuelta olímpica, el llanto de las mujeres...!

Un nostálgico silencio tachonó el ambiente.

Sonaron las copas, menos la mía que estaba vacía

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

sin darme cuenta... Tal vez aquel instante marcó el momento más emotivo de la tarde. Un viejo exhaló lágrimas y Maturana pareció agradecer su emoción haciendo una mueca apenas perceptible. El pasaje triste era un tanto incómodo, costaba saber si esa gente estaba aquí o si sus imaginaciones habían viajado treinta años atrás. Alguien reparó en la hora y el grupo lentamente se disolvió. Caía la tarde. Alcancé a agradecer la información del aquel insigne jugador, que parecía la Mona Lisa en el aquel recuadro de la pared. Hasta que quedé solo y aproveché de tomar las últimas gotas de vino que quedaban al fondo de las botellas. Después, sobrevino el asunto desagradable de la jornada: pagué la cuenta total del consumo... Sin un mango en el bolsillo, me retiré tranquilamente a casa con mi señora, la pelotita.

Semanas más tarde regrese a la sede del club y encontré nuevamente al mismo grupo de viejos pegados en sus asientos, tomando buen licor de pueblo, echando humo de cigarros, mirando de tanto en tanto la fotografía de Carlos Maturana — a quien parecía haberle crecido el pelo —, y contando las mismas proezas con una repetición exactísima. ¡Sentí haber vivido esa imagen y haber oído esas palabras no sólo en otro instante, sino acaso en otra vida, junto al balón que siempre llevo conmigo! Un punzante dolor se apoderó de las paredes de mi estómago. Luego ocurrió la misma escena. Me ubiqué en un rinconcito, recibí una copa, luego me corrí hasta el centro del grupo, pisé cuidadosamente el cuero de la redonda y mi mente se pobló de confusión.

El abuelo golpeó amistosamente mi espinazo. Desperté. Dijo que cada cierto tiempo se reunían en aquel

lugar para homenajear al ídolo: lo miró y se persignó. Imaginé que Maturana abrió la boca y enseñó los dientes. Unos dientes irónicos. ¡Efectivamente esos movimientos existían! Mientras los viejos repetían la conocida historia, otros zampaban unos sabrosos emparedados y pizzas y tablitas de queso con aceitunas, y destaparon una docena de cervezas frías. Sabía rico todo. Después el grupo en una rápida maniobra abandonó el lugar y volví a quedar acompañado sólo con mi gran amor, la pelota. Entonces recibí la factura de la cuenta y no me quedó más remedio que pagar el crecido consumo.

Antes de retirarme, escuché decir al proveedor de vino y comida:

—La cábala es usted —me dijo, con un tono firme y seguro.

—No le entiendo —respondí.

—¡Esto es fútbol, amigo! Los muchachos entienden que cada vez que usted llegue, el ritual será el mismo: ellos charlarán sobre Maturana, todos comerán y beberán moderadamente, y usted cancelará el consumo sin soltar nunca el esférico de sus manos...

—¿Qué tiene que ver mi dinero en esto?

—En los buenos resultados del equipo cada domingo —agregó de inmediato, sin hacer pausa alguna—. Mientras el Unión Milán gane, usted deberá pagar... ¡La cábala es usted y su pelotita, insisto!

Partí a casa.

La creencia criolla me llevó al lugar una vez a la semana. Al comienzo iba los martes, pero después acabé por arribar los viernes, a petición de los viejos, “es

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

más cerca del partido del domingo”, aclararon. La historia de Carlos Maturana seguía invariable y, según el dueño del pequeño boliche, la cábala continuaba dando resultados, pues el Unión Milán cosechaba victorias en los peores escenarios del balompié nacional. Sin embargo, el drama se hizo presente cuando quedé sin ahorros... Decidí desaparecer del barrio, por temor a un linchamiento. Para protegerla, oculté la pelota en un bolso y abandoné San Miguel por un tiempo.

Regresé meses después.

Por casualidad una tarde llegué a la sede del club. Era martes. Por la tarde. Hacía un frío inclemente. Encontré al mismo grupo, frente a la fotografía de Maturana, contando la historia a un individuo de buen aspecto, profesor de historia, creo — tenía un grueso libro en las manos —, quien luego de quedar solo, canceló la totalidad del consumo por cábala... Me retiré sin llamar la atención.

A la semana siguiente me encontré con esa misma escena.

Entonces empecé a buscar una especie de explicación a lo que ocurría. No fue fácil. Nadie quería opinar ni entregar antecedentes. Hasta que al fin descubrí algunas cosas. La Copa de Santiago efectivamente se jugó en 1970 en el estadio La Línea. No llegó ninguna autoridad. Tampoco la banda musical de los bomberos. Quienes jugaron la final fueron el club Rojas Ferrari contra Unión Magdalena. Había poco público. Este servidor, como buen fanático, presencié el pleito junto a una pelotita que por entonces era de cuero café. Al árbitro le pegaron por cobrar una falta indebida, es decir, el



---

*El ángel de las piernas torcidas*

partido se suspendió a los treinta y seis minutos y no hubo ganador. Carlos Maturana no jugó por una razón muy sencilla: ¡nunca existió como estrella del balompié, menos como futbolista! La figura en esos años se llamaba Juan Carlos Ramírez y otro mocito que jugaba de diez en el Unión Milán. Lo único verdadero era la fotografía de Carlos Maturana, esa que estaba en la sede del club, que fue sacada tres décadas atrás al viejo que llevaba la voz cantante del grupo. Y la tertulia de cada semana la hacían por necesidad ética, no por cábala.

Finalmente, el consumo que ponía el dueño del boliche y la cancelación que siempre pagaba un iluso, esa era la mejor gambeta que sabían realizar en un lugar que ellos llamaban campo de juego.



### GAY GALINDO

La hermosa muchacha de cuero, el cuerpo pintado, las piernas encendidas, la boca humedecida de alegría, se eleva por los bajos cielos azules. Los jugadores la disputan. La buscan, llaman con silbidos, la defienten. Cuando la tienen a sus pies, la acarician con ternura virginal. La galería aplaude. De vez en vez, algún futbolista la besa. La limpia con su camiseta. Ella suspira y se deja llevar nuevamente. Va cayendo de pecho en rodilla, de taco en muslo, de cabeza en hombro. Pocas veces rebota fuera de los arcos. En el campo de juego, desde el fondo, un muchacho de pelo teñido, largo y crespo, de ademanes y movimientos fuertes, sale jugando con gran eficacia con la moza pegadita al zapato. El mozalbete es zurdo y su juego se hace más vistoso. Elegante. Delicado casi. De afuera saltan bromas incontrolables. Algunas son ofensivas. Otras, de motivación. El futbolista, que también luce unas pestañas tenuemente pintadas, es homosexual. Juega de cinco. Lo llaman Gay Galindo.

En su puesto, Gay Galindo es el mejor. Recio. Disciplinado. Luchador. Con gran técnica. Anticipaba los balones con una rapidez increíble. Rara vez cometía falta. No le gustaba ver revolcados en el suelo a los hombres... Tampoco era de hablar su voz chillona, amanerada, era motivo de escarnio. ¡Para qué exponerse!

Famosos fueron los manoseos que daba a sus adversarios en el tumulto que se armaba en el área cuan-

do lanzaban un tiro de esquina. O en un centro corto. En medio del caos aprovechaba de abrazar, tocar las partes nobles de los rivales, soplarles en las orejas su aliento femenino, tomarlos por la cintura. Nunca, nadie, lo acusó al árbitro. ¿Por vergüenza deportiva?

Tiempo atrás, habían venido a buscarlo de Universidad Católica. Alcanzó a entrenar unas semanas. El director técnico le hizo notar un solo alcance: no hablaba. No ordenaba ni mandaba desde el fondo. Jugaba calladito. En el fútbol hay que gritar mucho. Sobre todo los que están en la “cueva”, que gozan de todo el panorama a la vista y saben por dónde se hallan las partes débiles del adversario. En la Católica ni siquiera alcanzaron a pulir el defecto. Cuando Gay Galindo sacó la voz de niña alocada, de inmediato lo expulsaron. No querían maricones en el club, así se lo expusieron.

Fue un golpe duro para el crack, pero no era el único que había sufrido. En todas partes lo discriminaban. Desde niño. Buen conversador, solía contar que nunca entendió porqué se enamoró de esa cosa redonda que era la pelota, “lo normal era que me gustara algo rígido”, decía a modo de broma.

Para Gay Galindo el gol no era lo más importante en el fútbol. En absoluto.

Lo más importante para él venía cuando llegaba al vestuario, haciendo sonar esos tacos altos, y luego se quitaba las medias, el calzón, las bragas, el pequeño sostén y la ropa de mujer; nadie lo molestaba. Cuando entraba a la cancha se convertía en un carasucia más. Defendía el honor de la camiseta. Sudaba. Haciendo maniobras exquisitas daba felicidad al pueblo. ¡Muchas

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

veces se trezó a trompadas con algún inescrupuloso! Terminado el pleito, era el primero en entrar al camarín. Paciente, esperaba la llegada de los muchachos. Los recibía uno a uno. Besaba sus caras. Los abrazaba ante el triunfo o la derrota. Confundido en la banca, con el rabillo de los ojos los veía empelotarse... Entonces gritaba de emoción. ¡Se convertía en una mujerzuela! Analizaba los fabulosos nervios de las zonas reproductoras. Después, en la cena del club, de puro molesto cargaba a algunas esposas de sus compañeros: les aseguraba conocer la secreta intimidad de sus maridos..., “pero no se preocupen, queridas, porque tengo decoro; lo que no es mío, no lo toco”, aclaraba. Las mujeres respiraban algo aliviadas. Pero se quedaban con el credo amargo en la boca.

Gay Galindo escribió fascinantes páginas gloriosas del fútbol. Sin embargo, la hinchada recordaba con más entusiasmo algunas desenfadadas anécdotas. Una tarde invernal del mes de agosto, en el viejo camarín del estadio de Peralillo, cuando perdieron tres a cero, se cuenta que — al fin — Gay Galindo no respetó su decoro y mamó, uno por uno, la espina libidinosa de todos los jugadores del equipo. Fue una manera de olvidar la derrota deportiva y de ganar por goleada al deseo oculto que arrastraba hacía tiempo en sus sueños más profundos. Después de aquel episodio, esperó la culminación del campeonato y partió a entregar su talento a un nuevo club. Cuando le tocaba enfrentar a sus ex compañeros, los distraía diciéndoles: “¿cómo está mi pichulita de Peralillo?” Nadie respondía. Por decoro, justificaban.

## RENO

Esta es la honorable y prodigiosa historia de un clásico jugador que no ganó fama haciendo gambetas con el balón adherido al empeine, sino por una extraña cualidad humana que aún se “siente” en los angélicos rincones de la sede del club: era mugriento.

Hay que apresurarse a decir que no era sucio para jugar fútbol. No, por el contrario, a veces resultaba ser demasiado pulcro en un cruce, en una trancada, y que nunca daba con las canillas del rival. Sí, fue un caballero dentro de la cancha, y en muchas ocasiones recibió distinciones por su incomparable juego limpio. La fama de El Reno iba por otra vertiente. Jamás se conoció a un crack que apestara como el animal que adoptó orgullosamente su nombre.

Cuentan que el maloliente sudor de su cuerpo, aún con el paso de los años, continúa destilando putrefacción en los lugares donde casualmente estuvo, “he fumigado con el peor veneno y no hay caso, la descomposición de El Reno es insuperable”, comentaba hace poco un fanático del equipo, que tuvo la pésima ocurrencia alguna vez de invitarlo a tomar una gaseosa a su casa.

Orfelino Palacios, así se llamaba, desempeñaba labores en la administración pública, de donde lo despedían permanentemente. No lo expulsaban por conducta impropia, malos ejemplos o hábitos indeseables. Era por aquel hedor de puerco que despedía su piel, que algunos se atrevían a describir como una mixtura de

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

cebolla cruda con piel de gusanos vetustos. Y no exageraban.

Los días domingos, en el vestuario, siempre se vestía solo. Denotando un excelente humor esperaba la salida de sus compañeros, sin dar quejas ni acusar discriminación. Estaba consciente que los basurales de su cuerpo eran un atentado a los esenciales derechos de las personas.

Una vez que el equipo abandonaba el camarín, le tocaba a él. No se acercaba el masajista ni el entrenador. ¡Hacerlo era cometer una locura! Solo en la banca, empezaba a gozar su ritual. Lentamente se quitaba lo más elemental, la corbata, el saco y pantalón de calle. Sobre las calcetas que usaba durante la semana, y encima de la bombacha y la camisa usadas de manera inmisericorde, ponía los implementos para jugar, y una vez que se veía vestido de acuerdo a la tradición futbolera, exhalaba un estridente placer semejante a un orgasmo múltiple.

Durante el partido Orfelino era el que más “sudaba”. Cuando los pleitos resultaban fáciles, le daba por correr innecesariamente, demostrando gran forma atlética, buscando el mayor incentivo en una cancha: goterones de transpiración. Exhalación podrida de elementos químicos desechables que conservaba su orga-nismo. Cuando aquello no sucedía, salía cabizbajo. Hambriento de intestinos malignos. Chasqueaba la lengua ante un miserable pedo o mal olor de alcantarilla. ¡Ni loco perdía esos manjares!

El momento más incomprensible para algunos, llegaba al término del partido. Se plantaba arriba de la

camiseta medias y pantalón sucio, la ropa de calle, esto es, el saco, pantalón y zapatos. Se marchaba silbando, como si nada anormal sucediera. A su paso cansino, la gente se corría. Los perros aullaban. Y los gatos saltaban despavoridos a los tejados. Las ratas se declaraban en estado de extinción. Muchos afirmaban que ni siquiera el viento se atrevía a ventilarlo.

Ya extenuado, se acostaba con la misma ropa en la cama, “para ahorrar tiempo mañana antes de marchar al trabajo”, justificaba. No se lavaba los dientes ni la cara. ¿Tiene sentido hacerlo?, preguntaba seriamente. Por las tardes, cuando podía, salía a correr por la manzana, “hay que estar en forma para los partidos”. Luego realizaba ejercicios, inhalando con placer el hollín que despedían sus axilas.

Pocas veces se cambiaba ropa. ¿Para qué llenar con tierra lo que ya está sucio?, decía. Y reía, abriendo en exceso la boca, única parte humana que, extrañamente, tenía buen aliento.

Todo no es perfectamente una mierda. ¡Orfelino lo sabía podridamente bien!

### LA GLORIOSA TARDE DE JOSELÍN

Como nunca vino gente a la cancha. No es una exageración asegurar que el barrio entero se encontraba presente. Había un par de enfermos, grupos de evangélicos, los maestros del garaje, los funcionarios del cine San Miguel — que ese día cerró sus puertas de manera especial —, y muchas chicas de los burdeles clandestinos. Algunos llegaron con bancas. Otros trajeron viejos sofás y sillas de paja. Se disponían detrás de la línea de cal, a lo largo y ancho del estadio “Dagoberto Espínola”, nombre de un difunto ex ídolo local, a quien los fanáticos llamaban La Llorona, y que había muerto de un ataque al corazón cuando disputaban un partido con treinta cinco grados de calor.

Esa tarde se enfrentaban dos enconados rivales: la gloriosa Unión Milán y Deportivo El Llano. Era un clásico no sólo de fútbol, sino también social y político. En efecto, los del Deportivo El Llano defendían los colores e intereses del aristocrático sector pudiente ubicado en la lujosa zona de San Miguel. En cambio, Unión Milán se caracterizaba por tener en sus filas a figuras populares, muchos de los cuales trabajaban en las empresas de los millonarios del Deportivo El Llano.

Este partido era el sueño que todos los patipelados querían jugar alguna vez en su vida. Cada año, en la sede del club, se solía escuchar un deseo: “Ojalá lleguen a la final los gallinas del Deportivo...”. Se hablaba de llenarles la canasta con goles. De agredir, con pelota, a

esos delanteros rubios, delicados, bonitos, que olían bien y pertenecían a otra estirpe. En otras palabras, muchos querían vengarse de los atropellos laborales que venían soportando hacía años, ridiculizarlos por medio del deporte de manera legal y pública.

La estadística señalaba doce encuentros de liga entre ambos clubes. Con igual número de victorias para Unión Milán, jugando de local y visita. El Deportivo había marcado apenas tres goles — que celebraron como hazaña —, contra los treinta y siete de su clásico rival.

En lo único que los pobres ganan a los ricos es al fútbol. Hubo una fiesta cuando un dirigente llegó con la noticia de que el Deportivo El Llano pasó a la final luego de ganar en un discutido cotejo al Zanjón de La Aguada. Muchos dijeron que el partido lo arreglaron con unos cuantos pesos pues, en un ambiente normal, el Zanjón de La Aguada debió ganar por goleada. Pero le anularon tres dianas, le expulsaron al arquero — por quejarse de un cobro injusto — y a dos atacantes. Al final del encuentro, nadie dijo nada. Los perdedores agacharon la cabeza y se metieron al camarín. Los dueños del Deportivo a viva voz se comprometieron a mejorar el salario de los derrotados, “por su ejemplar comportamiento después del match”.

Lo que no pudieron conseguir los del Deportivo, fue que la gran final se disputara en una cancha neutral — no les gustaba jugar en el reducto del Unión Milán porque tenía pulgas y demasiadas moscas, decían —. Aunque estuvieron a punto de conseguirlo, la Asociación de Fútbol impuso el criterio de la diferencia de goles — Unión Milán tenía veinte dianas de diferencia — y

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

el derecho natural de ser local en la última fecha, por estatutos. También, se consideró desmedida la presión, y de haber procedido con la solicitud se habría tratado de una medida prepotente, impresentable y fuera de los reglamentos. La resolución no fue pan comido, hubo amenazas veladas, intentos de pugilatos y agresión verbal.

El pleito se calentó apenas se conocieron los nombres de los finalistas.

En el barrio se habló toda la semana del partido. Los jugadores, que trabajaban en las empresas de los dueños del Deportivo El Llano, se quejaron de maltrato indebido, intentos de despido y ofrecimientos de estímulos económicos. Dos astros sucumbieron ante las promesas, aceptaron dinero y se declararon lesionados. Incluso uno de ellos, Juan Zenteno, goleador del campeonato, se puso una falsa bota de yeso en el pie izquierdo. Ambos jugadores fueron expulsados del club, acusados de traidores y borrados para siempre de los registros.

No fue todo. Curiosamente se les aumentó el horario de trabajo de ocho a doce horas, y la jornada diaria se extendió de lunes a sábado. El que no cumplía, quedaba cesante. De modo que el director técnico del Unión Milán no pudo contar con sus figuras para entrenar y preparar el cotejo del domingo. Esto generó rabia, malestar, y aumentó la adrenalina. Los jugadores prometían una goleada de proporciones a los insistentes hinchas que llegaban a alentarlos.

Más que impotencia, la gente se reía de estas medidas. Estaban acostumbrados a esos tormentos de los patrones. Tenían certeza que ganarían a medio tranco.

Nunca en la historia el Deportivo sacó un punto en ese reducto de tierra, pedruscos y crecidas champas. Sabían que le darían un baile, como tantas veces. Si la cosa se complicaba, bastaba un empate para consagrarse campeón por enésima vez. Una proeza. Sin embargo, la preocupación cundió entre el viernes y el sábado. De madrugada se apersonaron agentes de investigaciones en las moradas de varios cracks y fueron violentamente amenazados con penas del infierno si no se dejaban ganar... No sería todo: el domingo, por la mañana, se recibió una nota en el club señalando la inscripción de cinco nuevos jugadores por parte del Deportivo El Llano... ¿Cómo lo hicieron? Nadie lo supo. El libro de inscripción estaba cerrado. No había tiempo para reclamar. Tampoco nadie tuvo ganas de hacerlo. Aunque, cuando se enteraron que se trataba de cinco jugadores reconocidos nacionalmente, profesionales, que formaban parte del plantel de Audax Italiano y Universidad de Chile, el semblante de los dirigentes empalideció, y por primera vez sintieron el halo de una derrota indigna.

Sólo un detalle dejaron pasar los del Deportivo. El nombre del encargado de la contienda ingenuamente designado.

El árbitro, José María Godoy, no era muy querido en el barrio. Tenía una personalidad dura, huraña, anti-social. Se destacó de niño por ser malo para la pelota. Por lo mismo no lo ponían en ningún equipo, tenía pocos amigos y hasta se quedó sin sobrenombre, asunto raro y poco viril en un arrabal. Pocos sabían que su único sueño de infante era jugar por la Unión Milán, ante

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

toda esa gente que repletaba la cancha. Alguna vez contó que se vio defendiendo los colores de esa camiseta en el mismo Nacional, igual como acostumbraban hacerlo los chicos de la Primera y Segunda de la serie menores. Imaginaba, ¡vaya que lo hacía seguido!, que lo tomaban en andas, que lo paseaban por el barrio, y que lo halagaban con bellas palabras. Curiosamente sólo aprendió a realizar dos maniobras con los pies: la chilenuita y el taco. Ambas jugadas las podía hacer en el aire y con gran destreza, eso era indiscutible. Nunca supo por qué no fue capaz de parar un balón, de dar un pase decente y de ubicarse astutamente en la cancha. Años tuvo en mente la idea fija de que un día le salía una chilenuita o un sutil taco para dedicarlos a sus viejos. Lo intentó en los pocos partidos en que le tocó entrar. Jamás le llegó un balón preciso, en el momento exacto. Daba pena verlo volar por el aire tratando de golpear un esférico que no existía o haciendo taquitos estériles de frente a la popular. Así que lo sacaron del equipo para siempre. No reunía condiciones. La naturaleza no le prestó esa viveza mental y agilidad en las piernas que tenían sus compañeros. Le costó reconocer que era aturdido, que no servía. Cuando se dio cuenta que lo suyo no sería este oficio, continuó ligado al fútbol como árbitro. ¡Y vaya que era estricto! No tenía conmisericordia con ningún club. Incluso a la Unión Milán, en su propia cancha, con sus familiares presenciando el partido, le cobró en contra un par de penales dudosos y varias otras sanciones a favor de cuadros visitantes.

— ¡Debo ser imparcial en mis pagos! — se defendía cuando le reprochaban por las faltas exageradas que

pitaba.

Hasta que llegó el esperado día domingo.

Un silencio fúnebre quedó flotando en el aire cuando el gentío vio descender de los lujosos automóviles a un grupo de atletas de desarrollados músculos, crecidas melenas y buen porte. Junto a ellos, los dirigentes — masticando habanos encendidos— y una barra de cien personas, más o menos. Detrás de los arcos, se estacionaron dos carros policiales. Los del Deportivo no usaron el camarín. Les daba asco. Venían con buzo. Preparados. Una vez que reconocieron el campo, se quitaron el buzo y aparecieron sus poderosas piernas, bien trabajadas y alimentadas. Mientras peloteaban, los muchachos del Unión Milán recibían las últimas instrucciones.

—Quiero que la toquen, que inventen, que se diviertan y que pasen por encima a estos hijos de putas...  
—fueron las sabias recomendaciones del entrenador.

La cosa no sería fácil.

Así lo entendieron, de entrada, los dirigentes del Unión Milán. Aunque tenían fe en los chicos —ninguno tenía más de veinte años—, sabían que jugarían en desventaja, por todo lo que había pasado en la semana, por esos cinco profesionales, por la presión laboral que, seguro, tenían metida en la cabeza. Más encima el árbitro sería José María Godoy... Un tipo raro, incierto, de pocas palabras. ¡Y esa bronca que le tenía al club por no haber triunfado en las series infantiles...! En fin, los dados estaban echados. Había que confiar en las oraciones que durante la semana se mandaron los hermanos evangélicos.

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Resonó el pito del árbitro en el centro de la cancha, llamando a los protagonistas. Los muchachos de Unión Milán salieron tranquilamente del camarín, en fila india, tocándose la cintura, y la multitud los recibió con gritos, aplausos, silbidos, cánticos. ¡Parecía un equipo juvenil frente a uno adulto! Pero estos chicos sabían de triunfos, de conquistas, de gloria. Eran ganadores innatos. Muchos de ellos eran y fueron pretendidos por clubes grandes, pero no se marchaban por amor al barrio, por el encanto que produce la pobreza cuando se tiene como amiga, y se creció junto a ella, porque eran felices jugando para regalar alegrías a personas que no tenían otra diversión que esos partidos de los domingo, donde podían ver en acción a talentos que llevaban su sangre.

Cuando José María Godoy llamó a los capitanes, recién pudo darse cuenta que el Deportivo El Llano alteró las reglas. Miró a los jugadores y, por cierto, no estaban aquellos que semanalmente jugaban. Reconoció, sin que nadie le dijera, a los astros profesionales. Como era acucioso, pidió el libro de inscripción y constató que todo se hallaba en regla. El abuelo de él aprovechó de pedirle que fuera imparcial en sus cobros. Se lo pidió con manos en cruz. José María Godoy, al escuchar esas palabras, por primera vez le daría un fugaz vistazo a sus parientes: estaban todos juntos, padres, hermanos, tíos, vecinos... Le desearon suerte. En ese minuto —ni aun ahora— sabe por qué evocó con tanta fuerza aquel pasado tiempo cuando quería gritarles un gol de chilenita o de taco, y después, si quería, podía abandonar la pasión del fútbol. Obsesivo, todavía no entendía por qué no fue capaz de realizar algo tan simple, que

sabía hacer mejor que nadie. Incluso que aquellos que se encontraban en la cancha.

A las cuatro de la tarde, hizo sonar el pito y el partido arrancó.

Desde ese instante, José María Godoy supo que no podría dirigir tranquilo. Concentrado. Oía los gritos. Las órdenes de los entrenadores. Garabatos. Reclamos. El sonido ambiente. El tránsito de los buses por la Gran Avenida. ¡La voz de su madre pidiéndole entrega a los jóvenes de Unión Milán! A ratos, cobraba bien las faltas, mas no se daba cuenta. Se iba del partido. En dos oportunidades aprovechó de mojar la cabeza para espabilarse. No fue posible. Seguía como atontado. Algo fuera de sí. Un inusual conflicto de intereses bullía de manera terrible en su mente. De pronto se acordaba de las deudas. Del pago de los consumos, de los líos con su señora, de la reunión de apoderados, de muchas cosas que no venían al caso. La distracción se hizo evidente cuando pasó hacia el poniente el cansino ferrocarril de la Maestranza San Eugenio. Quedó absorto observando sus vagones. Por suerte no ocurrió alguna jugada peligrosa.

El partido avanzó disputado a un ritmo infernal. Se metía fuerte la pierna. Los jugadores defendían todas las pelotas. Hubo manotazos. Golpes por la espalda. Agresiones encubiertas. No se daban tregua. Pocas veces se vio una final tan reñida. Impredecible. Donde el jugador siente esas palpitaciones a mil, desbordantes, que le tapan los pulmones y empalidecen el rostro. Es la ansiedad. El temor a perder un balón en una trágica porción de segundo. Está también la ocasión soñada de

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

hacer una hazaña para transportar fuera de las latitudes la fama, la magia, el nacimiento de una epopeya. Como sucede en situaciones límites, la tensión se apodera del cuerpo y sólo saldrá de ese laberinto aquel que logre dominar la angustia. El miedo a lo desconocido. ¡El que tenga una seguridad natural en sus condiciones!

Hasta que terminó el primer tiempo, empatado a cero.

Si bien el trámite era parejo, las llegadas de gol estaban a favor del Deportivo El Llano. Se notaba que estaban con confianza. Que manejaban con más pulcritud el balón y tenían una experiencia superior. Los chicos ponían garra, talento, pero de tanto en tanto hacían un caño de más, un sombrero exquisito, un dribling vistoso más que eficiente, y no finiquitaron dos o tres situaciones propicias. Lo único positivo era que José María Godoy le cobraba casi todo a su favor... Incluso, en qué estuvo que no sancionó un penal inexistente, "era muy pronto y desvergonzado", pensó el juez. Después diría, en lo poco que pudo hablar, que el Presidente del Deportivo El Llano le gritó: "¡Me cobras ese penal, Godoy, y mañana no existes!". Pero él lo ignoró. Ni siquiera lo miró de reojo. No lo tomó en cuenta ni sintió pavor. Algo le pasaba. Se sentía mentalmente fuerte. "El hambre de gloria renació en mí de forma inconsciente", confesaría ulteriormente.

En el segundo tiempo el trámite del partido continuó parejo.

Los hinchas del Unión Milán ya destapaban botellas de vino y cervezas. Ya celebraban. No tenían por dónde encajarle una diana. Más encima el árbitro esta-

ba de su parte, por primera vez. El “¡olé, olé!” se empezó a escuchar de manera humillante. A ratos, los chicos brillaban. Sólo faltaba el gol para manejar con calma el partido. Se habían perdidos tres o cuatro nuevas oportunidades, además, por supuesto, del penal injusto que pitó a su favor el juez de la contienda, y que Juan Valenzuela; El Níspero, capitán del equipo, malogró mandando la de cuero a las nubes.

Cerca de los treinta minutos, sobrevino el fatal imprevisto: gol del Deportivo El Llano.

Uno de los profesionales sacó un remate de otro planeta. Imparable. El arquero nada pudo hacer, salvo, claro, mirar con impotencia cómo se metía el balón en el “rincón donde duermen las arañas”. Con esta diana eran campeones. Silencio sepulcral. Faltan pocos minutos. Celebran los visitantes. Los ánimos se calientan. Más encima, el gol afectó psicológicamente a los muchachos, y perdieron el control del juego, se recriminan unos a otros, cayeron en una somnolencia vital. Confusión. ¡Tres pelotas golpean en el travesaño! Los jóvenes no despiertan. No reaccionan. Y el tiempo avanza con una rapidez exasperante. Muchas mujeres echaron a llorar. El grupo de evangélicos no perdió la fe, la esperanza, y oran, pero se notaba que con las imprecaciones no bastaba.

Hasta ahí José María Godoy rememora con lucidez. Lo que viene a continuación es una bola gris. Una nube. Mejor, un torbellino de polvo. Le cuento que el balón viajó por el espacio de área a área. Quizás demoró un par de segundos en desplazarse. Por un impulso que desconoce, él siguió la pelota dando veloces tran-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

cos, su corazón jadeaba, claro, era comprensible, un árbitro debe seguir la jugada, pero nunca con ese énfasis y rapidez. Aquello no le importaba. No estaba en sus planes inmediatos hacer “nada inusual”. En el trayecto pasó a llevar a dos jugadores, “¡a un lado, gallinas, que el pase viene para mí!”, gritó, sin que nadie entendiera, sin poder calmarse, hasta que de pronto se detiene, suelta el pito de la mano, esperó el descenso del balón y da un brinco espectacular, magistral, acrobático, de cara y panza al cielo, solo, sin que nadie lo marcara, bueno, ¡es utópico marcar a un juez!, y en esa milésima de segundos quiso darle a la pelota moviendo armoniosamente ambas piernas, como tijera, en pleno aire: desgraciadamente calculó mal... La pelota bajó y luego él cayó pesadamente al piso. ¿Qué pasó? ¿Qué hizo? ¿Se volvió loco por un momento? Se pensó en un resbalón. En una caída imprevista. O en uno de esos sobresaltos ignotos que aparecen repentinamente. Nadie entendió nada. Lo fueron a auxiliar. Alguien habló de un ataque epiléptico, que sería, en buenas cuentas, la explicación médica más convincente que pululó.

Tardaron cinco minutos en volverlo en sí, en curarlo, en quitarle el polvo de la cara, de las orejas y del traje negro. Un popular personaje del barrio, se acercó hasta su oído y le susurró: — Estuvo buena la idea, Godoy, pero que la “otra” sea menos evidente...

Los del Deportivo El Llano pedían el término del partido. Con reloj en la mano, mostraban que el tiempo había concluido. Pero el árbitro decidió jugar siete minutos adicionales. Hubo quejas. Altercados. Intimidaciones. Finalmente, se acordó disputar los tres

minutos que originalmente le faltaban al partido. Los fanáticos de Unión Milán parecían estar participando en un velorio, jamás en esa extraordinaria final del balompié.

Pero todo no estaba dicho...

Demostrando una parcialidad increíble, José María Godoy reanudó la brega cobrando tiro de esquina a favor de Unión Milán, asegurando que la pelota rebotó en la espalda de un defensa. No hubo manera de convencerlo que aquello era irreal, que nunca existió el córner. Calmó a los del Deportivo señalando que sería la última jugada del lance.

Mientras acomodaban la pelota, todo el gentío corrió hasta aquel arco, y gritaban, amedrentaban al golero, azuzaban a su equipo, se pelearon a trompadas con algunos visitantes. Hasta que vino el centro.

Era lo que se llama un buen centro. Perfectamente lanzado, que, de acuerdo a los cálculos de José María Godoy, caería en el punto penal, donde había un hueco, un espacio suficiente para hacer algo imprevisto, rápido, una cabriola, meter un puntapié, golpear la pelota con el empeine, incluso hacer una palomita, pero veía que los chicos no advertían ninguna de esas posibilidades. Se codean, arañan, sujetan, con los demás, y el balón caería ahí, a medio metro de donde él estaba, en el lugar exacto y en el momento preciso, como lo soñó cuando pibe, con la camiseta de Unión Milán en el pecho, el estadio Dagoberto Espínola colmado de asistentes, con sus viejos y los vecinos del barrio haciendo barra. Entonces ojeó al portero escondido entre tanto jugador, ¡no tapaba un sector del palo izquierdo!, él tam-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

bién metido en aquel bosque humano donde el polvo que se levantaba hacía más difícil las cosas, permitía ocultar la evidencia de lo que pretendía hacer, si Dios y la suerte lo acompañaban, y el balón seguía viajando, lento, seco, suave, perfecto, diciéndole, apuntándole sólo a él, dónde descendería, en qué instante...

No lo piensa más, da un pasito, hace un giro y toma con el taco, en al aire, la pelota, y le cambia el sentido: gol... Estalla la gente. Celebran. Entran a la cancha. ¡Nadie sabe quién hizo la diana! Los de la Unión Milán se abrazan, se preguntan quién metió ese taco fantástico, quién rasguñó el balón con esa clase. ¡Qué importa! Muchos goles en la historia del fútbol mundial no tienen dueños. El árbitro validó de inmediato el gol y corrió al centro de la cancha. Anotó como autor de la conquista al nueve, Miguelito Pacheco, El Correcaminos, le pareció verlo próximo a la jugada. Sucedió lo inevitable. Un grupo de hinchas del Deportivo El Llano invadió el reducto y vino el caos, la trifulca, las peleas, los heridos, los balazos de la policía, y "las múltiples contusiones internas y externas" de José María Godoy, el más perjudicado de todos, que perdió el trabajo, que fue expulsado de por vida del gremio referil, pero que logró la gloria que soñó en la infancia: hacer un gol maravilloso en la cancha Dagoberto Espínola, ante toda la gente del barrio, para quitarse de encima esa mala fama de aturcido que cargó durante años y, de algún modo, para doblarle la mano al propio Destino y convertir en Campeón al club de sus amores.

### ESA PASIÓN ETERNA

El viejo futbolista camina por la ciudad. Cojea un poco de su pierna derecha, la que recibió la operación a la rodilla. Va con la mente puesta en un campito de su tierra natal. Allá en la chacra donde jugaba cuando niño. La gente pasa y algunos lo miran manos en los bolsillos, con la mirada perdida. Una sonrisa siempre se despega en sus labios. A rato le pega un puntapié a una tapita de bebida. Al cuesco de un durazno. Y la cabeza se le puebla de recuerdos. Se ve abrazado a la pelota, solo junto a ella en la cama sencilla, en la edad de la infancia. De tanto observarla y de contar sus cuadritos, se dormía. Qué bello y dulce era entrar con esa amiga en los sueños de la noche.

Suelta una sonrisa. Alguien piensa que es un loco. Un hombre acaso extraviado de las cosas cotidianas. Sin horizonte ni familia. A él no le importa. No hace mal a nadie. Únicamente piensa en ella. En la redonda. Ese gran y primer amor, que todavía lleva en los empeines del alma. Cómo explicarle esto a la gente. A los curiosos que lo pasan a llevar. Que nunca lo vieron jugar con la nueve en la espalda, cuando la reventaba en las mejores ligas. A menudo llega al parque y en la banquita echa a volar la imaginación. Escucha la música de la redonda que vuela arriba de su frente, el vocerío del público, el silbato del árbitro y aquella estridente exclamación que viene después de un gol. Rasca el cabello. Humedecen sus ojos. ¡Querer tanto a la de cuero! Amarla como si

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

fuera un ser vivo, una princesa, o la chica sencilla que llegaba a mirarlo a la cancha.

De pronto unos muchachos echan a correr de verdad un balón. Se levanta de forma espontánea. Ojalá falte uno. Paradito atrás puede ser útil. Setenta años no son nada para un campeón que tiene jerarquía. Pero los chicos se ríen. Se burlan de él. Ignoran que antaño era él quien se reía y burlaba de los defensas. Los entiende. Y los ve jugar. Mientras la pelota va y viene, no cesa de soñar con alguna jugada. ¡Una sola! No la que hizo, sino aquella que puede realizar ahora. En este presente. Eso de dejar el fútbol no existe. Con la edad crecen las ilusiones, esas mismas que tenía cuando era mozalbete. Luego se marcha a su morada. Hoy no podrá tocarla. Ayer tampoco fue posible. No se hace problemas: en casa tiene varias.

Una casa que no tenga una pelota en el patio es un hogar triste.

Quizá los jóvenes tienen razón. Sus piernas no aguantarían un pique, una trancada, un puntapié. Piensa lo contrario. Se siente fuerte. Capaz de hacer una joyita en dos metros. Pocos saben que quien ama de niño la redonda se muere soñando con su belleza. Vive pendiente de ella. La busca en medio del egoísmo. No la abandona jamás. Mejor será continuar con el camino. Soltando los pensamientos y recuerdos.

El horizonte es bueno para divertirse. Siempre visualiza a lo lejos una cancha, dos arcos y un esférico de luz para jugar solo, como lo hacía en sus primeros pasos en la tierra. Parece un veterano triste. No lo es. Mientras tenga en las ramas de su memoria la música

\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

de un balón no estará en abandono. Solitario. Ni será infeliz. Eso lo tiene en paz. Con esperanza. Más adelante, cuando muera, viajará con ella dormida en su corazón. Tendrá un final feliz. No importa que lo olviden. Que nadie recuerde sus goles. Es él quien no quiere engañar a esa mujer de piernas limpias, de ojos alegres, rostro de plena circunferencia, que lo buscaba nada más que para divertirse y volar en la tierra más ardiente, o bajo el pasto reverdecido por el rocío de la mañana.

El viejo compra un balón. Otro más. Avanza tocando su cuero. La gente no tiene duda que es un hombre sin juicio. Otros piensan que se quedó en la época de la infancia. El futbolista se ríe. Besa la redonda. La acaricia con cariño en extremo delicado. Y a su mente llegan infinitas imágenes de una tarde de domingo, el estadio repleto, el partido apretado, parejo, hasta que él con una cabriola en el aire marcaba el tanto del triunfo. Saltaba, gritaba, esperaba el abrazo de sus compañeros, no hallaba qué hacer. Todo gracias a la pelota. La misma que cincuenta años después lleva en las manos. Y que no deja de besar mientras camina como un ser de otro mundo entre los vulgares lugares de la vida.

### DESEO OCULTO

Quizás era envidia. O un deseo profundo, muy oculto. Naturalmente, como defensa nunca le tocaba marcar en el campo contrario. Tampoco practicaba para hacerlo. Pero esa disciplina que le enseñaron de chiquito, lo mataba. Quedarse siempre atrás sonaba a cobardía.

No perdía la esperanza de convertir unas dianas. No por el equipo ni para quedar en los registros de la historia. Sino por lo otro... Aquello que seguidamente debía controlar.

Hasta que un día vio un video sobre Daniel Pasarella, el gran defensa goleador de Argentina. Ahí se decidió a imitarlo, para cumplir con su anhelo más profundo.

Comenzó de a poco, como que no quiere la cosa. Sin que lo notara mucho el D.T. En tanto podía, iba a buscar los centros. Se elevaba bien. Plástico. Ágil. Los cabezazos que dieron en los palos le suministraron fe. Licencia. De la banca le gritaban que insistiera. Llegaba arriba y regresaba apenas pasaba el peligro. La cosa parecía fácil. Había que ser audaz. Muy vivo también.

En los ataques de su cuadro, picaba por la otra orilla. Si el atacante —a quien él custodiaba— lo seguía, lo hacía con más seguridad. No podía dejar indefensa a su retaguardia. La fórmula dio sus frutos.

En una temporada marcó cuatro tantos. Lo felicitaban. Mejoró su calidad de futbolista, sin duda. A él, empero, poco le importaba lo último. Lo otro era lo im-



---

*El ángel de las piernas torcidas*

portante... Su sueño de tantos años.

Le encantaba esto de convertir una diana y correr a celebrar a una esquina, de la manera como imaginó muchas veces. Ahí esperaba con los brazos abiertos a sus compañeros —sobre todo a dos de ellos, que parecían actores, morenos y recios—, y se dejaba caer, la boca hundida en el pasto, los dientes mordiendo un instante sus labios, percibiendo con placer la caída de sus compañeros arriba de su cuerpo, por la cola en especial. Qué bien sabían esos muslos desarrollados, los órganos que nítidamente lo refregaban, y los agarrones, deslizamiento de dedos y manos en el cabello, besos en la cara, por el cuello incluso.

El público gritando, aquel D.T. aplaudiendo y él con los ojos cerraditos, su corazón palpitando... Que sólo el pecho de un crack gay podía sentir en la inmensidad abierta de una cancha de fútbol.



### ORDEN NO TRADICIONAL

El D.T. lo llevó a una esquina de la cancha.

De forma clara y categórica, le explicó que el partido del domingo había que ganarlo. Estaba en juego la honra del club. La permanencia de varios jugadores y, naturalmente, su cargo de entrenador. “Si paramos al diez, ganamos”, remarcó. Ahí estaba la clave. El diez movía los hilos. Era goleador de su equipo, la figura. El defensa, obediente, movía la cabeza. Manos en la cintura, escupía. Quería mostrar seguridad. Que estaba preparado. Total, faltaban unos días para el partido...

Centeno era un marcador aplicado. Una fiera. Obedecía todas las indicaciones del D.T. Tenía una bien ganada fama de bravo en la marca. Luchador incansable. Un todoterreno.

—Debes soñar con el diez de aquí al domingo — insistió el técnico, para meterle presión y disciplina.

Le pidió que lo persiguiera por toda la cancha. Que lo insultara. Dejara sin respiración. Había que confundirlo al extremo, que no pensara en nada. Sacarlo definitivamente del cotejo. ¡Anticípalo!, gritaba. “¡Menoscaba su calidad!”. “¡Humíllalo con argucias!” Le ordenó que jugara pegado a él, que no se le arrancara un solo instante. Que lo tomara por la cintura, el pantalón o la camiseta. El defensa transpiraba de preocupación. Empezó a no gustarle esa carga pesada de responsabilidad.

—Donde vaya, lo sigues... —no paraba de

aleccionarlo, casi neurótico—. Si puedes, ¡métele el dedo en el culo! La idea es no abandonar la marca.

Le exigió que no lo perdiera de vista. Que se mantuviera los noventa minutos atento, concentrado, al acecho. “Cuando se arranque, lo tumbas”, volvió a gritar. Y repetía las órdenes. El defensa sintió un punzante hilito gélido que atravesó como puñal su barriga. “Si va a lanzar una tiro de esquina, allá llegas tú”, “si reclama al juez, levantas inocente los brazos”, “si se le ocurre bajar a buscar el balón, lo sigues”, “si...”. Cansado de escuchar lo mismo, la misma información, el rudo jugador preguntó, con cierta ironía:

—Profesor.

—Dime.

—¿Y si al diez se le ocurre ir al baño, qué hago?

—¡Le llevas papel higiénico y le limpias el culo! El asunto está en que no se escape..., ¿entiendes?

Y lo mandó imaginariamente a la mitad de la cancha.

### REGALO DE LAS AGUAS

El defensa estaba con bronca.

Era una pésima tarde para él. No agarraba una. Le cobraban faltas innecesarias. Los delanteros hacían lo que querían. Ese baile seguro no lo olvidaría en un año. Llegaba tarde a todas. Calculaba mal las anticipaciones. Sentía inseguridad. La mayoría de los ataques lo hacían por su sector. Escuchaba de afuera que el entrenador pedía “cargar la cancha hacia el tres, es tronquito...”.

Un tipo le metió un par de túneles. Dos o tres estuvieron de más. Claro, quiso ponerle un puntapié en el pecho, pero no sería bien visto..., además el árbitro lo tenía en capilla, “¡una falta más, Machuca, y te vas al camarín!”. No podía agredir. El D.T. pidió que nadie se hiciera expulsar. Más encima el equipo que los bailaba venía del Barrio Alto, ¡qué horror! Le pintaban la cara en su propio estadio. Y él exhalando una bronca que se notaba en sus dientes.

Un pensamiento le rondaba. Uno de los rivales se llevaría un recuerdo...

No sabía qué. Ni quién. Daba lo mismo. Hasta que, de pronto, el balón fue a dar al fétido canal Zanjón de La Aguada. Partió a buscar el esférico con la intención de echar barro al balón y luego lanzarlo en la cara de un adversario. Grande sería su sorpresa cuando encontró algo más “bello” al lado de la pelota: una rata.

De inmediato la tomó y casi la envolvió en su mano.



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

El bicho intentó escapar. No pudo. Al realizar el saque, lanzó el animalito y el balón, al unísono, en el pecho del astro que lo burló despiadadamente esa tarde. Éste pegó un salvaje grito y huyó despavorido hasta la banca.

El estadio echó a reír a pulmón batiente.

El animalito regresó aturdidamente al canal y el defensa respiró serenamente aquella profunda venganza antideportiva.



### **COPA PRESIDENTE SALVADOR ALLENDE**

El Alcalde de San Miguel, padrino de la Primera Infantil del Unión Milán, prometió a los muchachos que, si ganaban el Torneo de Verano, el Presidente Salvador Allende tendría el honor de entregar la copa. “Para el compañero Presidente el deporte y la recreación es un derecho del pueblo, y ustedes son un ejemplo en el fútbol”, discursó el Alcalde, tocando sus gruesos mostachos estilo mexicano. Los chicos, que llevaban más de un año invictos, se alegraron al máximo, y sus cabezas se llenaron de ilusiones: ver al mismísimo Presidente de la República pisando la cancha donde cada fin de semana eran aplaudidos. Todos ellos eran hijos de trabajadores, de obreros y empleadas domésticas, estudiaban en colegios estatales, recibían del gobierno socialista un litro de leche diaria, queso y avena. “Si ganan el campeonato conocerán en persona al primer Presidente que llega al socialismo por la vía pacífica”, remarcó el edil. Para motivar todavía más a los pequeños cracks, donó juegos de camisetas, pantalones, medias y zapatos, y una veintena de pelotas de fútbol.

— ¡Ahora a romperla en la cancha! — terminó el Alcalde, a la par que saludó a cada uno, apretando fuerte sus manos.

Eran catorce partidos para alcanzar la gloria. Para los chicos no era imposible. Les gustaba demasiado jugar a la pelota. Podían estar el día entero corriendo en los potreros detrás de la de cuero. A varios de los clubes

rivales les habían ganado. Conocían la calidad y debilidades de sus adversarios. Sin embargo, una tarde el Alcalde los citó a la sede y reveló que se habían inscrito cinco selecciones, que pertenecían a barrios con una rica historia futbolera. “Esos son los buenos”, explicó. “Con ellos tocará pelear el título”, vaticinó. Los muchachos notaron algo nervioso al Alcalde. El capitán del equipo habló en nombre del grupo. Dijo, de forma simple y llana, que no temían a nada. ¡Quédese tranquilo!, terminó el carasucia. El Alcalde se serenó y volvió a saludar de hombre a hombre a cada integrante, apretando palmas. Era un tipo simpático, querido, y un eximio conocedor del buen vino.

Los chicos se habían juramentado. Querían ganar esa copa. Una más. Lo querían hacer por la promesa del Alcalde: conocer al Presidente de la República. Lo imaginaban dando un discurso en el círculo central de la cancha... Diciendo esas frases profundas y emotivas que lo caracterizaban. ¡Su presencia haría muy feliz a sus viejos, que habían votado por él y defendían su gobierno! ¡Cuántas fotografías sacaría la prensa! ¡Vendría mucha gente! Periodistas deportivos. Autoridades. Era un hermoso sueño. La oportunidad para que el capitán del equipo agradeciera la preocupación que tenía por el pueblo, y por esa leche, queso, avena, que cada día recibían los niños carenciados.

La noticia corrió de boca en boca. Hubo una expectativa jamás vista. Nadie quería perderse esa fiesta.

El Alcalde no faltó a ninguno de los partidos que se jugaron a estadio lleno. Mientras los chicos la rompían en el campo de juego, el pintoresco edil saludaba a la

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

gente, hacía política, era el que más aplaudía. Al término de cada partido, regalaba bebidas y panes con jamón a cada jugador. Era una manera de reconocer esfuerzo y goleadas. Incluso, en los entrenamientos de la semana, se dejaban caer para “ver a sus fieras”, y los azuzaba, les pedía que pusieran lo mejor de sí, porque cada obstáculo que superaban “acercaba más al compañero Presidente al estadio...”, aseguraba. Y los chicos se dormían con la ilusión de tocar y conocer a aquel mandatario que hablaba bonito, que luchaba contra el imperialismo y defendía a la clase trabajadora.

La final fue tarea fácil.

Ganaron ampliamente a la selección de Huemul. Tres a cero fue el resultado. En medio del partido, los chicos no dejaban de mirar hacia la tribuna para ver si había llegado el Presidente Allende. Se preguntaban entre ellos dónde estaba. A qué hora llegaba. Cuando el árbitro sopló el término del cotejo, don Mario Palestro, el Alcalde, entró corriendo a la cancha. Estaba contento. Brincaba. Saludó con un beso a cada crack. Los felicitó. Pidió a sus asesores que prepararan el podio para proceder a la ceremonia de entrega de la copa y medallas. Los pequeños preguntaban por Salvador Allende. Nadie respondía. De la galería nadie se movió. Coreaban el nombre del club y de los campeones. El Alcalde colgó en el cuello de los jugadores la medalla correspondiente. Enseguida, en una arenga poblada de chistes que ganaron sendas carcajadas, de palabras llenas de esperanza para el futuro de la clase obrera, remató sin que se le moviera un bigote:

— Lamentablemente, por problema de agenda, el

compañero Presidente Salvador Allende no pudo estar presente en esta nueva hazaña deportiva..., en su nombre y reemplazo, cumpliré con el honor de entregar la copa al capitán del equipo Campeón...

Se escuchó un pequeño y respetuoso murmullo.

Más de alguien se retiró indignado. Los chicos no sabían qué hacer. No se notaba mucha alegría en sus rostros. A su vez, el capitán del equipo preguntaba a sus compañeros qué hacía con las palabras que tanto memorizó para agradecer al Presidente de la República. "Putea al Alcalde", lo cargó un pícaro muchacho. Al final, una cosa fue correcta: la Copa llevaba el nombre del Presidente Salvador Allende... "Peor es nada", remarcó el Alcalde, meciendo sus gruesos mostachos.

Semanas después, se realizaron elecciones en San Miguel y el socialista Mario Palestro fue reelecto edil con primera mayoría.

### EL ÁRBOL DE LOS DESIGNIOS

El entrenador había nacido en el campo y era un tipo lleno de creencias. No daba un paso en falso sin realizar un acto de "malulería". Se acostaba haciendo ceremonias raras y se levantaba utilizando otros rituales. En sus bolsillos no cargaba dinero, sino hojas de yerbas, ajos, plumas de gallina, ramas de árboles ignotos, porciones de sal y colas de conejo. Para cada uno de estos ingredientes tenía una explicación de La Providencia. Lo más asombroso: estos hábitos no los registraba libro alguno. Los había inventado él. "Sólo se precisa tener fe en las cosas, después los resultados llegan a través de las ánimas", profetizaba.

Lo habían contratado para sacar campeón al equipo y él de inmediato puso una condición: quería jugadores "de susceptibilidad absoluta". Los incrédulos y ateos atrevidos no le servían, aunque pisaran bien la redonda. Entregó una lista solicitando la adquisición de efigies, plantas, cruces, herraduras y otras minucias imposibles de describir. Enseguida pidió que un brujo santiguara la sede del club, las camisetas y "el corazón del cuerpo técnico". Los dirigentes le dieron libre albedrío. Hacía años que no alcanzaban un trofeo y estaban dispuestos a realizar lo indecible para darle una satisfacción a la hinchada.

Los triunfos no tardaron en llegar.

Los que más sufrieron fueron los jugadores. Costaba tolerar esos asuntos "metafísicos" a que fueron so-

metidos. Que una hora antes del partido nadie hablara, calzaran al mismo tiempo las zapatillas, escucharan su arenga con manos en cruz, restregaran a pie descalzo azúcar en las plantas y luego la lanzaran al cielo como papel picado, que soportaran la bofetada que les daba en la cara el entrenador antes de salir al campo de juego, bebieran esa sopa asquerosa de perejil, cebolla y pimienta morrón, etcétera.

No era todo. Durante el desarrollo del pleito, el entrenador ponía detrás de cada arco a unos ayudantes de aspectos fúnebres. Uno llevaba consigo un maletín con sapos y ranas, y el otro afirmaba un bolso con una lagartija viva. Nadie nunca supo a ciencia cierta qué importancia cumplían esas creencias. Menos, qué tenían que ver con el fútbol. Cuando le pedían una respuesta, el responsable devolvía con total indiferencia:

—Si lo cuento, se acaba “el árbol de los desig-nios...”.

Las continuas victorias —algunas sorprendentes— avalaban su trabajo.

Poco de aquellas cosas extrañas era lo que la gente conocía, pues ignoraban el revoltijo de otros asuntos que hacía antes de venir a la cancha. Que se encomendaba a un difunto anónimo del cual era devoto, que comía una sopa de gallina recién degollada, que limpiaba con agua de colonia el pelaje de un gato y que se pegaba unas tediosas imprecaciones en un cuarto oscuro, que llegaban a asustar.

El acto supremo y fundamental de brujería, sin embargo, corría por cuenta de él. Cuando su equipo marcaba una diana, aprovechaba la algarabía del público

y, solo, sin que nadie se percatara, al borde de la cancha, se agachaba, arrancaba un puñado de pasto, lo bendecía con una cruz de plata, lo besaba y guardaba en el bolsillo. Repetía la maniobra cada vez que la pelota inflaba la red. Después, al llegar a casa, ponía ese pasto arriba de las otras porciones que guardaba en un nido que tenía dentro de una gruta pequeña, y les encendía una docena de velas. Completaba el acto con un rezo de gratitud.

Y los triunfos continuaban.

Ni siquiera había perdido un punto. Tenían la valla menos batida y la delantera más goleadora del campeonato. Los demás clubes no se explicaban lo que ocurría. Atribuían el buen momento que pasaban a la esquiva suerte que a veces se inclina por los inferiores y vilipendiados. Porque, si se tratara de calidad futbolística, el Rojas Ferrari se encontraba lejos de otras escuadras que contaban con figuras y cracks de temer.

El histórico esplendor que vivía el club era motivo obligado de conversación. Las felicitaciones iban y venían. Todos querían saber “el secreto” de aquel impensado éxito. El presidente del Rojas Ferrari, zalamero y bocón, lanzó una frase ocurrente que se convirtió en una pista regalada para los adversarios:

—Contraten a un técnico “hechicero”... —y espetó una resonante carcajada.

De ahí en más, un cúmulo de miradas inquisitivas siguieron los pasos del entrenador. Pero como los rituales los hacía a puerta cerrada, poco averiguaron.

Una tarde en que jugaron de visita —ganaron tres a cero—, el entrenador se vino preocupado. Nadie en-

tendía el malestar de su estado de ánimo: con este triunfo entraban a los cuarto de finales. Estaban a un par de partidos de alcanzar la gloria máxima. Don Amable Lorca, que así se llamaba, tenía sus razones. Un dirigente de otro club finalista se dio cuenta que arrancaba esa porción de césped cada vez que convertían un gol. En realidad, no importaba mucho que lo haya observado — de hecho en otros recintos también sucedió ese percance —, pero la mirada de aquel hombre fue distinta, penetrante, con intención endemoniada. Sintió que violaban su religiosidad y esa zona misteriosa, personal, que mantenía con su extraordinaria naturaleza.

Al llegar a su casa, intentó purificar su cuerpo con el extracto líquido de un generoso arroz y una mixtura de hierbas silvestres. Esa noche durmió intranquilo. Soñó con imágenes devastadoras de lugares resacos y baldíos. Su esposa lo despertó tres veces durante la noche. Transpiraba en exceso.

Una fatal intuición rondaba su cerebro. La señora Dominga, su cónyuge, le aseguró que era por la preocupación del próximo partido. “No. Esa no es la razón”, contestó Amable Lorca. Y agregó, apenas: “el que pierde, queda fuera”. Eran las siete de la mañana de un lunes cinco de diciembre. Se vistió rápidamente y partió a observar la cancha donde se disputaría el lance del domingo.

El recinto era cerrado, con una pequeña galería casi pegada a la raya. La puerta de acceso tenía una cadena con dos candados; no había manera de entrar. Este hecho sin precedentes aumentó sus malas vibraciones. Aquel estadio solía mantener al menos una puerta abier-

ta. Apoyándose en una piedra, pudo trepar a la muralla: ¡vio que el estado de la cancha era óptimo, cubierta con un pasto verde y ligeramente crecido! Un par de hombres trabajaban en el mantenimiento y otros instalaban nuevas ubicaciones, pues se jugaría con las localidades completas. Respiró aliviado. ¡Había suficiente césped! Hecho su diagnóstico, se retiró prestamente con dirección a la sede del club para preparar en sus más íntimos detalles el decisivo cotejo.

De todos modos, vivió una semana intranquila.

Algunos dijeron que llegaron tres mil personas. Otros, quizás más osados, hablaban de cinco mil. Una cosa es verdad: el estadio estaba repleto. Para evitar una barbarie, los dirigentes acordaron separar a las barras y a los hinchas. El día lucía espléndido, ideal para el fútbol. Las banditas musicales hacían bailar al gentío. Hubo un espectáculo circense, con acróbatas, payasos y enanos que causaron sensación en la multitud. A decir de los encargados del evento, todo estaba preparado para ver una gran semifinal.

El entrenador, por cábala, llegó con el plantel, vestido y todo, quince minutos antes del comienzo del match. Los muchachos, que ya habían recibido la charla y realizado todos los sortilegios del caso, entraron directamente a la cancha. Su parcialidad los recibió con cánticos. Minutos después descendió del bus Amable Lorca. Y faltó poco para que le diera un ataque al corazón cuando vio que habían arrancado todo el césped al reducto... No se veía una sola manchita de pasto. No tuvo tiempo para quejas ni reclamos.

El partido comenzó de peor manera, con un gol en

contra. Luego vinieron otros. Y dos más. Nadie sabía qué sucedía a aquellos jugadores que apenas se movían, que defendían mal, que no hicieron ninguna jugada de categoría. Perdieron por un resultado ignominioso. Daba pena observar a una parte de la hinchada llorando por el equipo de sus amores.

Al día siguiente, Amable Lorca regresó al estadio. No se veía nadie. Las puertas de acceso estaban abiertas... Mirando la terrosa cancha, trató de explicarse la humillante derrota.

En eso estaba, cuando observó la llegada de tres camiones. Traían de regreso el hermoso y crecido pasto que arrancaron, fuente principal de sus desvelos. ¡Se habían hecho públicos sus maleficios! Alguien se lo recalcó en la cara.

Esa tarde, renunció al cargo.

### RESPECTO MUTUO

— ¡La puta que te parió, árbitro!

Le gritó el capitán del equipo. El réferi simuló no escuchar. Fue una jugada sencilla, lejos del área. Claro, el de la camiseta roja pasó a llevar a su compañero. Pudo ser falta. Pero leve. Esas no se cobran. ¡Para qué alzar los ánimos de los otros!

— No fue nada, huevón. ¡Juegue, juegue!

Todos escucharon. Incluso en la tribuna se oyó. Escucharon el garabato del juez, pero no el grueso impropio del capitán. Pasó. El partido recién comenzaba. Se veía bueno. Interesante. Había un par de jugadores de calidad. Que de pronto inventaban gambetas extraordinarias. Valía la pena tragarse aquel calor infernal.

— ¡Una quiero que cobres para acá, la concha de tu madre!

Insistía el capitán. Las reclamaba todas. Tenía instrucciones de hacerlo. Debía echarse el equipo al hombro y al réferi también. Por ahí pasaba la ruta del triunfo. En la cancha no siempre se gana jugando bien a la pelota. Se necesita maña. Ventajas extras. Dominar al juez. Salpicar con insultos a los rivales y a los guardalíneas del pleito.

— Negro hediondo, ¿no te fijaste que fue un choque casual?

Responde el árbitro. Y lo mira fijamente a los ojos. Desafiante. Amenazando con mostrarle una tarjeta. Sabe que tiene la justicia en sus manos. Que todos te-

men a las tarjetas. Conoce a los jugadores. Apenas entra a la cancha hace la diferencia entre los que vienen solamente a jugar y a los que juegan y desahogan a la vez la bronca de la vida. El capitán es uno de ellos. Pero así es el fútbol. Si se aplicara el rigor de las normas del juego, ¿en ninguna cancha del mundo habría fútbol!

— ¡Hasta cuánto, ladrón, vas a permitir que nos golpeen!

Continúa el capitán. Y muestra a un compañero que finge una cojera.

— ¡Trata de no engañarme, eh, no te lo mando a decir con nadie!

— ¿Me estás amenazando?

— ¡Ya te advertí!

— ¡No te tengo miedo, cornudo!

— ¡Yo tampoco te temo, mosquita de baño!

La pelota estaba lejos, en el otro extremo de la cancha. En medio de ese diálogo sucedieron jugadas. Una llevaba peligro. Pero el arquero voló y desvió ágilmente el balón. Tiro de esquina. El capitán, por gusto, a la pasada, vuelve a insultar al referí. Y éste contesta con una excelente grosería. Los demás futbolistas escuchan, pero continúan jugando como si no hubieran oído nada. El central, uniéndose a las quejas, grita desde treinta metros una palabra ofensiva. Eso sin contar las que llegan de afuera, de ambas hinchadas y bancos.

— ¡Corre un poco más, Sanhuesa!

— Cállese la boca, señor...

— ¡Pareces una chancha; no llegas a una sola pelota larga!

— ¡Te estás postulando gratuitamente a una tarje-

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

ta!

— ¿Por decirte la verdad?

— ¡Silencio!

— ¡A mí nadie me cierra la boca, árbitro! ¡Soy el capitán del equipo!

— Y...

— Estoy autorizado para reclamar.

— Muéstrame el reglamento donde sale esa norma, ignorante.

Los técnicos de ambos equipos no paran de dar indicaciones. El balón vuela. Cae. A ratos la contienda es floja, sin sorpresas. Los defensas “revientan” la pelota. Y los mediocampistas carecen de creatividad. El diálogo entre el capitán y el referí cae en un pantano. En una monotonía. Nadie quiere escuchar cosas como:

— ¿Estás pensando en tu señora?

— ¡En la tuya, claro!

— ¿La dejaste amarrada acaso?

— No, se la encargué a mi suegra... ¿Y la tuya?

— Por ahí anda, chanta...

— ¡Te veo nervioso, cabro! ¡A lo mejor te pone los cuernos!

— ¿Lo dices por tu mujer? ¡Cabrón!

El juez, ceremonioso, con elegante educación, pitó el final del cotejo.

El resultado no importó en absoluto. Los jugadores se despidieron atentamente de él, estrechando sus manos y palmoteándolo. Mutuamente se pidieron disculpas. El capitán del equipo lo hizo con un abrazo incluido...

### LA CITA

¡Justo tocó ese día! Esa maldita tarde.

No reparó en aquel detalle. ¡Arbitrar a culisucios media hora antes del “otro” partido, el suyo! Más encima, por dársela de guapo, la citó “puntualmente” frente al hotel parejero. Le cambiaron la hora del lance sin avisar. Qué desatino. Hacía tiempo que no intimaba y esa carga no la resistía. ¡Si no hubiera necesitado ese dinero por dirigir, hubiera mandado todo al diablo! Al menos logró que la cancelación se realizara por adelantado. Ahora había que imaginar cómo carajos llegaba a la cita. Por suerte no estaba lejos del lugar. Soñó diariamente con ella. Sin ser una mina estupenda, tenía buena figura. Claro, era algo puta. O puta entera. No le importaba. Un detalle ante la necesidad biológica.

Sumido en pensamientos desmedidos, entró a la cancha a las tres en punto, apurando con silbidos a los equipos. ¡Qué lo apura tanto...!, escuchó a una hinchada. No respondió. Simuló no oír nada. Siguió soplando el pito, como loco. La gente se dio cuenta de que tenía prisa. Por suerte, el lance comenzó a la hora exacta. De inmediato, buscó pleitos a los jugadores. Los insultaba. Cobraba faltas injustas. Quería alterar los ánimos. Armar un quilombo que justificara terminar el lance “por falta de garantías”.

A ratos parecía estar fuera de sí.

Perjudicó a un equipo expulsando dos jugadores que le pidieron que cerrara la boca..., que los dejara ju-

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

gar tranquilos. Minutos después mandó a las duchas a tres tipos que se quejaron más de la cuenta. Y, para terminar de una vez, mostró tarjeta roja a otros jugadores que discutían cordialmente un cobro simple. Cñiéndose al reglamento, contabilizó la falta necesaria de jugadores en un equipo y dio por finalizada la contienda. El reglamento lo avalaba. Pidió la pelota, sopló tres veces el pito y se marchó ofuscado al camarín. Los jugadores y dirigentes le pedían explicaciones. No se las dio. Frunció el ceño.

Tomó sus cosas y salió del lugar escoltado por carabineros. Cuando estuvo lejos, respiró aliviado. El trámite resultó más fácil de lo que pensaba.

Llegó siete minutos más tarde a la cita.

¡Ahí se hallaba la mujerzuela! Esto que sí importaba.

Lo esperaba liando un cigarrillo, los labios pintados en exceso y enseñando unos sensuales muslos a través de la falda abierta. Se saludaron con un beso en la boca. Sin tardanza ni dilación innecesaria, entraron al hotel.

En la recepción, se percató que no tenía la billetera...

Se la robaron por ser un juez ladrón... Desesperado, habló con la dependiente. Manos en cruz, le mostró su credencial de árbitro. Señaló ser una persona decente. Educada —el mismo cuento narrado a la mujerzuela—. Al final, dejó en garantía su reloj y un anillo de oro. ¿Anda con las tarjetas roja y amarilla?, le consultó el propietario del hotel. Las pasó rápidamente. Un niño se puso a jugar con las tarjetas. Imaginariamente amo-



---

*El ángel de las piernas torcidas*

nestaba a los grandes. Incluido al árbitro, por supuesto.

Entró a una habitación. Se quitó nerviosamente la ropa. Cuando sintió montada a la mujer, pensó necia y obsesivamente en el partido... Recreó algunos cobros injustos. Las expulsiones arbitrarias. Oía, a oreja abierta, el puterío de la gente. Las amenazas. ¿Qué pasa, mi amor?, dijo ella, buscando con la mano el paradero de su inactivo fruto. Guardó silencio. El respetable lucía en una siesta infinita. Qué podía hacer. Y las imágenes del match girando en su mente. Igual que borrachera desenfrenada. No haría el amor. La mujer, ofendida, colocó en duda su virilidad y lo salpicó con menoscabos, agresiva, llevándose lo último que le quedaba al réferi: su contrariado pito.



Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *RITUAL*

A eso de las nueve de la noche comienza el cosquilleo en la panza. ¡Mañana, fútbol! Sin molestar a nadie, toma el bolso y cuidadosamente mete prenda por prenda. Piensa en el rival. Los conoce. ¡No sabe cuántas veces los ha enfrentado! Lustra los botines, amigo de tantas batallas. El cosquilleo en la panza crece. Su señora, que teje, lo mira con cierta ternura. Preocupación. ¿Y si lo fracturan? Ya vivió esos inconvenientes. Mientras, el futbolista continúa llenando el bolso. Pone vendas, tobilleras, crema... Todo lo hace meticulosamente. ¡El partido comenzó ahora! Siempre fue así. Tiene sesenta y cinco años y nada ha cambiado. Ni siquiera aquel sonido de tripas, como hinchazón al duodeno, música de emoción y deseo de entrar a una cancha a divertirse como un niño.



*SEGUNDO TIEMPO*





### *JUGANDO FÚTBOL*

El niño llega todos los domingos a la cancha. Con un balón abrazado a su pecho, espera imitar esas zancadas del número siete, la técnica del mediocampista, las invisibles gambetas del atacante. ¡Festeará los goles saltando! Cada semana se lleva esos sueños. Y los sigue soñando hasta que llega un nuevo partido. Y algo nuevo aparece. Una cabriola en el aire. Un caño exquisito. O algún disparo sorpresivo de treinta metros.

Después, hacia la tarde, se vuelve a marchar en su silla de ruedas, con una limpia sonrisa en la boca.

### *LA PAUSA*

Cuando el mediocampista daba un respiro con la pelota en los pies, aparecía la pausa de un bello silencio musical.

### REMOLINO DE VIENTO

Nadie gusta recordar aquel partido. Todo fue tan..., tan extraño. Tan terrible. Una cosa es cierta, no iban más de veinte minutos de juego. Eso está claro. Entonces llegó aquel viento... Un viento tan..., tan extraño. Nunca se había visto. Era un viento que levantaba polvo de donde no hay polvo, y armaba remolinos. Remolinos tan..., tan gigantes. Ya a los siete minutos, creo, un remolino menor envolvió la pelota y, sin más descripción, se debió continuar el partido con el balón de reemplazo. Ahí debió parar la cosa. Pero nadie quiso retirarse. El cotejo siguió. Y siguieron los roces. Las patadas. Y aquel viento tan..., tan terrible. Hasta que se armó aquel tole-tole y el Flaco Díaz, que en paz descansa, escapó con el balón pegado al empeine, eludió a varios defensas, y cuando iba en demanda del arco rival, lo sorprendió aquel viento tan..., tan horrible. Lo envolvió, achicó, lo hizo bolsa, lo metió quizás dónde, y se lo llevó en las entrañas de aquella bocanada de polvo que dejó desolado el estadio y sin saber jamás qué le ocurrió al Flaco Díaz.

### LA INJUSTICIA

A mansalva le metió el dedo en el culo al delantero. Éste se dio media vuelta y lo tumbó con una impecable trompada al mentón. Lo expulsaron.

— ¿Por qué me echa, profesor? — se quejó.

— Agresión...

— ¡Me metió el dedo en el culo!

— Te aguantas. En el fútbol no se agrade.

### DELICADA LÍNEA ROJA

Había estado manoseando a la mujer en cada centro. Tenía órdenes de no soltarla. Ni dar ningún espacio. ¡No tenía culpa que fuera mujer! Una peligrosa atacante, goleadora, que por ese fanatismo incomprensible jugaba con los hombres. Esa tarde cumplió las órdenes de la banca: no darle un metro de libertad. A los cuarenta minutos, la había tocado entera. Por atrás, adelante. Pellizó las piernas... En una jugada confusa, con fricción y arañazos, toma la pelota y corre donde el juez. Le muestra los dedos con una delicada línea roja... ¡Con voz poco viril acusa a la chica de estar jugando con la regla!

### *PURIFICACIÓN Y DEPORTE*

— Árbitro...

— Diga, señor.

— ¿Es libre el tiro?

— Sí, señor.

El jugador, que sabía que el tiro era libre, puso cuidadosamente la pelota detrás de la línea del área grande. Sus compañeros le hicieron un espacio. Éste empezó a retroceder, marcando cada paso. Retrocedió dos metros. Cinco metros. Siempre marcha atrás. Reculó veinte metros; ya estaba lejos de la pelota. El público comenzó a reír y batir palmas. El jugador, tomando distancia, salió de la cancha, entró al túnel, hasta desaparecer.

— ¿Qué hace?

— Fue a cagar... —le dijeron al juez.

El árbitro no sabía qué hacer. Cómo continuar el partido. Pasaron los minutos. El jugador reapareció, sonriente, saludando al público, que lo vitoreaba. Corriendo a más no poder, gritando con fuerza de guerrero, llegó hasta la pelota y la golpeó: ¡gol! Nadie dejó de celebrar la hazaña.

### CRÓNICA DE UN GOLEADOR DE RAZA

La puta Licha nos cagó al goleador. Maldita sea el día en que Pacheco la conoció. Desde entonces le succionó los goles. Nosotros sabíamos de antes que sus movimientos culebreros de pelvis estaban dejando sin energías al astro. Y Pacheco, cómo no, se dejaba querer. Le decíamos: "Pachequito, un polvo puede esperar; el fútbol, no". No lo tomaba en serio. ¡Perra de mierda! Perdimos un campeonato y un crack de los buenos. Encima le dio por ponerle los cuernos. Pacheco lo sabía. La vio muchas veces debajo de tipos que desembolsaban billetes. Hasta que una tarde no aguantó más y ahí se pudrió todo. Le puso una trompada en un arranque de celos, con tan mala suerte que la ramera le enterró un puñal en el pecho, dicen que en pleno corazón. Esa vez que lo sepultamos, justo esa tarde, jugábamos un buen partido. Los del otro equipo preguntaban por él, por el nueve, y respondíamos: hace horitas que lo sepultamos. "Qué le pasó", inquirían. "Lo mató la puta Licha". "¿Su esposa?", inquirían. "Sí, su esposa".

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *SERVICIOS AD HONOREM*

Pocos entendían a ese guardalínea. Era un caso raro. Un espectáculo aparte en cada partido. No dejaba pasar la oportunidad para dominar un balón, incluso cuando el partido estaba en marcha. Correr por la orilla era un sufrimiento que, sólo a veces, disminuía cuando la pelota salía por su banda y él corría a buscarla, hacía jueguitos con maestría. Los hinchas lo aplaudían. En los partidos malos, el respetable reclamaba sus toques de fantasista. No había semana en que no hiciera de las suyas. La tarde más recordada fue aquella donde el público capeó un calor infernal y se ofreció un espectáculo para el olvido. Entonces vino esa pelota en dirección a él, avanzando lentamente — cuántas cosas se cruzaron por su mente —, deteniéndose poco antes de traspasar la línea blanca. La pereza era tal, que ningún jugador vino a rescatarla. Sin pensarlo, el guarda línea levantó la vista y ubicó a un delantero en posición de ataque: Con la punta del botín dominó el esférico y le lanzó un pase perfecto, que lo dejó de frente al arquero, pero a éste se le enredaron las piernas y la jugada se pudrió. Los fanáticos, emputecidos con el atacante, corearon el nombre del guardalínea y éste respondió alzando las manos a la manera de un ídolo.

## IGUALDAD

El viejo entrenador llamó a la figura del equipo. En el borde de la cancha, le pidió que mantuvieran el empate como fuera. Quedaban pocos minutos y el punto que estaban sacando valía oro. El astro, aplicado como pocos en obedecer las instrucciones del D.T., comunicó la petición a los demás compañeros. En eso estaba cuando recibió un inesperado pase. Se hallaba en la mitad de la cancha y, en un primer momento, no encontró qué hacer. Si devolver el balón, tirarlo hacia atrás o echarlo a una esquina. Pero bien es sabido que pelota que regresa a los pies de un equipo, es lo peor. De modo que prefirió buscar una falta. Picó por la línea derecha, sorteando rivales con cierta facilidad. De pronto, vio que le quedaba de obstáculo sólo el arquero. Lo eludió con una finta apenas perceptible. Con el arco a su entera disposición, evocó la instrucción del D.T., y golpeó el balón hacia fuera... Nadie entendió nada. Lo bañaron con garabatos irreproducibles.

— ¡Bien, bien, Verdugo, hay que mantener el empate...! — gritó el director técnico.

### LA AUTORIDAD DE LA ORILLA

Aquel cobro se convirtió en una desdicha. Su desdicha. El juez validó la falta apoyándose en el banderín implacable del guardalínea. Éste tenía fama de asumir atribuciones extras. Una vez cobró más faltas que el árbitro central y su actuación fue motivo de un extenso reportaje de prensa, donde se explayó limpiamente sobre el “papel fundamental que ellos cumplían”. Esa tarde nadie recordaba aquel hecho —ni otros por el estilo.

El partido era intenso, friccionado, las barras se decían de todo, y el árbitro central no tuvo oídos para escuchar al banco que, majadero, aleccionaba: “¡profesor, ojo con el asistente, cobra lo que quiere!”. Ya había expulsado a dos jugadores por indicación de él. Y ese penal tan dudoso... Que le tiró la gente encima. Lo llenaron con insultos que no merecía.

Como broche de oro, vino esa falta inventada, en el sector que custodiaba la autoridad que corría por la banda derecha: observa que levanta, categórico, muy seguro, la bandera. Con actitud militar, le indica con la mano extendida el cobro, y el juez le cree nuevamente, pita la infracción, sin recordar su mala fama; casi lo linchan...

Un fanático entró a la cancha con ánimo de llevárselo en un cajón. Por suerte lo detuvieron. A su vez, un jugador del equipo perjudicado le asestó un puntapié en el tobillo. No tuvo valentía para echarlo. El partido se pudrió de la peor forma. Mientras, el que armó el embrollo bebía una gaseosa de forma displicente... Aquel



---

*El ángel de las piernas torcidas*

desplante lo jodió. Fue su error, pues el juez lo avistó y, enfurecido, partió donde estaba. Cruzó la cancha a gran velocidad. El público lo miraba perplejo, en silencio, inmóvil. Llegó donde su asistente quien, canchero, con enorme personalidad, lo esperaba serenamente, con la banderita en alto. Entonces el árbitro le metió esa derecha que lo mandó al piso, secamente. Desparramado en el pasto, sangrando de la nariz, en ningún instante bajó la bandera. Acto seguido, el juez de la contienda, haciendo un ademán aparatoso, le mostró tarjeta roja:

— ¡Estás expulsado la puta que te parió! — le gritó a la autoridad de la orilla.

Y por primera vez, en mucho tiempo, se escuchó a un estadio repleto aplaudir al árbitro central.



Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### **¡ESPÉRALO!**

El negro patizambo lo había burlado toda la tarde con la misma jugada. De afuera, escuchaba un grito: ¡espéralo! Y lo esperaba, pero el negro patizambo lo seguía engañando con la misma jugada. Y luego fue un coro lo que oía: ¡espéralo! Ésa era la hinchada. Y él continuaba esperándolo y nada, el negro patizambo se estaba haciendo un festín. Al final del encuentro, abatido, dejó la cancha a tuestas. Escuchó un potente gritazo. ¡Por qué no esperaste al negro, la concha de tu madre! Fue el colérico desahogo del entrenador. El defensa no tuvo respuesta: frente a él pasó cansinamente el negro patizambo, exhalando saliva de ganador, eludiendo con las piernas torcidas a sus propias sombras.

### **EQUIPO IDEAL**

Tenían el equipo perfecto del campeonato.

La defensa estaba compuesta por cuatro monreros de primera categoría. Los mediocampistas eran asaltantes abrutados, que conocían el oficio de tomar por el cuello a los incautos transeúntes. Adelante, estaban los mejores “achorros” internacionales del país, que se apropiaban de bolsas y carteras esfumándose a una velocidad inalcanzable. Al arco, quién más: un criminal de raza serena, que no se sobresaltaba ni con los penales. De reserva, esperaban turno toda clase de truhanes, que limpiaban las uñas con cuchillas, se entretenían con pistolas de seis balas, mostraban las cicatrices en la panza, es decir, eran tipos normales y corrientes, amantes del balompié.

En astucia, contundencia y ferocidad, eran, qué duda cabe, los primeros de la liga. Ganaban por presencia e intimidación. En una ocasión perdieron un trofeo por una circunstancia extrafutbolística: no llegaron al cotejo porque la policía los esperaba. Ésta resultó una avivada de los rivales que “soplaron” el dato a las autoridades. Sin embargo, el equipo ganador jamás pudo levantar la copa: la birlaron a vista y paciencia del público, y nadie se percató.

Se llamaban Los del Río Abajo, lo que era mentira: no existía tal río. Usaban tal nombre para despistar a la cana.

## DOS RECUERDOS

La mejor jugada de su vida la realizó una tarde gloriosa en el Estadio Municipal de Osorno, cuando eludió hábilmente a varios defensas y se fue en demanda del arco rival. Al levantar la vista para saber dónde y cómo embocar, sintió un puntapié criminal por atrás que, aparte de levantarlo, lo hizo caer de la peor forma, lesionándose la clavícula. Anduvo con yeso durante meses y debió bregar demasiado para volver a las canchas.

Años después, otra memorable tarde, se encontró con el mismo defensa que lo lesionó. Salió a buscarlo desde el primer minuto. La idea era saldar la deuda con el mismo medicamento...

Le perdonó dos o tres faltas menores. En el segundo tiempo, se le fue acercando con el pie en ristre. Sabía que lo expulsarían y, para no perjudicar tanto al equipo, dejó pasar los minutos. En un roce, fue capaz de decirle:

— ¡Me debes una, la puta que te parió!

Le enseñó la clavícula. El defensa sabía de qué hablaba.

Lo ignoró con jactancia. Esa actitud displicente llenó de ira al delantero. Lo tenía claro: apenas tomara el balón, lo sacudiría por atrás, igual como lo hizo él. Esperaría la ocasión. En esas cavilaciones estaba cuando, de pronto, recibió un pase largo, perfecto, ideal para picar y gambetear. Se olvidó de todo. Pícaro, eludió al lateral, luego a un central, y cuando levantó la vista para



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

observar la posición del arquero —el mismo de aquella otra vez—, recibió por atrás un golpe brutal que lo levantó y mandó de bruces. La falta fue terrible y le significó al defensa apenas una amonestación verbal —como aquella vez—. Se lesionó nuevamente la clavícula, el codo quedó hecho bolsa y, al igual que esa antigua ocasión en el estadio de Osorno, el árbitro le mostró tarjeta amarilla “por simular una falta”:

—¡A la próxima te vas, Pinto...! —amenazó el juez.



### **JUSTICIA DIVINA**

El réferi echó a correr demasiado aprisa. Lo hacía, además, aparatosamente, con la tarjeta roja en la mano, lleno de bronca, que se le notaba en la comisura de los labios. ¿A quién iba a expulsar? ¿Al diez? ¿Al capitán del equipo? Cruzó la cancha. Llegó sorprendidamente donde el primer guardalínea y, jadeante, cansado de hacer caso a su banderita alzada que lo metía en problemas con los jugadores y la barra, cobrando a su antojo, haciendo un terrible ademán con la mano, le mostró enfáticamente la cartulina de color rojo ante los aplausos descarados de futbolistas, cuerpo técnico y público, y la estupefacción de su asistente quien, cariacontecido, hombros caídos, no entendía la grave amonestación, y se resistía a abandonar su puesto de trabajo, pues consideraba que la sanción era ilegal, injusta, acaso inédita en el fútbol mundial, pensó que estaba loco su colega, entonces el juez pidió ayuda a la policía, ¡llévenselo!, ¡sáquenlo de aquí!, ordenó, y éstos cumplieron la medida, tomándolo del brazo, cargándolo un poco en andas, de forma ignominiosa, ¡la puta que te parió, González!, le gritó el sorprendido guardalínea, pero había demasiado murmullo en la galería para que el réferi escuchara el insulto y, menos, para que modificara su resolución.

## SEGUNDO PARTIDO

La barra seguía cantando hermosos temas. El vocerío del público no cesaba. En la cancha, los poéticos insultos de los jugadores daban brillo al cotejo. De pronto, gol. La felicidad de los hinchas se elevó hacia los cielos. En las cabinas los relatores se repartían el festín. Los vendedores de refrescos sacaban cuentas alegres. Aquella merecida rechifla al árbitro continuaba inalterable. El partido se disputaba con la intensidad de los primeros minutos. Hasta el marcador oficial seguía encendido. El viento de la noche arrastraba los papeles, las latas de refrescos. Y la música contagiosa del entretiempo preparaba el ánimo de la multitud. Era tarde ya. Muy tarde. En sus casas, los protagonistas descansaban. Bajo la penumbra, los focos iluminaban los rincones del estadio. El espectáculo continuaba, aunque el marcador era el que todos sabían.

## ENSEÑANZA

Leyó los mejores libros de aventura y de literatura clásica universal en las polvorientas canchas de fútbol. Se tituló de Doctor del Balompié Mundial.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *EL NACIONAL*

Soñó con ese gol en el Estadio Nacional. Ochenta mil personas. Sus padres y amigos en la tribuna. La prensa, atenta. Cuando jugó realmente en el Nacional, evocó aquel sueño. Anduvo mal. Quizás sus nervios lo traicionaron. La realidad lo superó: fue sustituido en el primer tiempo. El entrenador no lo miró. Un compañero lo animó solidariamente. Sabía que aquel sueño quizás nunca se convertiría en algo real.

### *ASUNTO DE EMBOQUE*

El goleador estaba pasando por mala racha. La crisis se le notaba en su rostro. No le embocaba al arco ni le embocaba a su novia. Era un asunto de puntería con el arco, y de Parkinson fállico con la novia.

### *DEVUELVAN LA PELOTA*

Eso no se hace. Sacó la pelota con un puntapié descomunal. El partido era malo y esa jugada sin estilo pudrió aún más las cosas. La pelota se elevó inmisericorde. Tomó una altura de fuga, como huyendo de la indolencia. El día era gris, frío, y la redonda acabó por extraviarse en la garúa. El resto de tiempo que le faltaba al partido, el público la pasó entretenido, esperando que Dios devolviera el balón sólo para que el árbitro diera por concluido el miserable espectáculo.

La pelota no llegó jamás.

### *MOVERSE*

Es más fácil moverse por las infinitas calles del mundo, que moverse en una cancha de fútbol; es más bello moverse en el laberinto de una cancha de fútbol, que en la tristeza insaciable de las calles del mundo.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *DESAPARECIDO*

El veloz y muy diminuto puntero tomó el balón justo en la mitad de la cancha. Burló a los rivales a una velocidad insólita. Les sacó una ventaja jamás vista en estadio alguno. Era un rayo. Tan solo quedó allá arriba, que únicamente se veía su camiseta, la chasca y las piernas moviéndose como aspas. Cuando quedó frente al arquero, lo eludió con otro tranco y se fue en demanda de la valla desguarnecida. Poco antes de traspasar la línea de sentencia, apareció un remolino de polvo, que lo envolvió a modo de castigo; el veloz y muy diminuto delantero, a decir verdad, no fue nunca más visto.

Un feliz dato puso algo de alegría al trágico hecho: no soltó el balón.

### *CORDURA*

En la realización de esa notable gambeta, el jugador quedó fuera de sí; su espíritu viajó por un instante al cielo y lo que el público observó fueron sus blancas sombras pintando un cuadro en el paraíso de aquella cancha de tierra.

### CARASUCIA

Cuando arrancaba por la banda, sintiendo el olor del pasto, y echaba a picar la pelota, dando ágiles saltitos, metiendo gambetas y fintas a extrema velocidad, ahí, en ese instante inexplicable, el carasucia creía ser dueño del mundo.

### ESO NO SE HACE...

Las veces que lo marcó, le tocó descaradamente los genitales. Se supone, para controlar su habilidad. El delantero lo acusó al árbitro: ¡señor juez, me está tocando la pija! Éste lo ignoró. ¿Qué podía hacer? Siempre la realidad sorprende con un hecho que deja indefenso. Al quinto acoso, que pudo presenciar todo el estadio, el delantero bajó el pantalón y le gritó al defensa:

— ¡Chúpalo, maricón!

Gay Galindo lo hizo con placentera gratitud.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### ARMA

Cada vez que el árbitro soplabla el pito, sabía que gatillaba una pistola.

### PASIÓN ES UNA SOLA

La iglesia lucía repleta. La familia concurrió en masa. El cura, como pocas veces, tenía su mejor cara. Se casaba el hijo pródigo. El ejemplo de la familia. Al fin estaba ahí, delante del pupitre, junto a la novia preñada.

Transpiraba, veíase inquieto, mas no por el formal ritual de la ceremonia, sino por los muchachos... Sabía que su corazón volaba a otro lugar. No se hallaba donde debía dar el ¡sí, quiero! Empezó a sonar una música religiosa. Miró los santos. Luego, de reojo, vio la hora... ¡Qué lentitud más grande! Y los muchachos del club en otra parte, donde él verdaderamente quería estar, vistiéndose para jugar. El partido comenzaba en una hora más. No era lejos. Había averiguado. Su gran esperanza era, al menos, llegar para el segundo tiempo. La fiesta, los abrazos, la luna de miel, ¡ciertamente podían esperar!

### EL SUEÑO

Era su debut. El momento que soñó muchos años. Al fin entró a la cancha. Saludó a la gente. A sus compañeros. Levantó la vista al cielo. Se persignó. Tocó con la punta de los dedos el pasto. Buscaría el gol desde el primer minuto. Sabía que era su gran oportunidad. Inhalaba demasiada ansiedad. En la primera jugada que participó, se torció el tobillo. Escuchó el sonido de los huesos. Pudo imaginar que la carne se hinchó. Pararon el partido. Entró el médico quien, al ver la lesión, movió la cabeza y miró al banco. No iba más. Cambio. Lo sacaron en un tabladillo. Iba llorando. ¡Aguante, Medina!, lo animó el chico que lo reemplazó. También debutaba.

### SORDO Y MUDO

El sordo-mudo corría como loco durante los noventa minutos. Tenía una rara costumbre, llena de picardía: cuando iban perdiendo, de espalda al juez, le gritaba "hijo de puta", y éste expulsaba al jugador contrario más cercano: ¡yo no lo putié, señor, fue el sordo-mudo!, le decía. Y el cuervo respondía: "te eché precisamente porque te burlas de mi visión de pájaro".

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *PIERNA FUERTE*

El negro era cochino para jugar. A los rivales les daba duro, los escupía, metía planchazos, codazos, puntapiés descarados. El réferi se lo dijo en varias ocasiones; lo expulsaría si continuaba jugando sucio. El negro, indiferente, no lo escuchaba. Murmuraba garabatos en su contra. Hasta que le dio un patadón criminal en el pecho a un puntero que se le escapaba. El juez lo llamó. El negro, arrogante, se acercó hasta sus mismas barbas. Lo miró con ojos de animal en celo.

No tuvo coraje para expulsarlo. Le pidió, apenas, calma.

### *LETRADO*

No sabía leer ni escribir. Se enteraba de las cosas por boca de otros. En la cancha, con la pelota en los pies, leía y escribía mejor que los demás, y sus compañeros se enteraban de las gambetas escuchado las letras de sus piernas y pensamientos.

### TODO POR UN CAÑO

Se conocieron en infantiles.

Jugaban por distintos equipos. Eran unos retoños. El odio nació cuando el delantero, irreverente, lo avergonzó con un perfecto y vistoso túnel, que ganó aplausos. Ese día ambos se dieron duro. Se putearon. Amenazaron. Al término del partido, casi se van a las manos. Hubo que separarlos. Tenían pasta de líderes. Más adelante fueron encontrándose en una cancha. En distintas categorías. Y se daban con fiereza. A pesar de los consejos de los D.T., se buscaban. Se decían de todo. Los expulsaban.

Compartieron una selección juvenil y no se hablaban. Cada cual cumplía con su obligación. El único que no abrazaba al delantero cuando marcaba goles era el defensa. Llegaron a profesionales y siguieron con la bronca. Su falta de amistad era ya un hecho público. Vinieron a quedar en paz — se pensaba —, cuando de Europa compraron al goleador. Sin embargo, con el tiempo, el defensa llegó a jugar en la misma liga. Lo último que se conoció de ellos fue que eran compadres.

Un hijo del goleador, nacido lejos de la patria, los transformó en grandes amigos...

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *LA VIDA DE ELLA*

La pelota salió disparada a mansalva. A ella no le gustó aquel insano maltrato. El impacto removió el nido donde pernocta su ser. El balón tomó fuerza. Se impulsó a favor del viento. Primero avanzó locamente a ras del piso. Luego fue subiendo, a la manera de un aeroplano, hasta tomar suficiente altura. No paró de avanzar, exhalando lágrimas. Su ritmo y aceleración eran un asunto jamás visto en estadio alguno. Se perdió de los malos jugadores que castigaban sus sentimientos, hasta convertirse en un espectro: abajo se acabó la fiesta hasta una nueva oportunidad.

### *TRANCADA*

La mejor trancada que se recordaba, fue la que dio aquel defensa con su cabeza contra el empeine derecho del terrible goleador, Pata de Mula. Del feroz golpe que se dieron, que reventó la pelota, hubo un lesionado grave: el terrible goleador.

### LA FIGURA

El fascinante centrodelantero convirtió un gol de antología. Todo el estadio aplaudió, incluso la barra contraria. Sólo el árbitro —conocido por el mote de Girafales— guardó silencio, ni siquiera anotó en la tarjeta su nombre y el minuto de la diana; por el contrario, en una actitud verdaderamente extraña, llamó al crack, autoritario, y de frente le mostró reciamente la tarjeta roja de expulsión.

—¡La estrella aquí soy yo, hijo de puta! —le gritó encolerizado.

### HERMANOS

Se ganaban la vida practicando el mismo oficio. Uno, dominando un balón de fútbol; el otro, escribiendo poemas. Por su puesto, eran inseparables.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### **NARRADOR**

El partido era excelente. Se vieron maravillosas jugadas. Goles espléndidos. Había expectación. Alegría. Demasiada emotividad. En la galería, cerca de la cabina, relataba el partido Joselín Godoy, El Lorito, un tipo que era Pelé con el micrófono en la boca. El público le daba la espalda a los veintidós extraordinarios jugadores de la cancha, disfrutando al eximio narrador que hacía imaginar a la gente que el partido era maravilloso, y no obscenamente malo como en verdad ocurría.

### **GOL DE DIOS**

La pelota volaba hacia las nubes. De pronto hizo una cabriola. Se clavó en un ángulo. Allí no llega nadie. ¡Gol de Dios!, gritó un incrédulo, persignándose.

### LA CONTRA

Tomó el balón exactamente en el círculo central de la cancha. Corriendo de manera extraña hacia algún arco, fue eludiendo rivales con una facilidad pasmosa, jamás vista en él. Avanzó, siempre de manera extraña, por la banda derecha, en el impulso quedaban en el suelo rivales de camisas distintas. La gente se levantó de sus asientos. Los veteranos se quitaron las viseras. Por un instante, nadie gritó. El futbolista siguió, alocado, casi fuera de sí. ¿Qué haces?, murmuró un compañero. Quizás eso mismo exclamaron los compañeros de Diego Maradona cuando convirtió aquel legendario tanto a los ingleses. La diferencia, en este caso, es extraña también: el jugador marcó un golazo contra su propio arco. Y lo celebró de rodillas, bajo manto de lágrimas.

### ECO

De pronto resuena un luminoso eco en los cuatro puntos cardinales del firmamento. ¡Gooooool!

Para reír a pulmón batiente, las nubes abrieron sus bocas pobladas de claridad y el sol estalló un clarinete de partículas luminosas.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### IMAGEN

Estaba correctamente parado en el área chica. Manos en la cintura. Mirando con cierta displicencia el partido. Su equipo iba ganando. Había atajado unas pelotas fáciles que le llegaron directamente a las manos. El pleito avanzaba. Se jugaba el segundo tiempo. Un gol de diferencia no era gran cosa. Después lo contó, incluso con detalles. Vio venir el balón desde treinta metros. Era un tiritito que sacó casualmente un petiso sin fuerzas en las piernas. Pensó avanzar un poco para bajarla de pecho y ganar tiempo. El balón corría suave, fácil, alcanzable. Lo terrible fue esa imagen que se posó en su mente.

Recordó que estaba sin trabajo...

La pelota entró dando saltitos, ayudada por un pequeño viento. El arquero se dio cuenta del gol cuando la hinchada coreó la humillante conquista. Más encima, recordó las cuentas impagas de consumo básico y la deuda con el almacén del barrio. Todo lo que le gritaron aumentó su desdicha.



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

**ATARDECER**

Domingo. Cae la tarde. El estadio lleno de fantasmas, once contra once, dos ángeles furiosos de líneas y el árbitro, un ser vestido de negro irritante.

Esa gloriosa tarde por fin triunfó la muerte.



Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *EL MILAGRO DE LABBÉ*

Labbé nunca había marcado un gol. Ni siquiera en los picados del barrio. Decía que no quería morir virgen. La gran ocasión llegó en un partido abúlico y malo. Tiraron un centro desde la derecha y Labbé dio por pérdida la jugada; se encontraba en el punto penal del arco contrario. Jamás imaginó que un rústico defensa, nervioso, rechazó a tontas y locas, dándole un fuerte pelotazo en la nuca. Labbé estaba de espalda, casi retrocediendo, con tan buena fortuna que el balón se devolvió contra la red.

¡Gol de Labbé...!

Todos vieron la inesperada conquista, menos él, que vino a enterarse al día siguiente, cuando le explicaron el milagro más extremo de un insuperable mal jugador de fútbol...

### *BALON DE ORO*

Los niños se divierten, saltan, gritan, en la millonaria cancha orillada por las calles embarradas de la población, con un balón de papel.

### *ESPECTADOR*

El astro rey continuó iluminando la cancha. Las sombras amenazaban con terminar el partido. Faltaba la última jugada de la tarde. El astro rey la esperaba manos en la cintura. El pleito continuaría sumido en una abulia absoluta. Esa tarde lloviznaron clavos...

### *DOCE CONTRA ONCE*

El capitán del equipo contrario, agarró el balón y llamó al juez. Le dijo que ese partido era antirreglamentario. Que el cuadro rival estaba jugando con doce jugadores. El juez sopló el pito, paró la contienda y empezó a contar detenidamente a los futbolistas. Eran once contra once. No había problemas. Imaginó que le tomaban el pelo. Más encima era pelado. El capitán, para demostrar su equivocación, contó personalmente a sus colegas: había físicamente once contra once, pero en la figura de un maravilloso crack del equipo rival, había otro jugador, un espectro adicional, con cabeza, pies y cuerpo, que los había bailado toda la tarde... Llevaba la Diez en la espalda.

### *EL ELEGIDO*

Tenía fama de santurrón. Sus compañeros no lo querían del todo. Por aquello de inclinarse hacia el banco. Para el D.T. era el jugador ideal: polifuncional, obediente, disciplinado, que cumplía las instrucciones. Aunque, con la pelota en los pies, nunca brilló. Era de marcar, de luchar, de meter la pierna, esas cosas. El D.T. lo tenía de líder. De referente. El ejemplo a seguir. Cuando despidieron al entrenador, perdió de inmediato la capitania y titularidad. Vinieron los buenos resultados. El D.T., apenas encontró nuevo club, pidió su contratación. El elegido llegó como figura. Pronto accedió a la capitania del equipo. Aunque tampoco los festejos lo acompañaban, se sentía seguro. No le fallaría al entrenador. Los resultados, poco importaban.

### *FESTEJO*

La hinchada celebraba como loco aquel gol de tiro libre. Aunque su equipo perdía ocho contra uno, daba lo mismo. Había sido un golazo y, de paso, la segunda diana en varias fechas sin festejos.

### *EL IMBATIBLE*

El arquero era, sin duda, la figura del partido. Había tapado todo. Jugaba con una vestimenta entera de color negro y una visera. En cada tapada, a modo de gratitud o cábala, se quitaba la visera, la besaba y volvía a poner. No había cómo encajarle una diana. Y él, a cada momento, sacando o poniendo la visera. La misma visera de siempre. Que, por lo demás, muy bien le venía. Y que le jugó una mala pasada. Al cortar un centro, amasó perfectamente el balón contra su pecho, entonces un vivaz delantero le quitó la visera y la tiró al fondo del arco. El golero, rabioso, perdiendo los estribos reclamó: ¡juegue, juegue!, exigió el árbitro. Moviendo la cabeza, aún con el balón aferrado en el pecho, entró al arco a buscar la visera para cumplir con la cábala, mientras el equipo contrario celebraba el gol.

### *INTIMIDAD*

Se lo dijo seriamente al golero. La penetración del balón en los labios del arco, es el otoñal encuentro del hombre y la mujer en la mágica intimidad del juego. El guardavalla — fuera de sí — le propinó una trompada. Pensó que lo trataba de gay.

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

### *LA ESTRELLA DEL BARRIO*

La estrella del barrio sólo festejaba los domingos. Durante la semana, sobre todo los lunes, los días sabían largos, desgraciados, y en casa la ausencia del mendrugo hacía todo más terrible. Sus viejos se peleaban por esa cesantía constante. Hacia la noche, el frío molía los huesos. De la escuela, nada que decir, jamás iba. Faltaban los cuadernos, los libros, también, las ganas. Aquello de llegar mal dormido nunca gustó a los maestros. La vida cambiaba los domingos, con la pelota en los pies, recibiendo halagos de la gente, los abrazos de sus compañeros. Aunque resultaba tan cortita esa felicidad... Duraba apenas unas horas. Enseguida aparecía la otra realidad, la que humilla, disminuye, esa que dolía. Nunca entendió aquello de esperar tanto para sentir fugazmente algo de alegría. Todos se acordaban de él cuando entraba a la cancha.

Durante la semana, nadie tenía tiempo para recordarlo. Era un espectro viviente.



\_\_\_\_\_ *El ángel de las piernas torcidas*

### **LOS BOTINES**

Los había cuidado con devoción. Los amaba. Eran dos botines de color café. De cuero duro. Suela especial — parecía una plancha de acero — y estoperoles rústicos firmemente atornillados. Se los había armado su padre, un reputado zapatero de barrio, don Jacinto, amante de ese noble oficio. Poco importaba que pesaran un par de kilos y que, en lo sucesivo, se convirtiera en el hazmerreír de la hinchada.







*GOL DE ORO*





### DIÁLOGO DE PELÉ Y MARADONA

El último avión había partido puntualmente minutos antes que se desatara el aluvión de lluvia que produjo un caos en los itinerarios. Dos de los mejores futbolistas de la historia debían esperar el próximo desembarco (no quedaba otra), lo que no sería pronto: las condiciones del tiempo no mejoraban.

Por más que intentaron evitar el encuentro público, éste vino a darse ante la demora de las aeronaves. Más encima, los fenómenos del fútbol mundial de todos los tiempos viajaban sin comitiva. Días atrás participaron en masivos eventos deportivos en Japón, y si bien entre las peticiones explícitas figuraba no encontrarse siquiera por casualidad, la Naturaleza alteró los planes. Hacía ya horas que se desencadenó aquella inusual tormenta que paralizó las salidas de los vuelos a cualquier rincón del planeta.

Como si fuera poco, el Aeropuerto no daba abasto para la multitud que, al igual que Pelé y Maradona, buscaban afanosos una sala exclusiva para esperar la mejora del tiempo.

Las autoridades niponas enfrentaron el percance con sabiduría milenaria: ubicaron al argentino y al brasileño en una cómoda sala exclusiva, que era una de las pocas disponibles. Un japonés, lleno de ademanes, hablando ese idioma que parece chasquido en la faringe, convocó a los cracks y explicó la sorpresiva indolencia del tiempo.

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Los astros se estrecharon cínicamente las manos, pidieron cínicamente agua mineral —estaban atragantados de tanto caviar y exquisiteces—, agradecieron la preocupación de las autoridades y así surgió una inédita plática del balompié, a solas, en un extremo del continente.

Partieron, cómo no, alabándose:

Yo, Diego, siempre aplaudí tus gambetas, en serio: para mí la gambeta es la música que hace bailar al pueblo. Los pibes deben entender que un jugador excepcional es un inventor que crea segundo a segundo, como el Tata de Arriba, y eso yo admiré en ti, Edson.

Cuando las autoridades niponas escucharon semejante marrullerías, secaron el sudor de la frente y se retiraron haciendo toda clase de venias. En un principio, temían que los fenómenos se fueran a las manos.

Y sin embargo se desbordaron en palabras olvidando rencillas de otra época, si las hubo. Ayudaba, naturalmente, la lejanía y el tiempo hostil, de mal pronóstico, que podían sondear, de tanto, por una ventana.

Si uno piensa qué existía antes de la formación de un crack, encontrará una cancha de polvo, que es el verdadero laboratorio de los futuros astros del balompié, dijo Pelé. Yo empecé en los potreros, Edson, sé de lo que hablas. A mí me armaban una pelota de trapo y con ese mínimo instrumento comencé a enloquecer con este maravilloso oficio, siguió La Perla Negra. Mi vieja, en Villa Fiorito, me enviaba de compras al boliche y nunca lo hice solo, iba dominando una naranja o una manzana, así comencé este amor por la redonda: yo digo, mientras existan pobres, el fútbol será poéticamente glorioso.

so, Edson.

Ambos estaban atentos al ágil lenguaje que evocaba la entrañable experiencia y movimientos en una cancha de fútbol, que lograron desplegar de forma artística.

La confianza se instaló en ellos y el balón verbal siguió rodando.

¡Qué misteriosas vidas nos han tocado, Edson!, ¡...qué lo parió! Hace años superé ese tema, no fue fácil; uno no entiende nada de lo que sucede y provoca. Es como la conexión de la pelota y la mente, un lindo misterio que ojalá nunca nadie lo destape, Diego. Es que el Tata pensó en el fútbol y creó un universo redondo; aquellas pelotas que se elevan hacia el cielo y que de pronto se meten en la valla, ¡esos balones los desvió el Barba, querido...!

Al unísono observaron los vastos cielos asiáticos que destellaban humedad y una transparencia ejemplar. Caía todavía más violenta la granizada, que lentamente iba tomando forma espectral.

Si el fútbol no existiera, Diego, los pobres no tendrían ninguna esperanza ni razón para vivir. Y, no tendrían alegría ni futuro, Edson. Ambos provenimos de las cloacas, tú, de las Favelas, yo, de las Villa Miseria, el mundo se llenaría de prodigios si en las calles de las grandes ciudades se jugara con un balón. Estoy de acuerdo, Diego: un astro con un balón en los pies puede escribir con fintas y gambetas una nueva historia planetaria. Yo digo, Edson: de pibe hay que enseñar a las piernas, al cuerpo y extremidades, a realizar "trampas públicas". Tú y yo, con la de cuero pegadita a los pies, escribimos

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

bellos poemas de amor. Hablo en serio, Diego.

El Pelusa asintió con una mueca indescifrable: evocó un instante a Garrincha... Pelé llamó al mozo. A él no le gustaba recordar a aquel entrañable delantero, que ganó solo el Mundial de Fútbol de 1962 y que, estando los dos en la cancha, la selección carioca jamás perdió un encuentro. Esa estadística tampoco le gustaba.

El negro, hablando un extraño inglés, pidió más agua y galletas. Maradona, alegó un café y masitas tostadas. Lo hizo en italiano. Se oía el ruido de truenos, la caída inclemente de la lluvia y la voz del parlante hablando en varios idiomas. Pedían calma y comprensión a los pasajeros.

Los astros esperaron la llegada del pedido y retomaron la plática.

Edson, a un hombre de bien si le dan a elegir un Paraíso, pide una canchita para entretenerse hasta el infinito. A Pelé le pareció graciosa la frase, agregó como si estuviera picando el balón en el área chica: los grandes magos que tiene la humanidad son aquellos que esconden el balón entre las piernas, ante la mirada de millones de almas. Ahora fue Maradona quien soltó una graciosa sonrisa. Añadió en un repentino arranque: ¿y qué me dices del talento, Edson? Nadie puede elegir la virtud, eso nace con uno. ¿A ti quién te enseñó a jugar en Argentina? ¿A mí? Y, nadie... Maradona infló considerablemente el pecho. Y volvió a evocar al gran crack de Mato Grosso: Garrincha. ¡Cuánto se parecían en historia y gambetas! De dinero y poder, ni hablar: el Pelusa era más grande...

Pelé apuró un vaso de agua, asestó una mirada

libidinosa a una rusa que abrió la puerta por equivocación; *sorry* exclamó la diva y se marchó. La Perla Negra balbuceó casi para sí mismo: el jugador de fútbol es el único artista que inventa con las piernas. Al señalar esto, guardó hermético silencio.

Maradona tuvo flojera de replicar con otro dicho. No podía dejar de pensar en Mané Garrincha. Era como si su espectro penara en los muslos. Por un instante pudo imaginarlo al centro de donde estaban, espetando carcajadas a la velocidad de sus piernas torcidas.

Dos sudamericanos varados en el mismo aeropuerto se dieron cuenta de la presencia de los genios. “¡Cuántos billetes verdes hay ahí!”, murmuró uno... La policía los alejó.

Los futbolistas soltaron un par de bostezos. Habían dormido poco y se veían exhaustos de tanta exposición pública. En sus rostros asomaron los primeros signos de aburrimiento y, tal vez, de mutua intolerancia. Pero esa lejanía maldita no les daba otra alternativa que dialogar. Y soportarse, claro.

Edson, un carasucia que haya jugado en una cancha de tierra, está preparado para hacerlo en los mejores estadios del mundo. Pelé pidió que repitiera la frase y Diego lo hizo con notorio desgano. La Perla Negra comprendió y señaló: si terminan con las canchas populares, dejarán de nacer fantasistas de fútbol, eso lo digo siempre. Sí, porque lo más parecido al Paraíso es una canchita de tierra, replicó Maradona con dejo nostálgico. Cuando nace un crack en esas canchas, una nube se convierte en luz; si el fútbol no existiera, Dios tendría que inventar otro universo. En eso te llevo el amén,

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Edson, la mejor costumbre del pueblo es el amor a la redonda, y no existe mejor amigo de un pibe que la pelota. Yo dormía con la de cuero, Diego. Pelé rió fuerte, mostrando la límpida hilera de dientes. A mí sólo me faltó hacer el amor con ella, acotó maliciosamente Maradona. No hay amor más inmenso que el de un niño que se enamora para siempre de un balón: donde exista una pelota, habrá vida y esperanza, Diego.

El Pelusa volvió a asentir. En esta ocasión lo hizo verazmente.

Bebieron agua sin gas. Picaron galletas y maní salado. Los aviones seguían parados en las pistas y ellos ahí, enfrentados solitariamente frente a la historia. Ahora fue Pelé quien percibió la “presencia” de Mané. Atisbó, impresionado, hacia los lados, hasta pudo evocar las palabras que le dijo antes de su muerte, “Oye, Rey, no tienes algunas monedas para pasarme, sé que estás lleno de billetes verdes...”. Tuvo un ligero escalofrío.

En Boca, le decía a los muchachos de reserva: si no van a inventar, no toquen el balón; a una cancha se entra a engañar y crear bellezas que antes no existían en la Tierra, como lo hizo Manoel Francisco dos Santos... (Pelé abrió en extremo los ojos). Estoy contigo, Diego: sólo en el fútbol se pueden realizar genialidades en una milésima de segundo; las virtudes que transmiten gloria están en esos jugadores donde se reúnen muchos espíritus juntos que, cuando se ponen en acción, cambian y alteran la existencia de las cosas. El Pibe de Oro no se sorprendió por la extensión de la frase. Eso sí, frunció el ceño, para luego indicar: quienes juegan bien al fútbol son aquellos que saben que la pelota es redonda y tiene

vida: el balón no se mancha con puntapiés... Dicho lo cual, quedó mirando displicente a su rival de toda la vida.

Otra mujer, menos atractiva, abrió la puerta y consultó en idioma asiático quizás qué cosa. Los reyes del fútbol soltaron una risotada. No entendieron un carajo. La muchachita se retiró estupefacta de la caballerosidad de los famosos sudamericanos.

¡Ah, el gol!: para mí, Edson, conquistar un gol es morir y revivir igual que Lázaro con una interminable sonrisa aquí, en plena boca. Maradona enseñó las comisuras. Pelé, sabiéndose el más grande anotador de la historia, inhaló y exhaló aire, enseguida habló pausadamente: el gol, aunque se convierta con los juanetes, —y yo hice muchos, Diego—, es lo más bello que existe.

El Pelusa recordó el récord de dianas del negro y conservó la calma.

Una bella azafata pidió permiso. Los dos cracks se levantaron cual resorte. Manifestó con suave voz que el avión que los trasladaría a Sudamérica tardaría un par de horas. Disculpó a la aerolínea y ofreció una atención de bufete y bar libre. Maradona atisbó la cola de la mujer y Pelé se la jugó directamente por los senos. La sensual chica se excusó y salió de aquella hoguera de proezas.

Tardaron unos minutos en retomar la conversación.

Siempre dije que en una casa puede faltar el pan, pero no una pelota en el patio. Si no existe un balón, faltaría una reina en la tierra, opinó Pelé. Y un hombre sin la pelotita en los pies camina sin vida. El Pelusa no se contuvo... Porque al fútbol, siempre, lo salvarán los

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

carasucias de los barrios y los potreros, eh. Por la pasión del fútbol se conocerá la sana alegría y felicidad de una nación, Diego, arremetió La Perla Negra.

Otra pausa. Miradas inquisidoras. Continuó la charla.

Me lo dijo un fanático del Santos: el gran sentido del hombre en la Tierra, es amar perdidamente a un balón de fútbol. Nada que agregar, Edson.

Al hablar del Santos, el gran club brasileño, los dos al mismo tiempo recordaron al Botafogo de Mané Garrincha. Prefirieron el silencio.

Llovía.

Cada vez el aguacero caía con más persistencia. También se escuchaban truenos pavorosos. Relámpagos. Y los magos ahí, frente a frente, hundidos en las poltronas, a ratos observándose con pestaños. No parecían seres terrestres sino dos dioses equivocados de universo.

Hay un asunto que no hemos tocado, Edson. A ver. Es sobre la velocidad. Buen tema, Diego. Y, en el fútbol, quien más corre no es más veloz... Sí, claro; y te digo más, Diego: no olvidemos que el fútbol es un delicado trabajo intelectual que se realiza con los pies en la pelota y no con la pelota en los pies... El Pelusa no entendió un carajo aquel juego de palabras. Pero apoyó la idea con matemático pase de cuarenta metros...

Yo digo y defenderé esto, Edson, que donde exista una pelota, no habrá olvido ni pobreza absoluta. Eso sí que es verdad, Diego.

A continuación, soltaron descaradamente unos gruesos y extendidos bostezos.

Edson... ¿Sí? Nunca hablas de Garrincha... Pelé tragó salivas. Presintió que veía una arremetida difícil. ¿Qué opinas de él? La respuesta ya la tenía en la punta de la boca, el vislumbre del balón picando en la zona chica lo espabiló como en sus mejores tiempos de jugador: ¿a ti, qué te parece, Diego? El Pibe de Oro no esperaba una devolución rápida, impensada, frontal. Dijo: y..., fue un buen pibe... La Perla Negra no tuvo otra alternativa que bajar esa pelota y disparar con el arco a merced: bueno, Mané tuvo todo para triunfar y lo desperdió por el... trago y la noche; digamos que fue un buen hombre. Habló en serio. Maradona, bocón, añadió: en Argentina decimos "un lindo atorrante". Sí, eso está mejor, como ustedes dicen: un buen atorrante.

Dicho lo cual, volvieron a estrechar las manos por la feliz coincidencia futbolera. Descansaron plácidamente a pierna suelta y con los ojos entrecerrados. Cavilaban en los contratos millonarios que perdían por no volar hacia otras latitudes. Maradona se largó a roncar y Pelé enseguida lo imitó. Los dos soñaban con Garrincha. ¡Pobre, Mané!

### SOLILOQUIO DE MANÉ

Estaba cansado en Brasil. Dije varias veces: yo no vivo la vida, la vida me vive a mí.

Nadie me comprendió. Buscaron lo malo mío. El morbo. Eso vendió millones de diarios y de historias. Quienes creían que no era feliz se equivocan. Fui feliz por el solo hecho de no ocuparme de la felicidad. Esa es la clave del asunto. Aunque sé que abundan los detractores. En mil novecientos ochenta y tres conseguí desatarme de tanto tormento. Ahora habito en mundos llenos de vegetación, por ahí pienso y camino.

Me divierto con las aves — no las cazo como lo hacía en Mato Grosso —. En las tardes llegan niños y abuelos. Los niños no se ríen de mis piernas torcidas y los abuelos dicen tener recuerdo de cuando jugaba por la banda derecha. Me preguntan lo que jamás me preguntaban: sobre fútbol. Digo que apenas sé un poco de ese deporte, y lo contaré enseguida; del dinero y fama, pido que traspasen el caso y escuchen a Pelé y Maradona. Esos astros y reyes son dotados académicos en la materia.

Los que se ufanan saber de fútbol, esos que el genitío ve opinando masivamente, esos: ¡pobrecitos!, no tienen idea del tema. El fútbol es más difícil de lo que parece. Describir un simple driblen es una compleja operación psico-matemática. Lo mismo es cuando se amortigua el balón con el taco, muslo o pecho. La exclamación que suelta la popular ante jugadas extraordinarias,

es la mejor respuesta que yo escuché...

Quiso la fortuna y el azar que llegara a un equipo donde entraban a la cancha los que jugaban bien. Gracias a eso, conocí a personajes entrañables. Como nadie en su momento me consultó, quisiera comenzar con los futbolistas más extraños que me tocó ver hacia el fondo de la cancha, un poco escondidos, bajo tres palos, dando a entender que no gustaban estar en esa posición y, tal vez, en ninguna otra. Me refiero a los arqueros.

¡Nunca vi otro ser más solitario que los guardavallas! No les miraba la cara. Evitaba ponerme triste... Lo más lindo de ese puesto es que vuelan. Cuando el partido es aburrido, atajaban balones imaginarios. Ocupan un puesto donde el pasto casi no crece, y se revuelcan en el polvo, piensan en solitario, viven de sacudidas y pisoteos. El arquero siempre será recordado por hazañas que hicieron en su contra...

Eso de usar el cabello largo, al viento, de gritar y dársela de loco, les viene bien. Su oficio, junto al del escritor, son los más solitarios que existen. Siempre llamó mi atención que vocearan a pleno pulmón desde el laberinto de una cancha: ningún compañero los tomaba en cuenta. ¡Acúsome, Padre, que tampoco lo hice!

El público del estadio es quizás lo más bello que descubrí.

Yo jugué por ellos y les debo todo lo bueno que de mí dijeron. Todavía puedo oír los cantos que bajaban de la torcida. A mis compañeros decía que el público forma parte del equipo que juega, también es ayudante técnico y se preocupa de los cambios; esos que entran al campo de juego son responsabilidad de los hinchas, nun-

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

ca del jefe de la banca...

Un buen D.T. escucha los sabios consejos que bajan de la galería: de ahí se crean ídolos, pagan los boletos, se alienta para tolerar las derrotas, corren y cantan a la vez, participan en todos los puestos. Yo jugué porque el público lo exigía.

Los árbitros son una historia especial. Conocí a grandes jugadores que se ocupaban más de su presencia que de seguir al balón. Yo nunca los tomé en cuenta. No miraba el rostro de ellos ni de los "Joaos" que me marcaban. Los jueces son señores vestidos de negro que no les importa tener el orgullo salpicado de insultos. Por un extraño decreto, son mediadores de una contienda que dura noventa minutos, después regresan a vender pasta o seguros de vida a las tiendas.

El origen de los árbitros está en ser malos perdedores: ellos pudieron inventarlos. Fueron creados porque la muerte existe... Hay que dejarlos en paz, con la muerte no se habla.

El mejor defensa de un delantero hábil son los malos jueces.

Muchos dicen que el fútbol es un deporte donde 22 necios corren detrás de una pelota. En realidad, el fútbol es un deporte donde 22 astros iluminan la geografía, y un necio vestido de luto corre todo el partido tratando de apagar 22 astros.

Si echo a volar la memoria, lo primero que encuentro es al futbolista. ¿Por qué nadie nunca me consultó qué pensaba? El futbolista amará por sobre todo a la pelota, su familia y la canchita de la infancia; entrará a una cancha a inventar prodigios que antes no existían

en la tierra; tiene licencia para engañar de forma pública y flagrante a los rivales.

El futbolista debe saber que es la esperanza y la alegría de aquellos que no tienen esperanza ni alegría.

La almohada del futbolista será un balón.

Comentaba Nilton Santos: el futbolista tiene que saber que una gambeta y un gol lo pueden salvar del olvido. El crack que no invente será un tronco marchitándose de cara al sol.

Dios puso en mi vida a un excelente jugador y ser humano, Nilton Santos. En esa época yo trabajaba de obrero textil en una fábrica en Pau Grande. Ahí aprendí a coser. Cuando me vio tocar el balón, él recomendó mi contratación al Botafogo, luego me ayudó a subir al avión que iba a Suecia y, también, a ganarme un puesto de titular en la Selección. Cada pelota que tocaba Nilton Santos, me la entregaba. Sabía que yo cuando mejor sentía el cuerpo, era cuando corría haciendo fintas. Los entrenadores no me querían mucho. Hubo informes que señalaban que no servía para nada, que carecía de esto y de aquello, que era un débil mental. Escuché decir varias veces "es torpe e inocente". Se reían de mi cuerpo y manera de ser. Yo gozaba con esas opiniones. No me molestaban.

Ahora quiero hablar de los entrenadores, los jefes de los jugadores, los que mandan y deciden.

El D.T. sólo debiera gritar ¡invente, invente, invente! Y los dirigentes tendrían que prohibir que pidiera a sus pupilos que "revienten" la pelota. El crack tiene que jugar dándole la espalda al director técnico, caso contrario se nos va por el despeñadero.

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

El entrenador debe ser alguien que jugó fútbol; el que habla sólo en la práctica y en el camarín; el que deja jugar al equipo a su entera libertad y aplaude al que se equivoca; el que manda a divertirse a la cancha y sabe que él no es protagonista. El D.T. de calidad escucha al público, defiende a los jugadores, selecciona cracks hábiles, es el que todavía piensa como un niño, entiende que el único misterio en el balompié es jugar bien a la pelota, nunca deja de pensar que el balón es redondo y pide que no se rompa a puntapiés.

Los grandes entrenadores son los más serios y alegran a todos... Son aquellos que no se mofan de futbolistas cojos, desgarrados y quitados de bulla; son los que ponen a los mejores de la plantilla, aun si largan gases por la cancha en medio de un partido trascendental...

La cancha, morada y geografía. Pasé gran parte de vida en aquellos reductos verdes y ese conocimiento se convirtió en amor. La cancha es Paraíso. La alegría de un país se aprecia en los campos de juego que tiene. Siempre dije, en voz baja, en una cancha de tierra crecen maravillas humanas. ¡Hay que permitir que se diviertan los niños!

Un lugar sin una cancha es como el cielo sin Paraíso ni Dios.

Bienaventuradas serán las canchas de los barrios. Nilton Santos decía: En la cancha se ven los gallos y las gallinas... Y Vavá aseguraba: En la cancha se forman los futuros magos y genios de la Humanidad. Yo les respondía: Un campo de juego es la escuela y universidad de los niños que no tendrán escuela ni universidad.

A un pobre operario textil como fui, si le dan a elegir un Paraíso, pide una cancha para jugar hasta el infinito... ¡Aquí las tengo como agua de manantial!

En Pau Grande primero aprendí a ser humilde, luego, desde los catorce años, me gané la vida cosiendo camisas. Enseguida vino el fútbol. Siempre recuerdo el momento que descubrí un balón, era uno sencillo, ni siquiera de cuero, muy redondo, presentándose como un amigo que me invitaba a un carnaval... Cuando tuve una bola en las manos y di los primeros toques, sentí que algo en mí cambiaba para siempre, y alegré mucho, aprendí a reír con ganas; me aferré a ella porque me entregaba... felicidad. ¡Y costos!

Desde entonces pienso que la pelota es el vientre del universo. Es probable que de ese vientre nazcan genios cada cincuenta años. No tengo duda que el balón lo descubrieron los chicos descalzos. Quizás por ello la pelota es un ser lleno de sentimientos y se vuelve en contra cuando la maltratan... Los goles son los hijos que procrea la pelota.

Nada es más triste que ver a un niño sin una pelota en los brazos. Lo dijo Didí.

Yo veía cómo se frotaban las manos aquellos que llevaban la camiseta número diez en la espalda. Tenían razón, significa mucho, talento, técnica, gol, visión, estrategia... El Diez debe saber que usará una camiseta que pesa mil kilos. Es el amante perfecto del balón. Tienen barrio y chacra en el espíritu. Juegan y se divierten de espaldas a lo establecido, y eso es bueno.

Lo digo con respeto: El Diez es el mayor invento del hombre.



*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

Llegan al mundo con los pies bendecidos. Juegan para las estrellas, las aves, para la multitud, y los dioses. Tienen ojos en la nuca, alas en los pies y libertad en la cabeza.

En la tierra comentan que ha existido Dios, Cristo, Pelé y Maradona... ¡Benditos sean!



### MI NOMBRE ES IMAGINACIÓN

La hora avanzaba lentamente. En esa geografía todo era bueno. Caminé junto al más grande futbolista de todos los tiempos hasta un riachuelo. Pusimos los pies en las perfectas aguas. Nos refrescamos. Y sostuvimos una plática tranquila, profunda y final.

— El fútbol es tan grande y misterioso como Dios — dijo Garrincha.

— Es como la infancia, no se olvida jamás.

— Lo oí por ahí, en algún vestuario: el balón es un vientre, dentro de esa morada sueña un niño.

— Las gambetas son las sonrisas que jamás deben faltar en la cancha. Gracias Mané por haberlas inventado.

Me miró con cierta compasión.

— El crack de las favelas engañó a los defensas, al portero, y al más difícil cancerbero, al Destino (Mané se quedó meditando un instante).

— Nunca se piensa más que cuando se lleva la redonda pegadita al botín, y a una velocidad que se desconoce — intenté cambiar de tema —. Lo tuyo, hasta hoy, desconcierta.

— Es que en las favelas los sueños son inmensos, el hambre y el deseo los hacen crecer.

— El astro y el balón mantienen un romance para toda la eternidad. Se percibe ese amor en ti, Mané.

Me agradeció con una mueca.

— Siempre dije que no se puede pasar por la vida

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

sin hacer una gambeta repentina (Manoel evocó con cierta nostalgia a sus catorce hijos reconocidos y, cómo no, sus regates en los estadios).

—Una vida plena está llena de gambetas.

—En la cancha no existen las reglas, ni el entrenador que vigila en la banca. En el fragor de la fiesta sólo cabe un ímpetu: soñar hasta que bajen los cantos de la popular —dijo Mané.

—Las maravillas más hermosas se dibujaron con los pies y con un balón. Tus pies fueron las manos de Vincent van Gogh... —Mané sintió un dejo de vergüenza: aborrece la adulación.

—Un pueblo feliz juega y come fútbol. Y caga también —soltó una sonrisa incauta.

—Cuando jugaba Manoel Francisco dos Santos, el boleto de entrada decía: diviértase con las gambetas y los sueños de un Sudamericano de Mato Grosso... —ambos soltamos una risilla.

—Para un jugador con clase, no existen los sistemas, sino puramente la libertad de acariciar la pelota. A los pájaros hay que dejarlos libres para que vuelen...

Evoqué sus vuelos de aeroplanos por el costado derecho.

—Un buen hincha, va a ver jugar al crack, no al equipo. Por él paga el boleto. Tú iniciaste este placer, que va en extinción.

—Vavá nos enseñaba que el fútbol, por excelencia, se expresa con metáforas repentinas que se redactan con los pies. Eso me lo explicaban también Nilton Santos y Didí — una lágrima brotó de sus ojos al evocar a sus compañeros de equipo.

—Uno escribe para hacer más profunda la vida. Mané jugó fútbol para hacer menos trágica la vida misma... —la frase lo volvió a incomodar, rascó sus rulos.

—A veces sólo se necesita un balón para ser feliz —acotó con simple naturalidad—. Yo eso busqué. Lo otro fueron puros inventos —y luego de una breve pausa, aseguró—. Tengo la esperanza de que surjan mejores y más grandes jugadores que los que han existido. ¡Cada día pido a Dios que sea así! El buen fútbol no debe morir.

Manoel dos Santos caminó un trecho. Sus piernas seguían intactas y torcidas.

Observó la alada geografía. Tomó un fruto y regresó a sentarse, pero esta vez no hundió los pies en el riachuelo. A ratos su mirada se perdía en fabulosas canchas, repleta de torcedores, pitos y banderas. Dijo:

—Apenas fui un jugador de fútbol... No hay otra verdad.

—Doble Campeón Mundial de Fútbol...

—Aquello fue un accidente. Lo señalé en 1958: hemos ganado un campeonatito, sin valor, pobre; fíjense que no tiene segunda vuelta... —en seguida remató—. Alcanza las estrellas sin olvidar que las estrellas se apagan por el alba. Eso lo escuché en Pau Grande.

—Los hombres que más avanzan son los que más sueñan. Y tú eres un ejemplo —no fue de su total agrado la frase. Hasta yo me sentí torpe de indicarla.

—Me gusta soñar porque cuando se sueña nada es imposible. Mi gran sueño es peregrinar junto a los pájaros de todas las razas que existan en la Humanidad...

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

— Escuché a cierto escritor decir: alguien guardó la esperanza para mañana, y la esperanza desapareció.

No tuvo gran éxito la cita. Un grupo de aves multicolores posaron en las ramas bajas de un árbol. Mané las contemplaba con encanto.

— La verdad, para que sea auténtica verdad, debe siempre esperar. A mí siempre me costó menos entrar a una cancha de fútbol que hablar.

— ¿Puedes contar qué es el Cielo para ti? — consulté.

— Lo diré con todo respeto. Para mí el Cielo es una hermosa cancha de fútbol donde se divierten los mismos niños que se divertían en las canchas de tierra...

— ¿Y quiénes son aquellos niños?

— Esos niños son mis amigos, los pájaros de Mato Grosso y yo... — Mané pareció tomar confianza y le entraron ganas de hablar casi sin parar. Lo imaginé pidiendo un balón —. Soy un jugador — porque uno nunca deja de serlo — por accidente: un día determinado salí de la fábrica textil y me llevaron a prueba a Botafogo, y en la desesperación de un joven de 19 años, pobre, humilde, casi indocumentado, encontré este noble oficio que, por lo libre y mágico, se parecía a los vuelos que daban los “garrinchas” que perseguía — pensé que se detendría; no fue así. Añadió, más en confianza —. Permítame aclarar un asunto: no siento vergüenza de decir que fui operario de una fábrica; sí me cohibe afirmar que soy futbolista... Larazón, hoy cualquiera dice ser jugador. Los hay desde tacón alto hasta actores de segunda categoría, engominados y con manicure incluida... — exhaló una risilla pícaro —. Por más medios que

existan, el fútbol se ha convertido en un oficio que huele a una película en rodaje y sin acción natural. Hasta la bien querida pelotita de trapo, o con diarios húmedos atados con pita, que cimentó nuestra virtud en la infancia, en la actualidad es una cáscara liviana con olor a perfume de alta moda. En cambio, ser un veterano del fútbol es una gloria que se lleva en los empeines y esto se cuida con silencio (no se pudo contener. Y siguió, locuaz). Entiéndame bien, soy un jugador de fútbol que ahora actúa como hincha. Es decir, poco o nada tengo que ver con esa gente que declara a los cuatro vientos ser la encarnación de otros genios.

Establecimos una pausa al unísono.

Manoel dos Santos no tenía esa tristeza que a veces traslucía su rostro. Un poco más calmo, se veía en paz con el mundo y con todos. Se había equivocado, naturalmente, ¿y quién puede decir lo contrario? Pero no dañó ni quitó nada a ningún semejante —esto sí que no lo puede afirmar cualquiera—. La inocencia que llevaba en su cintura, resultó un medallón de oro que se disputó en carnicería pública.

Luego de observarme un instante, retomó la charla. Dijo:

—No deseo preocupar a nadie. A veces necesito más tristeza que alegría para ser feliz —de ahí trató de redondear la idea—. No existe peor imagen que ver a un soñador que abandonó los sueños. Créame, no es mi situación —y completó, rápido—. La fama es como esas estrellas que nacen y desaparecen. El artista, en cambio, es hermano de la luna, que aun con los años recorre la comarca. Al menos eso me dicen unos pajaritos ami-

gos... —rió ahora sonoramente—. Y algo más, las aves y los pájaros no contemplan a las Autoridades: son sabias y no gustan perder tiempo... —esta vez esputó una buena y larga carcajada.

—Continúa, Mané.

—Todos los días un niño de la calle me recuerda que existe... Desde aquí los veo. Esos niños deben saber que la vida es un camino, que hay que buscar la meta aunque no se encuentre jamás —dicho lo cual, agregó con voz apenas audible—: Nada es más terrible que ver a un niño descalzo. La pureza entera sólo se encuentra en los vagabundos —meditó quizás qué asuntos. De ahí prosiguió a su entero agrado—. Cuando andaba por las calles de Brasil y Sudamérica, y encontraba a miserables alzando las manos, pensaba: ellos también tuvieron madre...

—¿Qué precisas para estar contento, Manoel?

—Sólo necesito un árbol para ser feliz. La sabiduría abunda en las cosas simples. Los obreros de la fábrica textil lo decían de forma natural, sin entrar en clase académica.

—Y qué es lo peor que nos pasa cuando peregrinamos por el mundo... —insistí.

—La mayor tragedia que le ocurre al hombre es no haber amado y no haber sido amado. Acúsome nuevamente, Padre —rió ingenuamente—. Un amor no correspondido es una desgracia. Esto lo sé en carne propia —imaginé que recordó la historia de amor que sostuvo con la cantante Elza Soares—. También entramos en chifladura. Comprendí que el amor es la empresa más fácil de empezar y el contrato más doloroso de concluir.

Y la locura es una muchacha que debemos cuidar como una bella planta — a propósito no quise opinar nada. Importaba oír sus pensamientos. Y Mané no se detuvo—. Cuando más se vive es cuando la cabeza está en ocio. En Pau Grande contaban que el ocio engorda la imaginación — ahora soltó una graciosa y contagiosa carcajada—. Al final, una cosa es muy cierta: la única eternidad es el instante.

Al constatar que quedó triste, le consulté:

— Qué no te gustaba en ti... — pensé que me diría sus piernas o cintura. Error.

— Mi nombre...

— ¡Tú nombre?! — casi grité—. ¿Tienes otro?

— Mi nombre es Imaginación.

Nueva pausa. Fue corta. A continuación, completó la idea.

— Soy un tipo llamado Mané Garrincha. Pero Mané Garrincha no existe. Es un invento de un personaje de un libro que hasta ahora no he leído. Y yo era de carne y huesos... ¿Se entiende?

— Sí, claro. Dale — continuó sin cesar.

— A mi vieja le decía: tengo un grave problema, mamita, sueño... Tengo otra dificultad, mamita, imagino... Lo peor de todo, mamita, son aquellos hombres que no me dejan soñar ni imaginar... ¿Se entiende?

— Todo, Mané, todo. No pares de hablar.

— Luché herido, enfermo, contra el piso, morí haciendo fuerzas con las ideas, nunca con la violencia — esto lo señaló marcando cada palabra. Permití su desahogo, que iba creciendo de manera impensada—. Jamás se vive más que cuando se duerme despierto. Fue,

Reinaldo Edmundo Marchant \_\_\_\_\_

quizás, mi drama. La despreocupación de uno mismo conduce a la felicidad. Aunque el precio a pagar es alto. A fin de cuentas, el tesoro del hombre es no abandonar los colores de la infancia. La tierra necesita los ojos y el corazón de un niño. Esa es la gran esperanza que existe. Dicho de otra forma, las gambetas y las fintas por la banda pueden esperar, no así los “garrinchas” del planeta — tomó aire y siguió, como corriendo detrás de un balón bendecido—. ¡La economía no comprende a los sin tierra ni casa!

— Es una alegría ver tu risa..., en medio de tanta amargura.

— Quienes ríen de tonteras sueñan cosas serias — de ahí acotó—. Yo vivo con las costumbres que inventé. Ignoro las costumbres que el mundo me ofrecía.

— ¿Eres responsable de cuanto te sucedió?

— La Sociedad y yo lo fuimos. Nadie es originalmente culpable. Todos somos deudores de lo que somos. Tenemos influencias porque nos han parido. No fuimos inventados como una máquina perfecta, no —no se con-  
tuvo, y prosiguió hablando atropelladamente, de forma irrefrenable—. Además, la perfección absoluta es como el mismo demonio... ¿Se entiende?

— Sí, sí.

— Quise ser futbolista cuando sentí el fracaso del hombre. Decía para mis adentros: “Quien transforma los ruidos en bailes de olas y música de hojas, bienaventurado será” — silencio—. ¿Te importa saber lo otro que pensaba?

— Por supuesto, Mané.

— Era un ser dichoso cuando me imaginaba



---

*El ángel de las piernas torcidas*

holgazaneando junto a las gallinas en la otra vida...

Echamos a reír estrepitosamente.

Unas bandadas de aves emprendieron vuelo hacia unos colores diáfanos. Después de una tranquila pausa, Manoel dos Santos concluyó de hablar con estas palabras:

—Jugué para la Naturaleza Humana. Cuando no recibo lluvia, la invento. Cuando no aparece el sol, lo dibujo. Cuando no encuentro a la luna, la imagino...

Y después de un sentimental amague, remató:

—¡La muerte no es hija del olvido!





## Índice general

La Cancha y al literatura .....	9
PRIMERTIEMPO	
El ángel de las piernas torcidas .....	15
Los tres palos .....	23
El partido del siglo .....	29
Amor frente al estadio .....	35
Cal dulce.....	37
Amor a la camiseta .....	41
El muro .....	45
Secreto de los pies .....	48
Todo y me voy .....	50
Bebé .....	53
Picando por la rayita .....	56
Marsellesa Fútbol Club .....	59
Tronquito Pedro .....	68
El milagro .....	72
Gay Galindo .....	80
Reno .....	83
La gloriosa tarde de Joséln .....	86
Esa pasión eterna .....	99
Deseo oculto .....	102
Orden no tradicional.....	104
Regalo de las aguas .....	106
Copa Presidente Salvador Allende .....	108
El árbol de los designios .....	112
Respeto mutuo .....	118
La cita .....	121
itual .....	124
SEGUNDO TIEMPO	
Jugando fútbol - La pausa .....	127
Remolino de viento .....	128

*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

La injusticia - Delicada línea roja .....	129
Purificación y deporte .....	130
Crónica de un goleador de raza .....	131
Servicios ad honorem .....	132
Igualdad .....	133
La autoridad de la orilla .....	134
¡Espéralo! .....	136
Equipo ideal .....	137
Dos recuerdos .....	138
Justicia divina .....	140
Segundo partido - Enseñanza .....	141
El nacional - Asunto de emboque .....	142
Devuelvan la pelota - Moverse .....	143
Desaparecido - Cordura .....	144
Carasucia - Eso no se hace .....	145
Arma - Pasión es una sola .....	146
El sueño - Sordo y mudo .....	147
Pierna fuerte - Letrado .....	148
Todo por un caño .....	149
La vida de ella - Trancada .....	150
La figura - Hermanos .....	151
Narrador - Gol de Dios .....	152
La contra - Eco .....	153
Imagen .....	154
Atardecer .....	155
El milagro de Labbé - Balón de oro .....	156
Espectador - Doce contra doce .....	157
El elegido - Festejo .....	158
El imbatible - Intimidación .....	159
La estrella del barrio .....	160
Los botines .....	161
GOL DE ORO	
Diálogo de Pelé y Maradona .....	165
Soliloquio de Mané .....	174
Mi nombre es imaginación .....	181





*Reinaldo Edmundo Marchant* \_\_\_\_\_

